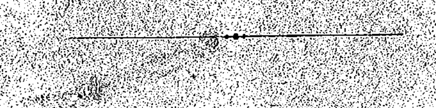
NICOLÁS AUGUSTO GONZÁLEZ

LA LLAGA

NOVELA



MADRID
Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.
1908



CAPÍTULO PRIMERO

La boda.

Los elegantes salones de la casa del banquero Hernández resplandecían en la noche del 24 de Mayo de 1867. Su hija única, la linda Adda, se unía en matrimonio con Enrique Peralta, joven descendiente de una de las más antiguas familias del Perú, cuyo abolengo se perdía en la historia de la conquista; y tan rico como el que iba á ser su suegro.

El casamiento, sin ser de pura conveniencia, no era lo que se llama un casamiento de amor. Peralta acababa de llegar de Europa y había accedido al deseo que le manifestó su madre, la noble doña Catalina Páez de Peralta, de que fundara una familia y se dejara ya de viajes lejanos, que le hacían casi un extraño en la sociedad de que debía formar parte. Cuanto á Adda, había aceptado á Enrique como á otro cualquiera que le hubiera sido propuesto por su padre. Le trató durante dos meses y le halló buen mozo, decidor y elegante. Además, era rico y conocía medio mundo. Tras brevísimo lapso de inocentes coqueteos de salón, manifestó la mimada criatura al autor de sus días, que

estaba dispuesta á entregar su mano y á reunir sus millones con los de su pretendiente. La boda se concertó y se efectuó en seguida.

Acababa la comitiva de llegar de la iglesia cuando descorremos el telón y comienza el drama, que venimos á ver representar, en compañía de nuestros estimables lectores.

Hemos dicho que Adda Hernández era muy linda, y á la verdad que nos hemos quedado cortos; debimos decir que era la muchacha más bella de Lima en la época de nuestra relación. ¿La describiremos? ¿Y para qué, si poetas y novelistas han agotado el repertorio de las comparaciones, y ya resulta cursi hablar del coral de los labios, del nácar de la tez y del azabache, el azul celeste y el oro de ojos y cabellos?

El caso era que Adda arrastraba miradas y voluntades por donde quiera que pasaba, y que como vestía de un modo irreprochable, causaba la envidia de sus amigas y de cuantas mujeres la veían en la calle, en el templo, en el salón, en el teatro ó en el paseo.

Aquella noche, última de su vida de soltera, estaba deslumbradora, adornada con el velo, los azahares, las perlas y los brillantes, que sembraban su corona, sus brazos, el corpiño de raso blanco, los volantes de la falda abierta por la crinolina, como las de los retratos de Catalina de Médicis, de María Estuardo y de Margarita de Valois, y los lazos de los zapatos, que aprisionaban pies de Cenicienta.

Cuando bajó del coche y entró en el salón dando la mano á su marido, un murmullo halagador despertó los ecos de la vanidad, que vive dormida en el alma de toda mujer hermosa, por inteligente que sea.

Mezclémonos en los grupos diseminados en la gran sala, que resplandecía, como dijimos, iluminada por dos arañas de seis luces de gas cada una, y tratemos de oir las conversaciones de algunos de los invitados.

Junto al piano charlaban, estirados bajo los fraques y los cuellos engomados, un viejo seco, apergaminado casi, de elevada estatura, que ostentaba patillas entrecanas y anteojos azules; un hombre de cosa de cuarenta y cinco años, rechoncho y tosco, de maneras vulgares como las de Sancho, y tres pollos barbiponientes, de atrevidas miradas y aire desenvuelto.

—General—dice uno de ellos, dirigiéndose al viejo á quien hemos descrito primero—, ¿qué le parece á usted la novia?

—Para darte mi opinión necesitaría verla, y te aseguro que no distingo un burro de un senador á dos cuartas de mis narices.

Y se volvió hacia el gordo personaje, que quedaba á su derecha, el cual se caló unos lentes de oro y dijo:

—¡Está preciosa!

—Y lo menos lleva veinte mil soles encima—agregó uno de los pollos.

—No le vendrían mal á su madre—murmuró el general.

—No sea usted maldiciente—contestó otro de los jóvenes—. Usted sabe, tan bien como nosotros, que si la esposa de Hernández no está aquí, no es por culpa ni de él ni de su hija.

—Tienes razón. La culpa la tenemos, ó más bien la tuvimos, tu padre, yo y otros de nuestro tiempo—replicó el general sin desconcertarse.

El jovencito que acababa de hablar se mordió los labios y no contestó.

—Cuéntenos usted eso, general—dijo el señor gordo—. Algo he oído de la historia de la mujer de Hernández; pero nunca he sabido los detalles del escándalo.

—Pues fueron bien públicos—dijo el general—. A fe de Miranda, juro á ustedes que Hernández se portó como todo un hombre en esa ocasión.

Los tres pollos estrecharon el círculo y el señor gordo se pasó la lengua por los erizados y rojos bigotes y acarició una pera napoleónica, que le tapaba la fina corbata de batista.

—Hernández—prosiguió el general—, se casó enamorado de Sofía Angulo, que era hace veinticinco años más bonita aún que su hija.

—¡Imposible!—exclamó uno de los elegantes.

—¿Qué sabes tú lo que te pescas, muchacho? ¿Acaso hay ya limeñas como tu madre y como mi mujer? La raza está degenerando de un modo lamentable. Sofía Angulo era una hermosura en toda la extensión de la palabra. Alta, gruesa, con nariz recta como las de las estatuas de la Alameda de los Descalzos, ojos de fuego y pies chiquirritines, nos traía locos á cuantos éramos los hombres á la moda de nuestra Lima incomparable. Amó á Hernández, se casaron y tuvieron dos hijos: Jorge, que murió de cuatro años, y Adda, que acaba de cumplir veinte.

Sofía había sido educada en uno de nuestros conventos, pero sus instintos pudieron más que la educación. Perseguido Hernández por sus opiniones políticas, se aprovechó ella de su ausencia en Guayaquil,

para huír á Santiago con un coronel chileno, dejando á su hija en la cuna...

—¿Y qué hizo Hernández?

—Embarcarse apenas supo lo que ocurría, llegar á la capital chilena, buscar al raptor, batirse con él, dejarlo seco de un tiro y presentarse luego á las autoridades.

—¡Oh! ¡Oh!—murmuró el de la pera—eso parece un drama. Yo no lo conocía.

—Como que no habías salido todavía de Quispicanchis, para venir á dormirte en el Senado—dijo el general Miranda con ironía.

—¡General!... ¡General!...

—¡Qué! ¿No es cierto lo que te digo? ¿No te has dormido nunca en el Senado, querido Ortúzar? Pues serías el único ejemplar de la especie.

—Vaya, deje usted tranquilo al senador—explicó uno de los pollos, y acabe usted con su interesante historia, que Fernandini y Rebolledo están muertos de curiosidad—. Yo no, porque se la he oído muchas veces á mi padre.

—Pues yo sí—dijo Ortúzar, porque conozco mucho á Sofía Angulo.

—¡Calaverón!—exclamó Rebolledo, pegando un revés con su enguantada mano en el voluminoso abdomen del senador... ¿Esas tenemos, eh?

—Silencio, señores, y que acabe el general la historia.

—Poco resta que decir. Las autoridades chilenas echaron tierra en el asunto y dejaron á Hernández regresar á Guayaquil, de donde se trasladó á Lima cuando Castilla dio el decreto de amnistía.

—¿Y Sofía?

—Sofía siguió rodando, rodando por la pendiente. Volvió también á Lima, llevó una vida atroz durante muchos años, y hoy mismo, aunque, según me han dicho, tiene ya grises los cabellos y cada pata de gallo que canta el credo, aún llama la atención entre las mozas del partido y los mozos de rompe y rasga. Vive por allá, por el Çamal, me parece, y algunas veces la he visto cruzarse insolentemente, en coche descubierto, con el carruaje en que van su marido y su hija á la Plaza de Acho ó á la Alameda de los Descalzos.

—¿Y cómo la madre de Peralta ha consentido en este matrimonio?—preguntó Fernandini.

—Contesta tú, Gastón—dijo Miranda—, que yo voy á felicitar á los novios.

Y el general se alejó, tropezando con las sillas, mientras el llamado Gastón daba más amplias explicaciones á Ortúzar, el senador, á Rebolledo y á Fernandini.

Nuestros lectores conocerán más tarde todo lo que Gastón Gonzaga contó á sus amigos, mientras los músicos preludiaban una cuadrilla francesa.

***

A las doce de la noche se retiraron los convidados, y los novios partieron al Barranco en tren extraordinario. Sigámosles, devoremos con ellos la distancia que separa á Lima del poético balneario y entremos al *rancho*, donde les esperan un mayordomo, un portero, un cocinero y dos sirvientas jóvenes, mulata la una, mestiza la otra, recomendadas á Adda por la madre de su marido.

Como es de noche, no describiremos la casa; dejaremos que la servidumbre se retire después de cerrar las puertas y ventanas, y aunque parezca indiscreto, seguiremos á los recién casados á la poética alcoba, misteriosamente alumbrada por dos mecheros de gas, velados por bombas de color de rosa, adornadas con grandes lazos.

La novia, al entrar, se dejó caer en un diván y comenzó á descalzarse los guantes, mientras el novio arrojaba en un sillón el clac y el abrigo y se desabrochaba los suyos.

—¿Quiere usted abrir esta pulsera?—dijo ella con voz serena y argentina.

—Con muchísimo gusto...

Y arrodillándose, tomó entre sus manos blancas y aristocráticas la manecita de niña de su mujer, y en un instante le quitó la pulsera y el guante, besando luego la suave palma con ternura.

—Tenemos que hablar—dijo ella retirando la mano.

El alzó los ojos admirado, y la interrogó con la mirada.

—Siéntese usted aquí, á mi lado, Enrique, como un buen amigo, y no lleve á mal lo que voy á decirle. Nuestros padres nos han casado; pero no nos amamos con pasión... Espere usted. No proteste aún. Nos tenemos mutua simpatía; yo siento que he de amar á usted, y usted, quizá, con el tiempo, me ame también...

—Pero si yo te amo, Adda... te amo...

—No me interrumpa usted. Apenas nos conocemos, y es preciso que usted sepa todo lo que yo pienso de nuestro matrimonio.

—Vamos, Adda, la conversación no es muy oportu-

na. Te repito que si no siento por ti una pasión novelesca, te quiero como un buen marido debe amar á su mujercita.

—Pero yo no le amo á usted como debe amar una mujer á su marido, y no quiero, por eso, ni que sea usted tan desgraciado como mi padre, ni llegar yo á ser tan desdichada como mi madre.

Al oir semejantes palabras, Peralta hizo un brusco movimiento y se puso de pie.

—No comprendo—dijo.

—Pues es fácil de comprender.

—No, no comprendo cómo ha podido usted aceptar mi nombre para llegar á una conclusión semejante.

—Voy á explicarme. He querido que el mundo entero comprenda que la conducta de mi madre no era un obstáculo para que yo encontrara un hombre de las prendas de usted con quien casarme. Y le he escogido á usted entre la turba de mis adoradores, porque creo que tiene talento y corazón...

—Eso no me explica...

—Escuche usted. Yo sólo llegaré á amar al sér que se una á mí para arrancar á mi madre del vicio, para regenerarla, para salvarla. ¿Quiere usted ser mi aliado? ¿Quiere usted ser mi compañero desinteresado y noble en tal obra? El precio de la alianza que propongo á usted será un amor inmenso, será una gratitud sin límites.

Enrique permaneció un instante sin saber qué contestar.

—¿Y si yo me negara—dijo al fin—y exigiera, porque tengo derecho á ello, si no amor, por lo menos la apariencia de ese amor?...

—Iría mañana á buscar á mi madre y me uniría á ella; y aunque soy muy altiva para llegar á ser una mujer perdida, el nombre de usted quedaría deshonrado, orque todo el mundo se figuraría que llevaba una vida ;ual á la que ella arrastra.

—¡Adda!

—¡Esa es mi resolución irrevocable!... Decida usted: uede usted quedarse aquí si quiere; la ley y la iglesia › dan ese derecho; pero ya sabe usted que sólo estrehará entre sus brazos á una estatua...

—¡Adda, por Dios! Vuelve en ti. Lo que estás dicieno es una locura.

—¿Quiere usted, pues, condenarme á una vida de ·ergüenza y de dolor?...

Y rompió en sollozos.

El la miró un instante sin saber ni qué decirle ni cómo consolarla; y lentamente, sin dejar de mirarla, salió andando de espaldas de la habitación y fué á caer en una butaca del saloncito inmediato. Allí permaneció toda la noche como atontado, sin darse cuenta de lo que le pasaba, casi sin poder pensar, con el alma desgarrada y la frente entre las manos...

Cuando él salió, ella se levantó, cerró la puerta, se arrancó el velo, las flores y las joyas, que rodaron en la alfombra; rasgó el corpiño y el rico traje, reventó los cordones del corsé, y palpitante, medio desnuda, suelta la sedosa cabellera, sin dejar de llorar, se arrodilló en medio de la estancia, murmurando:

—¡No te amo, Enrique; pero quería estimarte! ¡Al menos espero que mañana no puedas decir que te he engañado!



CAPÍTULO II

Fantasmas.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, acababa el general Miranda de levantarse, y tomaba desayuno en su alcoba, cuando su criado, un ex sargento de caballería, casi tan viejo como él, le anunció que una señora, joven y bien parecida, deseaba hablarle en el acto.

—¿Ha dicho su nombre?

—Me ha dado esta tarjeta.

—¡Animal! ¡Debiste comenzar por ahí.

Y el viejo se caló las gafas, apeló á un poderoso lente de aumento de carey y plata, que tenía siempre al alcance de la mano, y lanzó una exclamación de sorpresa al leer la elegante y transparente cartulina:

Adda Hernández de Peralta,

balbuceó... ¿Qué significa esto? Pues cuando yo me casé recuerdo que no me levanté antes de medio día, al siguiente de mi boda, y que en un tris estuvo que descalabrara á Remigio, por haberse atrevido á llamarme... ¿Qué haces ahí, cernícalo, como una esfinge? Haz

entrar á esa señora al salón y ven á ayudarme á vestir...

—¿Hay que avisar á la señora Francisca?

—¿A mi mujer? No te ocupes de eso. Yo la llamaré, si es preciso.

El criado, tan gruñón como el general, se retiró murmurando.

A los cinco minutos hacía el general su entrada en el salón, donde le esperaba, hundida entre los almohadones de un sofá, la joven recién casada.

Estaba muy bella. Pálida, con una palidez que hacía resaltar la negrura de sus ojos, vestida con un traje obscuro y un elegantísimo sombrero adornado por largas plumas negras, parecía sumida en profunda meditación.

El general tosió para hacer notar su presencia y avanzó, librándose trabajosamente de tropezar con las sillas, mesitas de la China, conversadores, caballetes con retratos y butacas, que formaban islas de seda y terciopelo en el inmenso salón.

—Gracias, general, por no haberme hecho esperar—dijo ella.

—¡Oh, señora; no hay de qué darlas! Pero permítame usted que le manifieste mi extrañeza...

—¿De verme en casa de usted á las nueve de la mañana y al día siguiente de mi casamiento?

—Precisamente.

—Pues la extrañeza de usted cesará cuando me escuche.

—Soy todo oídos.

Y el general se sentó en un banquito forrado de seda azul celeste, pero demasiado bajo para sus largas piernas.

—General—dijo la joven dama con lentitud estudiada—, mi marido parte el sábado para Europa.

Miranda pegó un salto en su asiento.

—¿A los cuatro días de casado?—murmuró.

—A los cinco. Es una determinación que ha tomado anoche en vista de otra que he tomado yo.

El general no contestó; pero su rostro y aun su largo cuerpo semejaban un enorme signo de interrogación.

—Vengo donde usted precisamente por eso. ¿Usted fue amigo de mi madre, verdad?

Miranda, que no esperaba tal salida, se estremeció, tosió, se atusó las patillas y dijo:

—Sí... Es decir... De eso hace algunos años... algunos...

—No ignoro nada de lo que entonces pasó; he obligado á mi padre á contármelo todo.

—Y?... Entonces?... Hija mía, ¿qué significa esto?

—Deseo, quiero, exijo de usted un servicio.

—¿Cuál?

—Quiero hablar con mi madre á solas.

—¡Usted! ¿Pero yo que?...

—Usted puede buscarla. Un hombre no se compromete nunca. Usted puede llevármela á mi rancho del Barranco el domingo á la una de la tarde.

El viejo general se mordió los bigotes. Ya se veía él en el tren con Sofía, sirviendo de blanco á cien miradas indiscretas.

—De mi conversación con ella—continuó la joven—dependen mi felicidad futura, la tranquilidad de mi padre, el término de un escándalo que dura hace diez y seis años.

—Si es así... Aun cuando yo hago una vida muy re-

tirada; aun cuando no sé positivamente dónde vive, la buscaré, le hablare, trataré de convencerla.

—La convencerá usted y la llevará á mi casa. Bien debe usted á la hija ese sacrificio, siquiera por haber sido uno de los que ayudaron á caer á la madre.

Anonadado por el reproche el anciano militar, se inclinó sin responder, quedando en la posición de un ídolo chino. Adda se habría reído en cualquier otro momento.

—Quedamos en eso—dijo ella levantándose y preparándose á salir—. El sábado en la tarde se dignará usted avisarme el resultado. Así lo espero de su buena amistad.

Y le tendió la mano, calzada admirablemente por largo guante color de ladrillo, mano pequeñita y caliente, que el general hubiera de buenas ganas triturado entre las suyas.

*
* *

Cuando la esposa de Peralta partió, el general se entregó á un violento acceso de cólera. Rompió de un puntapié una rinconera cargada de juguetes costosos, y llamó á gritos á su antiguo asistente. Sin duda en la casa estaban acostumbrados á esas tempestades, porque al cabo de algunos minutos sólo se presentó el viejo criado.

—Remigio—dijo el general con los dientes apretados y las manos crispadas:—haz que enganchen el cupé y vístete. Vas conmigo á la calle.

En efecto, un cuarto de hora más tarde el general, severamente vestido de negro, subía en su coche. Re-

migio se sentó junto al cochero, al que dió en voz baja la dirección que debía seguir.

Tendido en los blandos almohadones del carruaje, Miranda cerró los ojos, y abrumado por el peso de sus recuerdos, su corazón, que latía sordamente, como un reloj cuya cuerda está próxima á extinguirse, se oprimió al pensar en la mujer á quien se había comprometido á buscar. ¿Y por qué no había él rechazado la comisión, vamos á ver? ¿Qué tenía que ver con los asuntos de personas extrañas, que venían á sacarle de su tranquila existencia, para lanzarle, después de tantos años, en el camino de aventuras ajenas á su edad, á su posición social y á su reputación de hombre serio? La conciencia se sublevaba en el fondo de su alma para contestar esas preguntas. No olvidaba, no podía olvidar que él había sido uno de los primeros en faltar á la amistad, al deber, al honor, y en coadyuvar á la perdición de la esposa de Hernández. La veía elegante, dichosa, coqueta, paseando en las noches perfumadas y tibias en el malecón de Chorrillos, y se veía él mismo haciendo el papel de un Lauzún ó un Lovelace, engañando pérfidamente á la joven aturdida y arrastrándola á citas clandestinas, en la ausencia forzada de su marido, de quien él, Miranda, oficial entonces, se llamaba amigo. Y se mordía con rabia los canos bigotes. ¿Qué había sido de ella después? Arrojada en el fango por la mano brutal de la seducción, permanecía en él, como una de esas flores marchitas que se botan del florero para ser reemplazadas por otras, y que recoge de cuando en cuando algún ebrio ó algún trasnochador sin blanca, de los que pasan la vida en las casas de lenocinio ó en los antros del juego. Recordaba

haberla visto alguna vez vestida de colores chillones, pintada y peinada de un modo extravagante, arrastrando su deshonra entre las gentes honradas, en los paseos públicos, y desafiando con cinismo las miradas compasivas de las mujeres y las burlonas sonrisas de los hombres.

¡Demonio! ¡Y ahora se le antojaba á la hija hablar con ella! Y él se veía obligado, por sus antiguas relaciones, á servir de intermediario entre esas dos mujeres tan distintas; la una toda pureza, candor, honradez y hermosura; la otra toda descaro, ungüentos, polvos, perifollos, cintas descoloridas como su pelo y como su alma, y toda depravación y toda insolencia.

¡Bien hecho! ¡Pagaba su falta de un modo cruel! No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague! ¿Qué dirían sus amigos los ministros, los senadores, los canónigos, los viejos militares del tiempo de Castilla y Echenique, los miembros del Club de la Unión, si le vieran rodando por esas calles en su conocido coche, y supieran que iba en busca de una pecadora de cincuenta navidades? ¡De seguro que no pensarían que iba á rezar con ella ó á tomar parte en una buena obra! ¿Y si su esposa, la noble doña Francisca de Portobello y Casagrande, sabía su aventura, ella, tan religiosa, tan buena, tan metódica, tan digna, tan cuidadosa de la inocencia de sus hijas, qué idea se formaría de él? Vamos: ¡era para volverse loco! La misma Sofía, ¿qué diría de verle aparecer en su camino, al cabo de largos años de olvido y de desprecio? ¿Lo recibiría siquiera?

Por su parte, el asistente no las tenía todas consigo. Conocía las viejas picardías de su patrón; se acordaba

perfectamente de los palos que le había costado no llevar respuesta alguna vez á las cartas que el general escribía á aquella Sofía de sus pecados, á quien iban á ver, y á la cual había él encontrado con frecuencia hasta en las pulperías de los bachiches y en las encomenderías de los hijos del Celeste Imperio. ¿Y qué mosca había picado al viejo carcamal de su amo, para ir á ensuciar sus blancas patillas en el lodazal donde se revolcaba esa puerca, tan venida á menos, que él la había visto apurar sendas *libras* de pisco hasta con los carreteros y matanceros del Camal?

De cuando en cuando Remigio echaba una rápida mirada al interior del cupé, y al ver al general con los ojos cerrados, el sombrero de copa hasta las cejas y los dientes apretados, murmuraba para su capote gris de botones de plata:

—No, no me engañas tú, viejo marrullero. Estás más despierto que un toro con banderillas de fuego y te preparas á embestir. ¡Anda! ¡Anda! ¿Acaso no veo yo que te estás afeitando el bigote con los dientes?

El coche rodaba entre tanto, haciendo saltar chispas de las menudas piedras de las calles; los caballos ingleses de pura raza y gran alzada, tascaban los frenos y agitaban impacientes las orejas, mientras trotaban á un paso igual y rítmico, guiados por la inteligente mano del cochero, que era un negro de formas atléticas y de mirada brillante, labios gruesos como riñones y narices dilatadas y chatas.

El carruaje pasó rápidamente por frente á la iglesia de Monserrate, y á la futura estación (entonces era un corral abandonado) del ferrocarril que algún tiempo más tarde construyó don Enrique Meiggs, y se lanzó

levantando nubes de polvo por la senda que conduce al Camal.

Remigió vió al general incorporarse, planchar el sombrero con la manga de la levita, abrocharse el guante de la mano derecha y encender un puro.

De pronto, al entrar en una de las callejuelas de la izquierda, el general tocó el timbre y el vehículo se detuvo instantáneamente. Remigio saltó del pescante y se dirigió á una de las casitas de la calle, después de preguntar algo al pulpero de la esquina, el cual, al ver el coche particular, se sonrió socarronamente y dió en voz baja las señas que el asistente le pedía.

La puerta de la referida casa, que se hallaba herméticamente cerrada, se abrió á los golpes que dió el viejo criado; alguien cruzó pocas palabras con él, y lanzando una exclamación de asombro, se volvió al interior. Oyóse gran ruido, proveniente como de personas que disputaban, y á poco salieron de la casa cinco mujeres y varios hombres, despeinadas y ebrias ellas, sin corbatas, ni chalecos, ni sombreros y no menos borrachos ellos. Todos se dirigieron cantando la *Marsellesa* á grito herido al carruaje, donde esperaba el general Miranda. Algunos perros ladraron, los vecinos se asomaron á las puertas de sus casas y el policía de la esquina se eclipsó prudentemente en la pulpería.

A la cabeza de esa abigarrada y extraña procesión de sátiros modernos y ninfas sin poesía; de bacantes legítimas y faunos falsificados, iba, escotada, gruesa, sudorosa, sucia, desgreñada como una gitana de Goya, y tambaleándose, Sofía Angulo, la madre de Adda Hernández de Peralta, la cual llevaba enarbolada en una mano una botella y se recogía con la otra las faldas

medio caídas, enseñando las piernas calzadas por medias de dudosa blancura y por zapatos de raso que habían sido de color de rosa, hechos trizas y enchancletados.

Su mirada era vaga; su andar vacilante. Era la que más gritaba, desafinando de un modo horrible en los calderones que, al salir de su garganta quemada por el alcohol, producían el efecto de pedradas en planchas de cinc.



CAPITULO III

Jarana (1).

El general Miranda quedó anonadado al ver acercarse á toda aquella gente. Si hubiera tenido un revólver los habría recibido á tiros. Iba á dar orden al cochero de arrancar, cuando la portezuela se abrió y Sofía, tomándolo de un brazo, le obligó á bajar.

—Ven, hombre, ven, Luis... Me han dicho que me buscas... ¡Aquí me tienes!... Entra á mi casa... Te presentaré algunos amigos!...

«Marchemos, hijos de la patria!
¡Glorioso día luce ya!...»

Las gentes comenzaban á reunirse; muchachos y mujeres se acercaban corriendo de los cuatro puntos cardinales. El general bajó lanzando venablos, seguido de todas las mujeres y los hombres que de tan extraña manera le recibían, y entró en la casa de la pecadora como jabalí rodeado por la jauría.

---

(1) Juerga.

La salita, estrecha y obscura, no contenía sino una alfombra raída y remendada, un sofá destripado, cuatro ó seis sillas casi en el mismo estado, dos baúles y un piano, que mostraba los amarillos y gastados dientes de su enorme boca abierta, y que un mulato flaco, de ojos saltones, bigote cerdoso, labios amoratados y cuerpo anémico, golpeaba con furor.

En las paredes había colgados algunos almanaques de casas de comercio, algunos grabados de *El Correo de Ultramar* y tres ó cuatro estampas obscenas: una mujer desnuda, huyendo de dos soldados con gorras de granaderos franceses, tenía debajo un letrero que decía: *Aventuras de Genoveva de Brabante.* Los soldados no llevaban más traje que el gorro susodicho. Otra mujer, vestida á medias, bailaba *can-can* en Maville y tocaba con la punta del pie la roja nariz de un bombero borracho; y otra, finalmente, se espulgaba á la luz de una vela, mostrando hasta los muslos las piernas ceñidas por medias de rayas rojas y aprisionadas en botas imperiales.

El general permaneció de pie en medio de la habitación, ceñudo y hosco, lanzando relámpagos de los ojos, que parecían apagados hasta unos momentos antes: relámpagos que atravesaban los vidrios azules de sus redondos quevedos.

—¡Cuánto gusto tengo de verte!—dijo Sofía abrazándole *velis nollis*... ¡Ingrato!... ¡Al cabo de los años mil te acuerdas de mí!... ¡Ven, te presentaré á mis amigas!... Esta... ésta es María Rosa... Chiquita... Menudita... Fea si quieres; pero tiene un cuerpo de diosa!... Esta es Eloísa... la pícara Eloísa... Le gusta el ramo de casados... Cuidado contigo, viejo!... Esta es Clara...

¡Pero qué viejo estás!... Esta es Angélica!... ¡Angélica la preciosa!... ¿Ves esa boquita?... ¡Pues no hay quien la gane á decir lisuras!... Esta otra es Mercedes... ¡La viajera eterna!... Conoce Guayaquil, Panamá, Valparaíso... Guayaquil sobre todo... ¡Tan seria!... Parece que no quiebra un plato y no deja en qué comer... A los hombres debes conocerlos... Guerra, Fernandini, Rebolledo, Gonzaga!...

En efecto, los jóvenes á quienes vimos en el baile estaban allí.

—Espera... espera... adentro tengo dos pájaros de cuenta... Un senador... Sal, Ortúzar... sal, hijo... Y un canónigo!... ¡No le digas nada!... Es Rodríguez... ¡Qué serio estás, hombre!...

Y volvió á abrazar al general.

Los dos aludidos se presentaron.

El senador tenía un gorro griego calado hasta las orejas y el canónigo estaba en mangas de camisa y cubría la sacra tonsura con un pañuelo de cuadros atado á la manera de los que usan los gitanos.

Ambos estaban colorados como pimientos y se tambaleaban al andar.

—¡Hola, general!—dijo Ortúzar—¿Es usted de los nuestros?

El canónigo Rodríguez le tendió majestuosamente la mano izquierda, le bendijo con la derecha y le dijo:

—*Benedicite, rara avis!*

Y agregó:

—Un piscolabis para el viejo veterano.

Miranda echó una mirada de desesperación en torno suyo, como la del marino que al sentir que su buque

se estrella en medio de la borrasca y de la noche, sabe que no habrá salvación posible para él.

Todos le miraban con la curiosidad con que miran á un fenómeno los espectadores de un circo. Las mujeres manifestaban cierto temor. Clara había dicho á Mercedes al oído:

—Se parece á Don Quitote.

Y la otra muchacha se había reído de muy buenas ganas.

Gonzaga, que estaba menos borracho que los demás y que tenía ciertas miras, como después veremos, sobre una de las hijas del general, comprendió que éste no había ido á ese lugar por gusto ni por buscar bromas de mal género, y dijo:

—Vamos, siéntense ustedes, señoras; caballeros, en dispersión! Dejen ustedes al señor general explicarse con Sofía

—¡Sí! ¡Sí!—dijo ésta—. Tú has venido á buscarme, viejo. Ven, entra en mi cuarto. No es como el que he tenido otras veces; pero, en fin, allí charlaremos en libertad... Señores: ¡siga la diversión!... ¡Viva el buen humor!...

Y tomando del brazo al anciano, que casi lloraba de rabia, lo arrastró á las habitaciones interiores.

Entre tanto el mulato preludió una marinera en el desvencijado piano, y María Rosa, Eloísa, Mercedes, Angélica y Clara comenzaron á cantar, mientras los mozos palmoteaban á compás:

«¡Palmeró!... ¡Sube á la palma!
Y dilé... á la palmerita...
¡Palmeró...»

—¡Venga tralexis!—gritaba Rebolledo, que cojeaba algo y tenía roja la punta de la nariz...—¡Olé!... ¡Esto es Sevilla pura! *¡Zamba! ¡Cataplum! ¡Candela!*

Y mientras gritaba, jugaba con los pelos de la nuca de Angélica y se golpeaba el muslo con la mano que le quedaba libre.

Fernandini apuraba por su lado copas de pisco llenas hasta los bordes, tornando á palmotear y ayudando al canto con ronca voz.

El canónigo discutía en un rincón con Ortúzar sobre la libertad de cultos, y declamaba contra Vigil, Mariátegui, Ribeyro, Barrenechea y Casós. El senador, que había oído hablar del asunto á algunos de aquellos personajes, repetía la lección sin cambiar ni una coma. El canónigo se encastillaba en la divinidad de la religión, y repetía á su vez el *nolli me tangere* del Evangelio poniendo los ojos en blanco. Los apóstoles habían dicho que la única religión verdadera era la de Cristo. *Et transierunt de gente in gentem et de regno ad populum alterum.* Hablaba de las encíclicas, de las letras apostólicas, del concilio de Trento, de la *Suma Teológica* y de la *Imitación de Jesucristo*, que no había leído jamás.

—El Estado tiene derecho, ¿entiende usted? tiene de-re-cho á dictar leyes—decía el senador mordiendo un sandwich de queso.

—Pero no lo tiene para atacar las prerrogativas de la Iglesia—replicaba el otro.

—Los tratadistas de derecho público...

—¡Esos son unos herejes!... Páseme usted un pedazo de jamón... De ése, sí... ¡Mi plata me ha costado!... Hay que recordar lo que dice San Agustín...

—¿Y qué dice, vamos á ver?

—*Non bis in idem. Religio veritas est.*

—¿Y qué me dice usted con eso? ¿Ha leído usted á Vigil?... ¡Tenga usted el jamón!

—No me hable usted de ese energúmeno.

—Una copa, caballeros—interrumpió Guerra, presentándoles un vaso y la botella, de la que faltaban las dos terceras partes.

La discusión terminó al punto. Bebieron y tomar— parte en el canto, arrancándose, después de toser toda la fuerza de sus pulmones:

«¿Para qué son tantos brincos,
cuando el suelo está parejo?...»

—¡Viva la libertad!

—¡Viva el placer!

—¡A tu salud, cholita!...

Eloísa decía á Gonzaga:

«¿Para qué con tanto empeño
me andabas solicitando?...»

—¡Ujalé! ¡Ujalé!

—¡Que te aproveche, negro!

—¡Viva el amor!

—¡Toca un tendero, zambo!

—¿Se acabaron los camarones?

—¡A mí dame chicha!

—¡A mí pisco!...

—¡Venga ese tondero!

—¡Al acto, mi patrón!

*
* *

Sofía y el general entraron al dormitorio de la primera, una pieza cuadrada, empapelada con papel de á 15 centavos, en la que había una cuja ancha de madera con sobrecama de antimacasar, un lavatorio con la piedra partida, un diván, un sillón, un ropero muy viejo, con la luna de uno de los espejos de las puertas hecha pedazos, una mesa de noche y dos canastos repletos de ropa sucia.

Miranda se dejó caer en el sillón y Sofía se sentó en el borde de la cama, montando una pierna sobre otra y cruzando las manos llenas de sortijas falsas, por encima de las rodillas.

—Conque vamos á ver—dijo ella—¿qué negocio te trae por acá?... ¿Porque supongo que no vendrás á enamorarme?...

—Tienes razón—contestó el anciano con acento seco y severo;—venía á hablar contigo de cosas sumamente graves; pero veo que he escogido mal el momento.

—¿Porque nos estamos divirtiendo? No te hagas un fraile descalzo, Luis! ¿Te has confesado con el P. Gual? ¡Buen jaranista fuiste tú también en tu tiempo! ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la Pepa, de esa ecuatoriana que mató á su marido en Quito y se vino á Lima?... Pues ella me lo ha dicho... Como que puede ser tu hermana la muy cochina... ¡Lo menos tiene setenta años y todavía pasa!

—No he venido á recordar mi vida pasada ni mis torpezas de joven; al contrario, si me he prestado á buscarte...

—¿Te has prestado?... Luego no vienes por ti, sino por otro?... ¿Te manda acaso el imbécil de mi marido?

Me han dicho que la tonta de mi hija se ha casado...

—Ella es la que me ha rogado que venga aquí.

—¿Ella? ¿Y de cuándo acá se acuerda de mí? ¡Ah! ¡Ya caigo! ¿Pretenderá que entre á un convento, como me mandó proponer el animal de su padre hace cuatro años? ¿Querrá que nada turbe su felicidad? ¡Pues se equivoca!

—¡Quiere verte! ¡Hablar contigo!...

Al oir estas sencillas palabras Sofía se quedó atónita.

—¿Verme?... ¿Ella?... ¿Y para qué?

—No lo sé. Si accedes á su deseo, te esperará el domingo á la una de la tarde en su rancho del Barranco. Si no vas, me ha dicho que ella vendrá á buscarte aquí.

—¿A buscarme? ¿Adda en este sitio? ¡No! ¡No!... Dile que iré; sí, iré, aunque me exponga á que su marido me arroje á puntapiés.

—Su marido no estará allí.

—¡Y aun cuando estuviera!... Déjame sus señas.

El general arrancó una hoja de su cartera de cuero de Rusia y escribió en ella rápidamente algunas palabras.

En seguida echó mano al bolsillo, sacó un sol de oro y se lo presentó á la pecadora.

—¿Y eso á cuenta de qué es?—dijo ella con cínica sonrisa.

—¡Para el tren!—contestó él furioso al leer en la mirada de Sofía su pensamiento.

Cosa increíble, aquella mujer rechazó el dinero y contestó á su vez:

—¡Gracias! No me faltan dos cuatros bolivianos para ir y volver.

Miranda se sintió conmovido. Creyó que aún había

un resto de dignidad entre las ruinas de aquel corazón destruído por el terremoto moral del vicio.

—¡Ojalá consiga ella apartarte de esta vida—dijo.

Sofía se levantó como si la hubiera picado una víbora:

—¡Qué llamas tú esta vida, viejo predicador!—exclamó—. ¡Te has vuelto moral y prudente porque ya no puedes ni con tu alma! ¿Pretendes dar tus huesos á Dios, después de haberle dado lo demás al diablo? ¿Y quién me lanzó á esta vida sino tú? ¡Cuando me fuí con el chileno, ya había sido tu querida! ¡Esta vida!... ¡Esta vida!... Esta vida es mejor que la que hacen las mojigatas de tu sociedad podrida é hipócrita. ¿Dónde aprendí yo á ser mala? De fijo que no fué con la *Mona con polca* ni con la *Sacamanteca*, sino con otras que yo me sé y tú también. Todas esas santurronas no son sino apariencias! ¿No conoces tú á muchas que viven con el amigo del marido y con el fraile que las confiesa? Juana Rivas, ¿no parió del nuncio? ¿Por quién ha sido ministro Gutiérrez? ¡Por su mujer! ¡Pregúntale á Castilla en los mismísimos infiernos cuánto le dió á la Peñafiel cuando mandó á su marido á Europa?... ¿No te acuerdas ya cuando me decías que engañar á Hernández no era un crimen, porque el amor todo lo santifica?

El general puso buena cara á toda aquella avalancha de denuestos y procacidades, y replicó con tono casi humilde:

—Bueno, bueno, mujer, no te sulfures ni grites. ¿Te gusta vivir así?... ¡Allá tú! ¿Quedamos en que irás el domingo á ver á tú hija, verdad?

—Sofía Angulo no tiene sino una palabra. ¡Iré!

—¡Entendidos! Ahora te ruego que me hagas salir

sin tener que pasar entre tus convidados... Me dan asco, créelo

—Todos son muy decentes, Luis; á todos los conoces y lo tomarían á desaire. Además, la casa no tiene callejón... No es un palacio como el tuyo... ¿Por dónde quieres que te haga salir? ¡Como no te vayas por el techo!

¡Y no hubo remedio! El viejo tuvo que resignarse á salir por la sala. Cuando se presentó en la puerta, e cuadro que le fué dado contemplar era curioso por demás.

El mulato maltrataba frenéticamente las desafinadas teclas del piano. Rebolledo bailaba con Angélica una marinera de aquellas malambinas. Gastón roncaba sobre el sofá y Eloísa, acurrucada como un perro á sus pies, dormía con la desgreñada cabeza sobre el estómago del joven y la botella vacía en una mano. Fernandini, entre Mercedes y María Rosa, ebrios los tres, cantaban ó más bien aullaban los versos del baile. El senador, arrodillado á los pies del canónigo, á quien tomaba por Sofía, le ofrecía todas sus dietas si le juraba amarlo hasta la muerte. El sacerdote, perdidas la razón y la vergüenza, echaba por esa boca gruesas interjecciones y pretendía levantar al padre de la patria, apoyándose en Clara, que se reía á carcajadas.

El general atravesó rápidamente la estancia, abrió la mampara, cruzó el patio, descorrió el cerrojo de la puerta de calle y escapó como alma perseguida por una legión de demonios, mientras Fernandini y las dos mujeres gritaban desaforadamente con voces roncas:

«¡Para qué con tanto empeño
me andabas solicitando!...»

Al salvar el umbral de aquel infierno, el viejo militar tropezó con el joven Guerra que entraba con una botella de pisco en cada mano y un gran paquete bajo el brazo.

—¡Adiós, mi general!—le gritó éste haciendo volver la cabeza á dos ó tres personas que pasaban por la calle y que se alejaron escandalizadas, haciendo comentarios poco caritativos sobre la corrupción de los viejos que como Miranda habían ocupado elevados puestos públicos y arrastraban así sus setenta años y su dignidad por los lupanares.

El celador, que oyó llamar general á aquel señor enguantado y tieso, se cuadró y le hizo el saludo militar.

Al tomar el coche, rojo de ira y echando espuma por la boca, oyó todavía el general el ruido del piano y le abofeteó el rostro la risa de Sofía que entonó esta copla, abrazando á Guerra:

¿Para qué tanto misterio
por una cosa corriente?
Bien dice, zambo, la gente:
¡Los viejos al cementerio!

¡Uyuyuy! ¡Que te quemas, que te abrasas, que te desnucas, cariño!

—¡A casa! ¡A casa!—gritó el general destrozando el pañuelo con los dientes que le quedaban y tendiéndose medio muerto en los almohadones del cupé.

Remigio saltó al pescante; el cochero hizo restallar el látigo y el coche arrancó haciendo saltar chispas al empedrado.

La puerta del antro se cerró de golpe.

El general creyó oir la última descarga en una batalla perdida y sintió la amarga sensación de la derrota y del desprestigio.

Al empezar á rodar el coche, una lágrima de cólera brotó de sus cansados ojos y sus puños al cerrarse hicieron estallar los guantes.

Después cayó en una especie de sopor, del que no salió hasta llegar á su casa.

Una vez allí se encerró en sus habitaciones, después de ordenar que no le molestaran con ningún pretexto.

Remigio se retiró refunfuñando y fué, á su vez, á encerrarse en el cuarto que ocupaba en la casa.



CAPITULO IV

Madre é hija.

Enrique Peralta se embarcó el sábado 29 de Mayo, despidiéndose cordialmente de su suegro, ceremoniosamente de su mujer y con inmensa ternura de su madre. Á las reiteradas preguntas del primero, que se extrañaba de un viaje tan intempestivo, tanto él como ella opusieron una reserva absoluta. Se trataba, según Peralta, de un gran negocio, una maquinaria que iba á buscar á Alemania, para emprender en una industria nueva en el país. Adda no quería acompañarlo porque temía al mar: la larga navegación la asustaba y prefería condenarse á la soledad y dejar que Enrique partiera solo, puesto que su ausencia había de durar corto tiempo.

El joven tuvo más trabajo para convencer á su madre. ¡Cómo! Á los cinco días de casado se alejaba de su hogar acabado de formar, abandonaba á una mujer encantadora? ¿Qué negocio era ese del que antes no se había hablado ni una palabra? ¿No se podían enviar instrucciones á las casas constructoras ó mandar un

comisionado? En vano él explicaba la idea que tenía de montar una gran fábrica de camisetas, mejorando la que ya poseía. La madre movía la cabeza con aire de duda y suspiraba. Pero no tuvo más remedio que aceptar los hechos consumados. Sin embargo, como amaba mucho á su hijo, se propuso descubrir el misterio (ella no lo dudaba) que encerraba su partida, vigilando á su nuera. No, á ella no la engañaba el abrazo frío y obligado con que se separaron los dos jóvenes.

Adda acompañó á su marido hasta el vapor y regresó al parecer tranquila á su *rancho* del Barranco, aun cuando tanto su padre como su suegra le propusieron que se fuera á vivir con cualquiera de los dos. La negativa de la joven avivó las sospechas de la señora de Peralta.

La hermosa criatura entró en su casa con el ceño fruncido y conteniendo á duras penas las lágrimas. Ernestina, su criada de confianza, le entregó una carta que había llegado de Lima para ella. Rasgó el sobre con ansiedad y lanzó un grito de júbilo al leer estas palabras:

Lima, á 29 de Mayo de 1867.
Sra. Adda H. de Peralta.
Barranco.

Mi muy estimada amiga. Espere usted mañana á la una de la tarde á la persona de quien me habló usted el otro día. Respetuoso servidor de usted,

Luis Miranda.

Al día siguiente, la encantadora mujer, que apenas había pegado los ojos en toda la noche, se levantó tem-

prano, se vistió sencillamente, fué al baño, y cuando regresó alejó con diversos pretextos á todos los criados, menos á Ernestina, y dió orden á ésta de avisarle apenas llegara una señora que debía buscarla. Almorzó de prisa, febril, inquieta, y mirando cien veces el reloj, esperó la llegada de su madre dudando aún de que cumpliera su promesa.

Cuando oyó el pito del tren salió impaciente á la ventana, y allí, como una mujer amante que espera al bien amado de su corazón, vió cruzar á los pasajeros, que hablaban de sus asuntos, reían ó disputaban. Detrás de una pareja, feliz al parecer, que llevaba á un niño de la mano, vió de pronto á la que esperaba. Toda su sangre afluyó al corazón y estuvo á punto de desfallecer. Se sostuvo asiéndose á la cortina de damasco, y se dejó caer medio desmayada en una silla.

Después oyó sonar la campanilla, le pareció que su camarera entraba y le preguntaba algo, que ella hacía una señal afirmativa y que á los pocos momentos veía presentarse á una mujer vestida de negro, que avanzaba y la estrechaba en sus brazos.

Ahogada por los sollozos permaneció algunos minutos, sin darse cuenta de lo que le pasaba. Cuando pudo alzar la cabeza y fijar, empañados por las lágrimas, sus ojos en su madre, lanzó un grito de espanto.

—¿A qué vienen tantos aspavientos?—dijo ésta—. Has querido verme; me han dicho que querías hablarme, y aquí me tienes.

Adda permaneció algún tiempo silenciosa, contemplando aquella figura innoble, pintada, teñida, llena de lazos, que tenía delante. Al fin, haciendo un esfuerzo:

—Siéntese usted—dijo.

—Ya era tiempo, porque vengo muy cansada. Hace tres noches que no pego los ojos y me la paso bailando... ¡Jesús!... ¡Qué sillas tan cómodas!... ¡Cuánto lujo!... ¡Esto debe costar un dineral!... ¿Conque te has casado? ¿Y con quién? ¿Tu marido es rico? Verdad que no necesitas de nadie, porque el bestia de tu padre tiene millones.

—¡Silencio, señora, silencio!—contestó Adda con disgusto manifiesto—. No tiene usted derecho para injuriar al hombre á quien ha hecho tan desgraciado!

—¡Gua! Déjate de disfuerzos (1). Yo he venido, porque el general Miranda fué á buscarme en tu nombre. Dime pronto qué quieres, porque me tengo que regresar á Lima. Me están esperando.

—¿Qué puedo querer sino la salvación de usted? ¿Qué puede moverme á llamarla, sino el deseo de que cesen los escándalos que da usted diariamente y que como truenos lejanos llegan á mis oídos, llenando de pavor á mi pobre corazón?

—Pues mira, hija, para eso bien podías haber excusado la llamada. Yo tengo edad suficiente para saber lo que hago, y no necesito consejos de nadie, ni acepto tampoco imposiciones. ¿Cómo no te has acordado de dar este paso desde hace cinco años, por lo menos, cuando cumpliste los quince?

—No lo dí entonces, porque no era libre y porque supe que había usted rechazado las propuestas de mi padre.

—¡Buenas estaban sus propuestas! ¡Si cuando yo te

(1) *¡Gua!* exclamación familiar de Lima *Disfuerzos* equivale á *engreimientos*.

digo que es un animal! ¡Pues no quería que me metiera á un convento! ¿Has visto disparate mayor?

—Yo no quiero que entre usted á ningún convento.

—Y haces bien de no concebir siquiera semejante pensamiento. ¿Y qué quieres entonces?

—Quiero que se venga usted á vivir conmigo.

—¿Eh?—dijo Sofía con asombro—. ¿A vivir contigo? ¿Y tu padre? ¿Y tu marido? ¿Crees tú que pasarán por eso? ¡Por lo visto tú estás loca!

—No estoy loca y sé perfectamente lo que me digo. Ni mi padre ni mi marido se opondrán á mi voluntad.

La cortesana se bajó de la cabeza la manta de vapor un tanto descolorida por el uso y zurcida en algunos puntos, se levantó, y colocando los brazos en jarras:

—¡Repito que no estás en tu juicio!—exclamó.—¿Vivirías tú con Sofía Angulo, la *Conejo blanco*, como me llaman todos tus amigos? ¡Ya sabes, los mozos que frecuentan tus salones!... ¿Y qué haría yo aquí? ¿Ocultarme cuando vinieran todos esos que tanto me conocen? ¿Vivir arrinconada ó entre tus criadas? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Prefiero mi libertad! ¿Quedarme aquí? ¡Muchas gracias!...

¿Pero es que usted no tiene sentimientos?—dijo Adda.

—Sentimientos... sentimientos... ¿Por qué me dices eso?

—¿Por qué? Le parece á usted que no hago bastante con ofrecerle mi casa y mi afecto, renunciando por usted á un padre que me adora y á un esposo que me ama?... ¡Haga usted un esfuerzo!... Ya está usted vieja...

Sofía alzó fieramente la cabeza y miró con rabia á su hija.

—Sí, vieja—prosiguió Adda—. De cerca parece usted, así pintada, una máscara griega. Es imposible que los hombres le digan á usted lo que le dicen, sintiéndolo. Mírese usted en el espejo. El color ceniciento de su pelo, á pesar del tinte; las arrugas que no llegan á ocultar ni el agua de Venus ni los polvos, ni el colorete; el talle, que protesta del corsé; las manos arrugadas y pecosas; la pesadez natural de los años, ¿no le están á usted diciendo que ya es hora de ocultar los pasados devaneos y buscar en las buenas obras y en el retiro el perdón de faltas que no debo calificar, el olvido de culpas que caen sobre mí, que soy inocente; sobre mí, que la amo á usted á pesar de todo y quiero arrancarla de la ignominia? ¿Quiere usted que sea incurable la llaga que ha abierto usted en la honra de mi padre?

—Entiende tú, estúpida—dijo Sofía con los dientes apretados y roja de ira—, que así vieja valgo más que las muchachas de alfeñique como tú. Entiende que los hombres buscan en mí algo que ninguna de ustedes puede comprender ni sentir. ¿Es para insultarme para lo que te has acordado de mí, al cabo de diez y seis años?... ¡Vieja!... ¡Vieja!... Pues así vieja, no cambio mis cincuenta y un años, que no parecen treinta, por tus veinte, que por lo estirados y fríos parecen sesenta. ¿Conque me compadeces?... ¡Pues, más te compadezco yo á ti!.... Lo mejor que puedes hacer es no acordarte de que existo. ¿O crees tú que no comprendo qué móviles te han impulsado á acercarte á mí? Tú has dicho: soy joven, rica, adulada, bien recibida en todas par-

tes; pero la gente sabe que soy hija de la *Conejo blanco.* Si consigo que esa mujer desaparezca, se olvidarán poco á poco de ella y podré respirar tranquila el embalsamado ambiente de mis salones, sin que llegue hasta ellos el vaho pestilente de la calle. ¡Pues te has llevado solemnísimo chasco, diplomática! Desde mañana voy á usar el apellido del bruto de tu padre, y cuando todo el mundo pregunte por el nombre de la *Conejo blanco,* no faltará quien conteste: ¿Esa? Esa es Sofía Angulo, la mujer del banquero Hernández, la madre de la esposa de Peralta!...

—¿Madre? ¡No profane usted ese nombre sagrado! Si lo fuera usted, si supiera usted lo que significa, no habría dudado, no digo en entrar á un convento, en morir por aquella á quien dió usted el sér... ¿Que no acepta mis proposiciones me dice? ¡Está bien! Pero no olvide que su hija morirá desesperada por su causa. ¡Oh, sí, moriré! ¡Porque estoy dispuesta, si sale usted de esta casa, á envenenarme! No he sido niña feliz, ni puedo ser mujer dichosa, á causa de usted. He perdido, por darle el nombre de madre, la ternura de mi padre, el amor de mi marido, y estaba dispuesta á perder la pública estimación... ¡No importa! ¡Váyase! ¡Váyase, y que mi muerte sea el mas cruel remordimiento de su conciencia!

Sofía se quedó mirando á su hija, que estaba bellísima en su arrebato, y algo así como una ráfaga de la pureza de la joven refrescó un instante su alma seca como la planta falta de lluvia. Latió su corazón como en aquellos días dichosos en que ella también había sido joven, espiritual, inocente y soñadora, y sin darse cuenta de lo que le pasaba, una ola subió de su corazón

á su garganta, y una lágrima, una sola, rodó de su pupila velada, corriendo por su marchita faz y abriendo un surco en la pintura, como el arroyo que se desprende de la cima nevada de una montaña y cruza el campo estéril, dando de beber á la tierra sedienta y dura, tostada por el sol.

—¿Morir?—dijo—¿Y por qué lo tomas de una manera tan trágica? ¿Qué te importa á ti, que nunca me has tratado, que durante tantos años me has desconocido, que sólo has oído perrerías de mí, que yo viva en medio de la orgía y el escándalo? ¿Acaso dejarás tú por eso de ser menos estimada en la sociedad? ¡Heridas incurables, llagas de la honra! Cállate y examina á esa sociedad tuya... Pregunta, inquiere, anda! y sabrás que muchas de las que brillan y se muestran más orgullosas han tenido madres como yo ó padres que han aceptado la deshonra y han comerciado con ella!

—Si me guiara el egoísmo, la habría dejado á usted en su abandono y en su desgracia; pero yo no procedo como lo hago por mí, sino por usted, créame, porque yo no he mentido jamás. Si me empeño en que cambie usted de vida, es porque tengo hambre de dar á usted el nombre de madre á la faz del mundo entero... Si usted no quiere darme el de hija...

—¿Y por qué no había de dártelo?

—Porque no tendría usted valor de pronunciar ese dulce nombre, santo para la ternura maternal, en medio de sus locuras; porque si lo pronunciara usted, no tendría respuesta y porque la gente misma que la rodea á usted le diría que no era digna de llamarse madre de una mujer honrada.

Sofía inclinó la cabeza abrumada por estos razona-

mientos, que azotaban su rostro como bofetadas ó latigazos de fuego. Toda su arrogancia se había desvanecido ante la firmeza de su hija.

Adda observaba con ansiedad los cambios de fisonomía de su madre, y un rayo de esperanza atravesó las tinieblas de su corazón.

—Si usted quiere—dijo—, desde ahora puede quedarse aquí. Escogerá usted en mi guardarropa los trajes que más le gusten. Somos casi de la misma estatura... Yo no recibiré á nadie durante algún tiempo; me consagraré á cuidar á usted; á darle gusto en lo que quiera. Verá usted, verá usted cómo no nos aburrimos. Verá usted cómo no echa de menos sus noches sin sueño y sus días sin pan; verá usted cómo el calor del alma de su hija penetra poco á poco en la de usted y al fin se considerará usted feliz... Vaya—continuó al ver que Sofía bajaba la cabeza: ¡afuera esa manta, que parece una mortaja! ¡Afuera ese traje raído, que huele á casa de préstamos! ¡Afuera esos zapatos descoloridos y rotos y esas enaguas sucias! ¡Afuera todo eso, y venga usted, venga usted conmigo!

La joven había ido arrancando febrilmente las ropas á su madre y empujándola suavemente hacia el dormitorio.

Una vez allí, abrió una cómoda y un ropero; sacó una camisa de batista, bordada de azul celeste, unas enaguas blancas como la seda del armiño, y, por último, una bata color perla, con lazos granates, y fué vistiendo ella misma á la pecadora, con la tierna solicitud con que se cuida y arregla á un niño.

Sofía la dejó hacer sin oponer resistencia. Estaba asombrada y vencida á medias por tanto amor, tanta

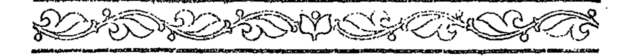
abnegación, tanto respeto. Después de todo, no le disgustaba sentir sobre sus carnes ajadas y fofas aquella ropa caliente y fina, que exhalaba perfumes de inocencia. ¡Hacía tanto tiempo que sólo se vestía con telas de las más baratas! Y muchas veces, muchas, tenía que recurrir á las camisas menos sucias del canasto repleto para reemplazar la que llevaba en el cuerpo! ¿Pues no había tenido que lavarse ella misma en mil ocasiones las medias de á veinte centavos el par, que no le duraban sino una postura, porque tenía que gastarlas durante quince días y hasta durante un mes?

Luego Adda pasó por su rostro una toalla de hilo, arrancando la pintura, que se quebraba y caía en trozos como la cal de una pared al contacto de la humedad; peinó sus cabellos con un peine de nácar, que quedó con una línea negra de tierra en el extremo superior de los dientes; calzó sus pies con unas chinelas de terciopelo bordadas de oro; le recogió el pelo en una redecilla, y cuando la vió transformada, rejuvenecida, otra, en fin, cayó en sus brazos sollozando, la cubrió de besos y de lágrimas, y gritó con expresión radiante:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Ahora sí que eres mi madre de mi alma!

Y Sofía, medio colérica y atónita, medio convencida, se tiró en un sofá diciendo:

—¡La verdad es que no hay nada tan agradable como el lujo!



CAPITULO V

El fondo de un alma.

Enrique Peralta era un hombre inteligente é ilustrado; pero había vivido en una atmósfera social embriagadora, sin necesidades de ninguna clase y sin pensar jamás ni en las de los otros ni en el mañana, creándose un mundo enteramente ideal. Para él no había tenido hasta que se casó sino una sola faz la vida. Educado en uno de los mejores colegios de Alemania, tenía saturado el cerebro de esa filosofía, mitad hegeliana, mitad escéptica, que ora presenta la existencia como un sueño dorado, como un jardín iluminado por los rayos de plata de una luna eternamente primaveral, ora como un problema abrumador y terrible, para el que no hay más solución que la muerte. Durante sus años de estudio había aprendido mucho y vivido como la mayor parte de sus compañeros, alejado de todo lo que no fueran los libros, la pipa, la espada, la cerveza y las maritornes de las tabernas de Heidelberg, en cuya Universidad se conservan aún muchas de las tradiciones medioevales. Su único solaz durante las vacaciones consistía

en recorrer con algunos de sus condiscípulos las viejas orillas del Rhin, pobladas de castillos ruinosos, llenas de recuerdos y de fantasmas; leer á Goethe y á Schiller y figurarse á todos los hombres ó Faustos capaces de vender el alma al diablo por un beso de amor, ó bandidos del temple de Carl Moor. Romántico por temperamento, le apasionaron los sufrimientos del joven Werther, y fué á Weimar tan sólo por pasear por los mismos sitios que había recorrido anciano y coronado por sus glorias el amante de Carlota, á quien Chateaubriand no supo comprender y no quiso visitar.

Terminada su educación, su madre le hizo dar diez mil soles para que visitara Italia, Francia, Inglaterra y España, antes de regresar á Lima, de donde había salido al cumplir doce años y á la cual volvía de veintiséis.

Joven, fogoso, inteligente, llevando en una mejilla la señal de un floretazo recibido en un asalto de los que por pasatiempo acostumbraban los estudiantes de Heidelberg, probó todos los goces materiales en París, en el París galante, literario y corrompido del segundo Imperio, al mismo tiempo que asistía á las clases de la Sorbona y que admiraba en el Museo del Louvre y en Versalles las obras maestras de los grandes artistas de todos los tiempos. Se aburrió en medio de las nieblas de Londres, donde tuvo que pagar dos libras esterlinas de multa por haber dicho á una mujer en plena calle que era muy linda. En Italia meditó en la grandeza muerta de los pueblos, sentado en las piedras calcinadas por el sol de cuarenta siglos, visitando el Foro ó el Coliseo, ó recorriendo la Vía Appia, á la luz de las estrellas. En España visitó el Escorial y asistió

á una corrida de toros, con lo cual tuvo bastante, según creyó entonces, engañado como tantos otros, para conocer el carácter fanático y valiente de los descendientes de Pelayo y Torquemada.

Lima, tan distinta á esas viejas capitales en sus construcciones, en sus costumbres, en su sociedad, fué para él una sociedad nueva. Sin embargo, como había de vivir en ella, pronto se asimiló al medio ambiente, extrañando tan sólo la vertiginosa vida intelectual de otros centros.

Un año hacía que había regresado cuando su madre le habló por primera vez de Adda Hernández. El joven la había visto en algunos salones, y su belleza notable despertó su atención, como sucedía con cuantos la veían. No pensó nunca en que podía llegar á ser su mujer; mas así que se formalizó el compromiso contraído por su madre y Hernández, se holgó muy mucho de que fuera ella y no otra la compañera que había de compartir con él los placeres de una vida de lujo, comodidades y ociosidad. La historia de la madre de Adda no fué tomada en consideración, ni por la madre de Enrique, ni por él. Ella, doña Catalina, sabía que esa niña había sido criada y educada en un ambiente sano. El era bastante superior para no echar la culpa ajena á quien no había cometido ninguna. Por eso fué tan rudo, tan brusco é imprevisto su primer desengaño. Lo que no hemos dicho es que después de pasar la noche en una butaca, terminada su conversación con Adda, pidió á ésta al día siguiente una entrevista, que fué muy fría y muy corta. Dijo á su mujer que comprendía que había cometido un disparate casándose con quien no le amaba ni le amaría nunca como él de-

seaba ser amado. Le manifestó que no estaba dispuesto á arrostrar las burlas del mundo y las censuras de la sociedad, acogiendo en su hogar, como ella pretendía, á una mujer de vida tan escandalosa y de tan fatales antecedentes como Sofía; á una mujer á quien señalaban con el dedo cuantos eran los habitantes de la capital, porque ella daba motivo para que, no sólo no se olvidaran sus aventuras, sino para que diariamente se hablara con más desprecio de su degradación. Pero agregó que, no queriendo que nadie pensara que se separaba de su esposa por causas que no fueran honestas y justas, inventaría la necesidad de un negocio comercial para irse á Europa y dejarla libre.

Adda le escuchó con los ojos secos y el corazón oprimido. Desde que el joven había aceptado con aparente indiferencia la separación, sentía un gran resentimiento y comprendía que su sacrificio iba á ocasionar una separación eterna y un escándalo social. Le contestó que le dolía que un hombre como él no supiera leer en su alma, siendo como era inteligente y bueno como pocos, y aceptó la combinación del viaje y el supuesto negocio, agregando:

—Espero que me escribirá usted, Enrique; por mi parte, le ofrezco que no le faltarán mis cartas ni siquiera en un correo.

Ya sabemos que Peralta se embarcó el sábado y que Adda recogió en su casa á su madre el domingo; pero lo que ignoramos es que la madre de Enrique supo inmediatamente cuanto había sucedido, por conducto de Ernestina, y que hizo un telegrama á su hijo, el cual lo recibió el martes siguiente en Paita. En ese telegrama doña Catalina nada ocultaba á Enrique y le roga-

ba que regresara, porque sólo él podría cortar el escándalo.

Peralta leyó la noticia sin emoción de ninguna clase. Todo cuanto su madre le decía lo sabía él de antemano. Mas por uno de esos extraños cambios de ánimo, al comcomprender que el paso de Adda los separaba para siempre, se sintió profundamente enamorado de su mujer. Pensó volver á Lima é intervenir en el asunto, haciendo sentir su indiscutible autoridad; pero el miedo á las burlas de los demás y el mismo amor que acababa de despertarse en su alma, le detuvieron.

Cuando el vapor zarpó de las tranquilas aguas de Paita, se encerró en su camarote y pasó largas horas con la cabeza hundida entre las manos. Se veía joven, rico, adulado por la sociedad y envidiado por todo el mundo, y se consideraba, sin embargo, más infeliz y miserable que el último mendigo. ¿Era, pues, el mundo lo que quiere Shopenhauer que sea? ¿Habían profundizado como el buzo en el mar los filósofos que pretendían conocer el corazón humano? ¿Eran ciertos los cuadros que esos filósofos dibujan con los sombríos tintes del escepticismo? ¿No sería la mujer sino un pedazo de carne que anima el vicio? ¿Qué pasiones extrañas agitaban el alma que parecía más pura? ¿Qué clase de alma era la de Adda que afectaba no comprender el daño que le hacía á él, á su compañero de toda la vida, escogido por ella misma, alejándolo de su lado á la hora del amor, por un tardío sentimiento de piedad filial hacia una mujer indigna? ¿No sería la ley atávica, la herencia de la llaga, lo que arrastraba á aquella jovencita á buscar á esa pecadora despreciable para, que la iniciara en los secretos de una corrupción monstruosa?

Este pensamiento pasó como un relámpago fugaz por el cerebro del joven; pero lo rechazó inmediatamente y pidió perdón á la mujer amada, que no había ni de escucharle ni de concedérselo. Oprimido su corazón por tan diferentes ideas, se sentía á las veces dispuesto á odiar á Adda; mas reaccionaba en seguida y veía que no tenía derecho para pensar mal de un sér que después de todo cumplía con uno de esos deberes que nadie podía dejar de apreciar, por espinoso que fuera el camino que tomaba para lograr su objeto.

Había sido tan brusca su caída, tan inesperada la primera contrariedad seria de su vida, que no se daba aún cuenta completa de los sucesos. Y como de pronto la imagen de su buena madre fuera á interponerse entre Adda y su meditación, el amor inmenso, respetuoso, infinito que por ella sentía, le hizo experimentar una gran piedad por aquella noble hija. ¿Qué no haría él por su madre? ¿Pues por qué no comprendía que su joven esposa sacrificara amor, juventud, consideraciones y posición social por la suya?

Fuerte para alejarse, se sentía débil para olvidar. ¡No! ¡El no olvidaría! Abrió su cartera. Allí tenía un retrato de Adda, de Adda brillante en su regia belleza americana, tan distinta de la belleza de las mujeres á quienes había tratado al comenzar á cruzar el mundo.

Sí, esos eran sus ojos negros, ojos de fuego, deslumbradores cuando miraban con altivez ó con ternura; esos eran sus ojos, sombreados por cortinas de pestañas arqueadas y coronados por cejas trazadas por el dedo de Venus, empapado en la tinta con que la noche escribe sus dolores en el lienzo azul del firmamento. Esa era su nariz recta y fina como la de la Hebe de Canova,

que había admirado tanta veces!... Esa era su boca pequeña, de labios delgados y rojos como claveles andaluces, que mostraban cuando la sonrisa los entreabría dos sartas de perlas de Ceilán. Ese era su cuello de Diana cazadora, ése su busto admirable y admirado por cuantos le envidiaron el día que la llevó al altar. ¡Oh! Ese día... ¡Estaba tan cerca y tan lejos!...

Enrique apretó el retrato contra su corazón y lo besó repetidas veces. Abstraído en sus pensamientos, oyó tocar la campana, que llamaba al comedor á los pasajeros y no se movió. A través de la ventada de su camarote veía elevarse el mar y bajar el cielo, conforme el buque se inclinaba á un lado ó á otro, sin que las necesidades materiales tuvieran fuerza para sobreponerse á su amarga agonía moral.

Cuando la llama de la bujía que en aquella época alumbraba los camarotes, iluminó de pronto el recinto en que se hallaba, producida por el fósforo del sirviente á quien no había sentido entrar, se puso violentamente de pie, salió del estrecho cuadro en que había permanecido largas horas, y subió á cubierta, buscando el aire que necesitaban sus pulmones para respirar.

La noche era negra y tempestuosa, noche de calor sofocante y de niebla espesa. En aquel momento entraba el barco en plena región tropical, y un viento cálido y húmedo al mismo tiempo, azotaba la proa del vapor, y silbaba de un modo fúnebre entre sus jarcias. El cielo parecía un inmenso paño mortuorio y el mar un sepulcro de piedra.

Peralta se asomó á la barandilla del costado de babor y permaneció largo rato viendo deshacerse la espuma que formaba la quilla al romper las olas y á la

que daban fantásticos reflejos al pasar los faroles del buque.

Por un instante tuvo el pensamiento de dejarse caer al mar. Así todo concluía de una vez. Su muerte sería considerada un accidente fatal; se hablaría de ella durante algún tiempo, y luego el olvido caería sobre su nombre... El recuerdo de su madre le salvó y le hizo alejarse de aquel sitio. Cayó sobre uno de los bancos próximos, é inclinando la cabeza sobre el pecho, hubiérase dicho que dormía. A las once le llamó un camarero, que había olido una buena propina en aquel elegante pasajero, y le ofreció una taza de café. Bebió de un sorbo el aromático y caliente líquido y se metió en la cama sin desnudarse, apagando antes la vela.

La luz le ofendía; las sombras eran hermanas de esas otras sombras que envolvían su espíritu atormentado por el dolor.

Contó todas las horas y oyó en el silencio el grito estridente de la sirena del vapor y el tic-tac de su pecho, únicos ruidos que con la trepidación producida por la máquina, turbaron durante las eternas horas de su insomnio febril, el silencio solemne y misterioso del firmamento y el monótono quejido del Océano.

Hubo un instante en que sus ojos se cerraron á pesar suyo, y entonces en su sueño de cinco minutos vió flotar entre nubes á Adda envuelta en tules vaporosos que le miraba con ternura y le llamaba. Extendió los brazos para impedir que la visión se desvaneciera, y se despertó con las sienes empapadas en frío sudor...

Cuando la aurora surgió blanca y azul en Oriente, el vapor se hallaba en pleno golfo del Guayas. La vegetación exuberante y verde, como finge á la es-

peranza la poesía; la vegetación que bordaba ambas orillas de aquel ancho golfo; que semeja un mar de mansas olas, parecía sonreir y brindar el consuelo de sus murmullos y de sus aromáticos efluvios á los corazones desgarrados por el pesar.

Bandadas de loros de brillantes matices cruzaban el espacio; algunos cetáceos asomaban el lomo negro á flor de agua y lanzaban sus chorros cristalinos, que volvían á caer como la lluvia de fuentes movibles, en el tazón inmenso de las ondas, que reproducían como un espejo el azul del cielo y los colores del follaje de las riberas.

A lo lejos huía alguna canoa tripulada por atrevidos pescadores ó abrían el abanico plomizo de sus velas las *chatas* y barquichuelos que hacen el comercio de aquellas costas.

Enrique sintió toda la grandeza de aquel cuadro maravilloso y entró pensativo en su camarote.



CAPITULO VI

En Amancáes.

Cuando llega la vejez, con sus arrugas y sus hielos, parece como que la memoria se complace en evocar el pasado.

Los hombres de nuestra generación, que han vivido ya cerca de medio siglo, no han podido olvidar aquellos tiempos en que el paseo de Amancáes era un verdadero acontecimiento para el que se preparaban las familias de Lima con un mes de anticipación.

La inmensa pampa permanecía desierta durante todo el año; pero en el día de San Juan (24 de Junio), se transformaba en lo que se transforma la pradera de San Isidro en Madrid, en la fecha de la célebre romería.

Las amarillas flores en forma de campana han abierto ya para ese día sus cálices y adornan los cerros y brotan por todas partes, semejando franjas de oro en el sayal de un franciscano.

En la época á que nos referimos levantábanse tiendas de madera y amplias carpas de lona por todas par-

tes, y la heterogénea concurrencia invadía aquel lugar desde las ocho de la mañana, acudiendo á caballo, en coches, en carretas, á pie, y hasta encaramada en los lomos del humilde congénere del manso cuadrúpedo en que entró Jesús á Jerusalén.

Nosotros no alcanzamos el balancín, que no somos tan viejos. Era este vehículo, dice Fuentes, «un pesado armatoste tirado por dos caballos y manejado por un negro, que cabalgaba sobre uno de ellos». En él se hacían los paseos al Cercado, al Callao, á Chorrillos, á todas las afueras. En cambio el calesín ó calesa servía, como hoy los coches de muelles, vidrios, cuatro ruedas, blandos cojines y pescante, para las necesidades de la vida urbana. El cochero vestía librea de vivos colores y sombrero de copa, como cualquier *caballero de gracia* de los de hogaño.

Tanto la calesa cuanto el balancín desempeñaban gran papel el día del paseo á Amancáes. En ellos iban las familias, haciendo conducir los comestibles á lomo de burro por los sirvientes ó esclavos (hasta 1860 había todavía esclavos), para almorzar y comer en la pampa, y hasta para *lonchar*, como dice cualquier cronista decadente é *ilustrado* de estos tiempos; ó para tomar las once, como decían nuestros abuelos hasta mediados del siglo XIX.

Una vez llegados al sitio de esa romería, que no es hoy ni sombra de lo que fué, el buen humor se desbordaba por todas partes y de diversos modos. En las carpas, tiendas, casas improvisadas y cantinas, se reía, se bullía, se bailaba la zamacueca. En la pampa se corría á caballo ó se establecían grupos que, tendidos en la arena, sentados como los musulmanes ó en pie, se

entregaban á las más locas manifestaciones de contento ó á devorar los manjares y consumir las botellas de chicha, pisco, mallorca de España, vino de Moquegna, Chincha, etc. Allí, en fuentes de plata, se alzaban en pirámides las amarillas y arenosas patatas con ají, como piedras de oro; los huevos duros de vestidura blanca y también áureo corazón; los camarones grandes como langostas y rojos como cardenales; el seviche de conchas y de corvina, el escabeche, el maní tostado, los buñuelos, el sango de ñajú, el seco de cordero, el blanco arroz graneado á la moda del Norte, los anticuchos, los choclos tiernos, los plátanos de seda y de la isla, las naranjas que destilan almíbar bajo su coraza dura de color verde ó gualda, y multitud de frutas y golosinas de las que tanto abundan en nuestra América.

Los enamorados, que de toda oportunidad se aprovechan para demostrar su decisión por el objeto de sus ansias, se esmeraban aquel día y gastaban un ojo de la cara ó daban pruebas de su habilidad de jinetes consumados arrancando flores á caballo, sentando éstos con arte ó pasando y repasando por frente á sus dulcineas con el clásico jipijapa, el poncho de listas, la alta bota charolada y el estribo, freno y espuela de bruñida plata.

Ni era raro encontrar algún clérigo y aun alguna dignidad del coro, entre los concurrentes.

La aglomeración de la gente, los pies de los bailarines y las patas de los cuadrúpedos, levantaban nubes de tierra. El licor nacional solía producir efecto desde temprano y se armaban tiberios que acababan á botellazos y trompadas y ocasionaban los consiguien-

tes sustos en las sensibles niñas, que se veían obligadas á presenciarlos.

La gente del pueblo comenzaba á beber desde que salía de la Alameda de los Descalzos; algún cholo ó algún negro de recia musculatura no alcanzaban á llegar á Amancáes y se tendían al lado de las tapias del camino, donde recibía una verdadera lluvia de polvo y á veces alguna coz de las cabalgaduras que pasaban al trote.

Allá en la pampa comenzaba la juerga. Las alegres notas del baile nacional hendían el aire y las parejas se lanzaban á la palestra con la mano en la cintura y el pañuelo en alto, mientras los negros entonaban las coplas al son de las palmadas, con que también los moros acompañan la zambra y los napolitanos la tarantela, y golpeaban á compás en los cajones llenos de paja, que con los vientres abiertos, acababan de ser violados por el martillo de los bebedores. Un ciego acompañaba con la melancólica música de un arpa aquel baile y aquel canto.

Con el transcurso de los años la zamacueca se ha transformado como todo, y ya no tiene el sabor criollo de antaño. En otras repúblicas de América se le llama: *¡Alza, que te han visto! Ecuador*, *Zanguaraña*, *Maicite*, *Chilena*, *Fuga*, *Tondero*, *Pericón*, *Gato*, etc. Aquí se le ha bautizado con el nombre de marinera, sin duda por el movimiento á que se entregan los bailarines, que participa del voluptuoso contoneo de la danza habanera y de los saltos epilépticos de la tarantela napolitana.

Pero en Lima, *in illo tempore*, se le llamaba zamacueca, y zamacueca debes er llamado, siquiera en re-

cuerdo de las onzas de oro con que los entusiastas premiaban á los bailarines y cantores de la época que venimos recordando, con la tristeza del viajero que al comenzar á descender la cuesta de la vida, echa desde la cumbre una mirada al valle que acaba de recorrer, y donde quedan marchitas las flores todas de sus ilusiones juveniles, y de sus bellos recuerdos agostados por el soplo del huracán del desengaño.

Aquella romería era única, especial.

Por mucho cariño que los mozos de este tiempo tengan á sus cosas y costumbres, indudablemente más refinadas, no podrán negarnos que el paseo á Amancáes ha decaído por completo y no tiene ya ni la poesía ni el interés, ni el sabor criollo que antes le distinguían.

Nosotros recordamos el regreso en la tarde, con aquella satisfacción que se siente por los goces que se han saboreado. Coches, caballos, carros y peatones, desembocaban y se derramaban en confusión por las anchas avenidas de la Alameda de los Descalzos, donde en larga hilera de carruajes elegantísimos ó en arrogantes corceles, esperaban aquel momento bellas damas y apuestos caballeros de la mejor sociedad de Lima, que luego se unían al torrente humano é invadían las calles de la ciudad, alumbradas ya por los mecheros del gas.

En Amancáes se contraían compromisos matrimoniales, se arreglaban cuentas, se iniciaban galanteos, se divorciaban voluntades, se oían epigramas que ningún poeta cómico ha escrito jamás, volaban por los aires desde el beso robado á la doncella pudorosa, ave asustada que iba de un nido á otro ocultándose

á las miradas indiscretas, hasta la interjección canallesca y el insulto procaz ó la frase nauseabunda. La abigarrada multitud se revolvía, se agitaba como las olas de un mar tempestuoso, ó, más bien, como las nubes multicolores de una puesta del sol, en medio del tintineo de las copas, del estallido de los tapones al saltar de las botellas y del polvo sutil y medio húmedo que levantaban tantos seres humanos.

Robustas maritornes, parecidas á la de la venta del *Ingenioso Hidalgo*, donde presenció Don Quijote el manteamiento de Sancho, sin poder socorrerlo, se codeaban con pretenciosas mulatillas, vestidas de seda como damas principales, y con militares y paisanos, que recorrían la pampa en busca de Amancáes, ó entonando, en artísticos grupos, canciones picarescas.

La morisca guitarra era pulsada por hembras y varones dentro de las carpas y al aire libre; los primeros pianitos ambulantes que llegaron á Lima desgarraban los oídos; los turroneros, bizcocheros, fruteros y vendedores de aguardiente, se cruzaban en todas direcciones, ofreciendo sus mercancías. Algunas negritas muy aseadas, vestidas de percal, vendían aromas y jazmines en canastillos de filigrana, adornados con cintas blancas y rojas. En la mañana se decían misas en la capillita de la pampa, seguro centro de alguna población del porvenir, misas que eran oídas devotamente por los primeros que llegaban. Los clérigos que se dedicaban á este oficio recibían espléndidas limosnas de los concurrentes. Las pobres mujeres, cuya condición les impedía ir acompañadas, eran las más generosas con los sacerdotes. Nosotros presenciamos, en 1877, el hecho de que una horizontal francesa, lla-

mada Julia, obsequiara sus pendientes de brillantes á un clérigo. Y luego comenzaban á arrancar todas las doradas flores y á adornar con ellas los sombreros, las cinturas, el pecho y las cabezas, los arneses y hasta las ancas de los caballos, los vidrios y faroles de los carruajes, las largas orejas de los jumentos, las despintadas varas de las carretas y las patas de los animales. El lujo consistía en llevar á Lima muchas flores que, al llegar á las casas, adornaban durante algunos días consolas, mesas, aparadores y cocinas.

¡Quantum mutatur ab illo!

Hoy sólo van á Amancáes á celebrar parciales *pachamancas* (1) individuos del pueblo, señoritas alegres y mozos más amigos de la equitación que del jolgorio.

La extensa pampa sirve también de campo de Marte, para ejercicios militares, y en más de una ocasión ha sido teatro de desafíos... sin consecuencias fatales.

Allí, en Amancáes, existe enterrado el buen humor del viejo Perú, destruído por la miseria, el luto y el dolor después de la guerra con Chile. En su solitaria é irregular inmensidad se alza alguna que otra cabaña, acompañando á la blanca y pequeña capillita, que parece dominar desde el fondo sobre el paisaje triste, desolado, casi sombrío. El cerro, como muralla gigantesca se levanta á la derecha y á la izquierda corre, entre raquíticos sauces, un arroyuelo pedregoso, que va formando zig-zags hasta perderse entre la pampa lejana, detrás de algunos paredones de grises adobes.

(2) Paseos campestres.

Teatro de escenas inolvidables, cuando visitamos hoy aquel melancólico lugar, nos parece llegar á un cementerio, en el que descansan seres queridos muertos hace ya muchísimo tiempo, en cuyas tumbas gime el viento como un ¡ay! de la Naturaleza huérfana del amor y la alegría!...

***

Esta digresión era necesaria, para que el lector se forme una idea de la escena que vamos á describir.

Era el 24 de Junio de 1867.

Seguramente quienes recorren estas páginas no habrán olvidado á los pollos que les presentamos en el baile de Hernández, la noche del matrimonio de Adda, y á quienes volvieron á encontrar en la jarana de Sofía. Eran esos amables calaveras Gonzaga, Rebolledo, Fernandini y Guerra.

El día del histórico paseo á Amancáes arreglaron las cosas de manera que Clara, María Rosa, Mercedes y Angélica fueran á esperarlos en una de las carpas. Ellos montaron á caballo y se fueron á la pampa á la una de la tarde. Allí estaban ya las mujeres acompañadas por los criados de los jóvenes y por el cochero que las había llevado, un zambo llamado José María, que se las pintaba solo para todas esas diversiones. Los mozos habían hecho las cosas en regla, mandando fuentes de *causa*, camarones, seviche, papas con ají, preparadas por la famosa zamba Vicenta, conservas de todas clases, amén de una respetable batería de botellas de *locumba*, cognac y champagne. La chicha de jora fermentaba en damajuanas, tapadas con trozos de coronta de choclo.

Cuando Gonzaga, Rebolledo, Fernandini y Guerra desmontaron, fueron recibidos con un ¡hurra! formidable y con una copa de aguardiente. Después cada uno de ellos abrazó por la cintura á una de las mujeres y todos entraron en la carpa, que era espaciosa, en la cual los aguardaban dos negros mal olientes, un cholito que punteaba la guitarra para templarla y un ciego, que abrazaba su arpa lo mismo que los dueños de la fiesta á las cortesanas. Delante de cada uno de los negros había un cajón vacío para que llevaran el compás cuando empezara el baile.

Alrededor había bancos como los de los colegios y en el fondo una mesa llena con las fuentes y las botellas. El colmo del lujo consistía en una alfombra de medio uso, que los criados se habían encargado de tender sobre el suelo desigual y un tanto inclinado.

—¡Viva la alegría!—gritó Rebolledo moviendo la pata coja y atrayendo á Angélica, de sobrenombre la *Literata*, que como sabemos era su *camote*, como dicen esas pobres mujeres en su especial vocabulario, para designar al hombre á quien prefieren, siendo á su vez llamadas por ellos de igual manera.

—¿A que no saben ustedes quién me hace falta?—preguntó Fernandini.

—La vieja Sofía. Es una buena y alegre compañera de juerga.

—Cállate, tonto—replicó Clara—; esa es una señora de respeto. El mejor día la invitan á bailar en el Club.

—Basta de murmuración—dijo Gonzaga—. Dejen ustedes á Sofía donde está y no hablen más de ella.

María Rosa estaba callada y seria.

—¿Qué tienes, paloma?—le preguntó Gastón.

—¿Qué he de tener, sino que ese sinvergüenza de Luis Angulo, el sobrino de Sofía, está parado afuera desde que llegaron ustedes y no le veo buenas intenciones. Ya sabes que ese mozo tiene mala bomba.

—Tranquilízate—contestó Rebolledo con calma, destrozando entre el pulgar y el índice la gorda mano de un camarón, más rojo que la punta de su nariz—; ya me conoce él y sabe que donde pongo la mano dejo la señal.

—¡Nada de escándalo!—ordenó Gastón, que era el jefe de la partida.

—Claro— agregó Guerra—. Nada de escándalo provocado por nosotros. ¿Pero supongo que no querrás que nos dejemos insultar por ese mequetrefe?

El llamado Luis Angulo se presentó en aquel momento en la abertura de la carpa. Era un muchacho flaco y rubio, muy blanco, mal vestido, y que llevaba en la mano un grueso garrote. Estaba completamente borracho.

Rebolledo se levantó en ademán hostil; pero Gastón lo contuvo y salió á recibir al intruso.

—Se ha equivocado usted de casa, amigo—le dijo.

—No me he equivocado. ¿No está ahí María Rosa? Pues quiero tomar una copa con ella. Es mi amiga y amiga de mi tía.

—María Rosa—dijo Gastón con calma—ven acá.

—¿Qué quieres?

—Que vengas, te digo. Anda, toma una copa con este señor, que se titula tu amigo.

La joven avanzó de malísima gana. El sobrino de Sofía hizo un movimiento para entrar.

—No, eso no—dijo Gastón—. Usted tomará allí su copa con *su amiga;* pero como no es usted amigo nuestro, no entrará aquí, porque esta casa es mía y de estos señores.

—¡Hola! ¿Con que no me dejan ustedes entrar? Pues yo soy tan decente como cualquiera de ustedes y tengo plata, mucha plata.

—Usted puede ser un Zaracondegui por el dinero y un Torre-Tagle por la sangre—replicó Gonzaga—; pero no le han dado á usted muy buena educación...

—¡Vaya usted al infierno!—gritó Angulo—. Anda, María Rosa, vente conmigo. Mi tía y una prima muy hermosa que me ha salido no sé de dónde, me dieron ayer trescientos soles. ¡Tengo un coche para ti, anda!

—Anda si quieres—dijo Gastón á la pecadora.

—¡Guá! ¿Por qué voy á ir? ¡Lo mejor que puede hacer es largarse de aquí!

—Ya lo oye usted, caballero, noble y rico—dijo con suma urbanidad, pero con profunda ironía Gastón—; esta señorita protesta de su amable compañía. Conque ya va usted tomando soleta, agregó con los dientes apretados por la cólera, si no quiere usted que yo lo arroje á puntapiés y le enseñe á tratar con gente decente.

Por única respuesta el intruso levantó el palo y dió tan fuerte garrotazo á Gastón, que si éste no da un salto á tiempo, lo deja en el sitio. La punta del bastón alcanzó en el hombro al cojo Rebolledo, el cual, antes de que nadie pudiera impedirlo, se arrojó sobre Angulo, le arrancó la terrible arma de las manos y poniéndose en guardia, como un eximio boxeador inglés ó americano, le asestó dos puñetazos en la cara, uno

de los cuales le tapó un ojo y otro le sacó sangre de la nariz.

—¡Bravo, cojo!—gritó Guerra.

Angulo, que no era manco sin duda, devolvió los golpes á su adversario, y en un momento se formó un inmenso corro que dejó á los dos luchadores en medio. De todos los puntos de la pampa acudía la gente á la carrera á engrosar el grupo.

Rebolledo, excitado por la cólera, daba saltos formidables y cada vez que alcanzaba á su enemigo, su puño quedaba marcado en su rostro. El otro, á su vez, había logrado dar un puñetazo en el carrillo izquierdo á su elegante enemigo y otro en el pecho, que le hizo tambalear por breves segundos.

En la carpa el desorden era indescriptible. Gastón, Fernandini y Guerra luchaban con las mujeres por salir á tomar parte en la reyerta. Estas gritaban, y hablaban todas á un mismo tiempo abrazadas de los jóvenes, y los sirvientes se reían socarronamente aparte, cuchicheando en voz baja.

Un hombre pequeño, de levita abrochada, sombrero de copa y guantes amarillos, que no se sabe por dónde se había introducido en la carpa, comía camarones tranquilamente y se servía grandes copas de cognac, aprovechándose de la confusión. El ciego, abrazado á su arpa, pedía que lo sacaran de allí.

Por fin, al grito de ¡la policía!, repetido por cien voces, el grupo se disolvió como por encanto. Rebolledo entró precipitadamente en la carpa, mientras dos mozos de no mejor pelaje que Angulo se llevaban á éste cogido de los brazos, después de enterrarle el sombrero hasta los ojos.

El hombre de la levita y el sombrero de copa pasó por en medio de todos y se marchó sin que nadie fijara su atención en él. Es probable que más adelante volvamos á encontrarle y sepamos quién es.

Cuando los dos guardianes del orden llegaron á rienda suelta al lugar de la lucha, sólo encontraron á unos cuantos granujas y á algunos curiosos rezagados, de los que nada lograron sacar en limpio. El hombre de los guantes amarillos se dirigió á ellos y les dijo gravemente:

—El causante del desorden ha huído. Dentro de ese templo del amor sólo quedan personas muy decentes é inofensivas.

Miráronle con la boca abierta los de la policía, en tanto que dentro de la carpa se oían las guturales voces de los negros que entonaban una marinera, acompañando al arpa y la guitarra, al mismo tiempo que golpeaban febrilmente en los cajones.

En la pampa continuaba el ruido; los coches se cruzaban en todas direcciones, llamando entre otros la atención general un faetón manejado por un hombre grueso, de bigote y perilla negros, traje claro, guantes rojos y sombrero de copa blanco, que creía admirar á todo el mundo, cuando sólo era causa de burlas sangrientas. ¿Quién no le conoció en Lima? Era según decía, descendiente de un virrey, hablaba como los niños mal criados, y, según se aseguraba, sus costumbres eran poco edificantes, pues de vivir en Sodoma cuando Dios castigó con el fuego á esa ciudad, habría perecido consumido por las llamas. Arruinado por la guerra, todavía en nuestros tiempos existía ese individuo dedicado á buscar sirvientes para quien le pa-

gaba una modesta comisión. Pero su triste fama le acompañó hasta el día de su muerte. No figura en esta obra; mas como su extraña personalidad era en la época de que tratamos una de las más conocidas en Lima, no hemos vacilado en hacerle pasar ante el lector, en aquel paseo tan frecuentado entonces por todos los tipos verdaderamente criollos.

Dos mujeres vestidas de amazonas y montadas en briosos caballos, llamadas Rosaura y Virginia, dos desgraciadas de las del gremio de las que acompañaban á nuestros calaveras, galopaban al lado del faetón del descendiente del virrey, burlándose despiadadamente de él.

Y el ruido era terrible, ensordecedor, continuo... Y la tarde llegaba y las primeras sombras invadían la pampa.



CAPÍTULO VII

Apuros de un asistente.

Desde el día en que el general Miranda se vió obligado á salir de su tranquila vida de hombre respetable, para correr en coche tras de Sofía Angulo, su carácter se había agriado al extremo de llamar la atención de su esposa y hacer temblar á su viejo asistente, cuando por razones de su cargo de criado de confianza tenía que presentarse ante su amo.

El general había sabido como todo el mundo la partida de Peralta y el cambio de vida de Adda y de Sofía, quienes no salían á ninguna parte ni recibían á nadie. La madre de Enrique había averiguado, debido á una indiscreción de Ortúzar, la manera cómo Miranda intervino en el acercamiento de la madre y de la hija; y no se ocultaba para expresarse en los términos más duros cuando hablaba del viejo veterano.

El banquero no quiso creer al principio lo que todo el mundo aseguraba; pero Adda fué á verle, se encerró con él durante más de una hora, y cuando su ihja

salió de la casa, le oyeron murmurar sus dependientes y servidores palabras sin sentido, pero que demostraban la cólera que le poseía. Adda salió llorando del gabinete de su padre y bajó cabizbaja las marmóreas escaleras de la casa en que había reinado feliz y adorada durante tantos años.

Doña Catalina estaba indignadísima con lo que ocurría, y como las dos sirvientas de Adda le pertenecían en cuerpo y alma, supo muy pronto que sólo habían visitado la casa de su nuera en el lapso de un mes desde la partida de su hijo, el general Miranda una vez y ocho ó diez veces un individuo joven aún, de canallescos modales y lenguaje vulgar, el cual era recibido á solas por Addá y por Sofía. Excusado nos parece decir que inmediatamente telegrafió todo lo que había averiguado al viajero querido.

Un día lluvioso de fines de Julio hallábase Miranda en su gabinete de trabajo viendo pasar ó más bien sintiendo los pasos de las sombras de los transeuntes á través de los vidrios empañados de su ventana, cuando se le presentó su criado Remigio con una carta. Tiempo hacía que el general, á consecuencia de la debilidad de su vista, se hacía leer su correspondencia por su hija mayor, la preciosa Pepa Mirnnda, orgullo de su padre, amor inmenso de su madre y bendición de todos los pobres de la capital, á quienes socorría con mano pródiga; pero desde que andaba metido en el lío de Adda y su madre, leía él mismo, haciendo un esfuerzo, las cartas que recibía, por temor de que su mujer y sus dos hijas, Pepita y Paula, se enteraran de lo que debían ignorar, en guarda de su dignidad.

Buscó, pues, aquel día el viejo general un poderoso lente de aumento, que para tales casos le servía, y leyó lo siguiente, aunque con algún trabajo:

Lima, 24 de Julio de 1867.

Sr. general D. Luis Miranda.

Su casa.

Como usted tomó parte principalísima en la unión de mi nuera (por desgracia) y su digna madre, á usted le toca averiguar, en guarda de su buen nombre, quién es el individuo que con escándalo de todo el Barranco la visita continuamente.
Servidora de usted,

CATALINA PÁEZ, *viuda de Peralta.*

—¡Voto al infierno chino!—murmuró el general furioso;— esta vieja beata no me perdona el que haya yo tomado parte en el plan de la linda Adda! ¿Pero de que hombre habla? ¿Se atreverá á acusar á su nuera? De fijo que és algún vendedor ambulante, Manongo Moñón, quizá, ó el cura del Barranco, el único que entra allí... Es preciso prevenir á esa niña... ¿Iré? ¡No! ¡No! ¡No voy más á esa casa! ¡Basta de líos!... ¡Allá se las compongan como puedan! Pero... ¿y si doña Catalina para vengarse de lo que llamará mi indiferencia habla á mi mujer de mi intervención en estos asuntos que, la verdad, no veo muy claros?... ¡Nada! ¡Es preciso que yo sepa quién es ese hombre! ¡Y ha de ser hoy mismo. ¡Remigio!... ¡Remigio! ¡Remigiooo!

—Mandaba usted, señor—dijo el viejo ex soldado presentándose en el acto, como si hubiera estado detrás de la puerta y llevándose por costumbre el índice y el mayor de la mano derecha á la frente.

—¡Acércate! ¡Más!...

El asistente se hallaba á un paso de distancia del general.

—¡No tanto, hombre; no tanto!... ¡Nunca has de comprender lo que te digo!... ¡Anda! ¡Ahora te retiras una legua!... Allí... ¿No comprendes que necesito hablarte á solas, sin que nos oiga nadie absolutamente?

—Pues entonces, déjeme usted cerrar las puertas.

—Y uniendo la acción á la palabra, Remigio cerró las dos mamparas que daban acceso á la estancia. Pero aun entonces el general, bajando la voz cuanto le fué posible, dijo:

—¿Sigues tan imbécil como antes?

—Lo mismo, mi general.

—¿De manera que no se te puede confiar una comisión seria, muy seria?

—Haga V. S. la prueba, mi general. Si salgo bien, no se habrá perdido el tiempo; si salgo mal, el remedio lo tiene V. S. en su bastón.

A pesar de que la tempestad rugía en el corazón de Miranda, algo como una sonrisa desfloró sus labios y erizó sus bigotes.

—Bien—dijo—. ¿Te acuerdas de Sofía Angulo?

—Sí, mi general; todavía tengo resentido este hombro del palo que me dió V. S. el mes pasado al volver de su casa.

—¡Cómo de su casa!...

—Es decir... de... Yo creía...

—¡Has creído muy mal!... ¡Cuidado con las equivocaciones!...

—¡Bueno, mi general!

—Esa vieja me tiene muy fastidiado.

—Y á mí también, mi general.

—¿A ti?... ¿Por qué?...

—Porque á causa de ella está V. S. con un humor de todos los demonios.

Nueva sonrisa de Miranda.

—Ya sabes que se ha ido á vivir al Barranco, á casa de su hija la señora de Peralta.

—Así he oído decir.

—¿Y á quién se lo has oído?

—A la señora Panchita y á las niñas.

—¿A mi mujer y á mis hijas?

—Sí, mi general; y agregaban...

—¿Qué agregaban?... ¡Habla pronto!

—Que V. S....

—¿Acabarás?

—Que V. S. había intervenido...

—¿Eso agregaban?—rugió el general echando mano al bastón y avanzando hacia Remigio.

—¡Yo no tengo la culpa!—murmuró éste retrocediendo más que de prisa.

—¿Y quién te la echa, cernícalo? ¡Acaba! ¿Qué más ha dicho Panchita?...

—La señora, no una, sino varias veces, me ha preguntado si era verdad que V. S. había ido á casa de Sofía.

—¿Y que le has contestado tú?

—Que yo soy sordo, ciego y mudo en todo lo que se relaciona con el servicio de mi amo.

—¡Animal!...

—Eso mismo me contestó la señora Panchita.

—¡Voto á diez mil bombas! Oyeme bien... Necesito saber quién es un hombre que visita á Sofía y á su hija casi diariamente. Aquí tienes veinte soles—añadió presentándole dos billetes.—Antes de tres días me has de traer la respuesta.

Remigio recibió el dinero y se puso á darle vueltas entre las manos.

—Vete ya—dijo el general—, y cuidado con que nadie sepa que estás encargado de esta comisión.

—Descuide V. S., mi general.

Iba á retirarse cuando el general le llamó de nuevo.

—Si procedes con inteligencia—le dijo—, te daré cincuenta soles; si por tu causa se malogra mi intento, recibirás cincuenta bastonazos.

Remigio salió de la habitación dándose á todos los diablos. ¿De dónde salía ahora el viejo con tantos misterios? Después de veinte años de vida tranquila, tan distinta de la tempestuosa existencia de la juventud, ¿era cosa de volver á empezar? Esa Sofía era su condenación y su desgracia. Verse obligado á correr en pos de nuevas aventuras á los setenta años, haciendo el Ciutti de un Tenorio de sesenta y ocho, era para renegar de todas las mujeres habidas y por haber.



Tomó el tren en el acto y se trasladó al Barranco. Una vez allí fué á meterse en una *chingana*, que quedaba situada frente al rancho de Adda. Pertenecía la tienda á un italiano viejo que residía hacía cuarenta

años en el Perú sin haber logrado aprender el castellano. Todas las maritornes y mataperros (1) del balneario conocían á don Bartolo. Don Bartolo los tuteaba á todos, á todos les daba al fiado lo que le pedían, sin perjuicio de insultarlos cuando no le pagaban.

Sin embargo, no había hombre más servicial que don Bartolo. Tenía recetas para todo, y lo mismo vendía cardo santo que mostaza, pisco que jarabe de goma, platos de loza floreados que ollas de barro y jarros de lata. Su tienda era un bazar. En los altos anaqueles lucían sus vivos colores las percalas de á quince centavos el metro y dormían en largas cajas verdes las medias de mujer, los calcetines, las camisetas y los calzoncillos para hombres. Tenía camisas de señora á quince soles la media docena, on tira bordada en el cuello; lámparas de kerossenne, fuentes, juguetes, botones, tirabuzones, tinteros, papel florete, lacre, plumas, lápices.

Más abajo había sacos de arroz, de azúcar y de fréjoles, quesos mantecosos, mantequillas, aceite, garbanzos. Pendían del techo lleno de telarañas sartas de chorizos corroídos y manchados por la humedad, sombrillas de tafetán, ligas de señora, enfundados jamones y racimos de plátano. Si se buscaban nueces, coquitos de Chile, avellanas, ciruelas, deshuesados, allí se encontraban. Ni faltaban nunca el pan, el carbón, las mamaderas de vidrio para niños de pecho, las cañas huecas para las lavanderas, las planchas, las *zacuaras* (2) para cometas y cometas hechas, que eran

(1) Granujas.
(2) Especie de bambú.

admiración y envidia de la granujería zarrapastrosa. Don Bartolo era el consultor y cajero de todas las cocineras de los contornos.

Remigio entró, como hemos dicho; eligió una mesa desde la que podía observar quiénes entraban y salían de la casa que tenía orden de vigilar, y pidió una botella de soda.

El *rancho*, por lo silencioso, parecía que no encerraba alma viviente detrás de su dorada reja y de su patio de losas de mármol y adornado con macetas que ostentaban plantas raras y con estatuas de diosas y dioses de la mitología.

Media hora haría que se encontraba allí. Ya había consumido tres botellas del gaseoso líquido, cuando vió abrirse la mampara de la sala y vió salir á un hombre, que sacó una llave del bolsillo, abrió la reja principal y lanzándose á la calle volvió á cerrar y se dirigió en derechura á la *chingana*. Era joven y no mal parecido, pero su expresión sombría no tenía nada de tranquilizadora.

—Este debe ser mi individuo—pensó Remigio.

El hombre entró en la tienda, se sentó en una mesa paralela á aquella en que se hallaba el viejo soldado y pidió con voz ronca media botella de pisco, que el italiano se apresuró á servirle, poniendo al lado de la botella una copa de dudosa blancura, copa que el recién llegado llenó en el acto con cierta impaciencia hasta los bordes y apuró de un solo trago.

Remigio no sabía cómo entablar conversación con el bebedor. Este, que apenas contaría veinticuatro años, representaba treinta y cinco, debido á los excesos de la vida á que se entregaba. Blanco, rubio, de

ojos azules, enrojecidos por el abuso del alcohol, bigotillo naciente, manos temblorosas y voz ronca. Iba vestido con unos zapatos de color habano muy gastados, pantalón azul marino zurcido en varias partes y saco plomo lleno de manchas de grasa. El sombrero de paja de Italia estaba casi negro á fuerza de uso.

—¡Maldito *bachiche*!—gritó de pronto—. ¿Qué demonios de ron infernal me has servido?

—Ma questo é pisco puro—contestó melosamente el genovés—. Io lo compro da Ramire, cabagliero, da Ramire, en la heladería del palacio de governo in Lima.

—¿Pisco, eh?—replicó el mozalbete.

Y volviéndose á Remigio:

—Pruebe usted esto—dijo—, pruébelo y dígame si es pisco ó ron.

El soldado, encantado de haber podido entrar en relaciones con *su hombre*, sin buscarlo, se levantó en el acto y se echó un trago, que le abrasó la garganta, pues hacía mucho tiempo que no bebía sino agua en casa del general, donde doña Francisca tenía proscrito el aguardiente.

—¡Push!—dijo arrojando el líquido—, tiene razón el señor. ¡Esto es fuego puro!...

—Ma... me habré equivocato—dijo el pulpero—. Habete razone, cabagliero. Questa e la boteglia di pisco. Io li demando perdone.

Y cambió la copa, que el mozo se bebió sin pestañear.

—¡Sirve otra media!—gritó—. ¿No ves que el señor no ha tomado?

Haciendo de tripas corazón, Remigio se echó al co-

leto una buchada y se sentó en la misma mesa de su galante invitador.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?—dijo.

—Con Luis Angulo—contestó él bebiéndose el resto de la botella,— y golpeando con la copa en el tablero inmundo de la mesa, á fin de que le sirvieran otra.

—¿Pariente sin duda de la señora que vive en el rancho del frente?—se atrevió á preguntar el soldado.

—Su sobrino, según dice la vieja... ¡Sobrino!... ¡Esas son *cábulas!...* (1) Yo creo que soy su hijo... Porque á un sobrino no se le dan billetes de á veinte soles... Y eso que anteayer me gasté 300 en Amancáes.

Y sacó tres de esos billetes del bolsillo del chaleco y los arrojó sobre la mesa.

—¡Cóbrate lo que te debo, bachiche!—exclamó—. Creo que son cuatro soles atrasados y las copas de hoy...

—Sono cuatro ochenta, e dos é medio de hoy, Luigi—dijo el italiano.

—Bueno... Cóbrate y sirve otra media. El señor casi no ha tomado.

Remigio quiso protestar; pero el recuerdo de su comisión le contuvo. Probó, pues, el aguardiente y dejó la nueva copa casi llena sobre la mesa.

—¡Qué! ¿No toma usted?—dijo Angulo.

—¡Gracias! No deseo más...

—¡No! A mí no me desaira nadie, ¿entiende usted?—replicó el borracho—. Ahora se bebe usted toda la copa! Sirve para mí, Bartolo, que ésta es del señor.

---

(1) Modismo peruano. No nos detendremos á explicar los muchos que nos veremos obligados á emplear en esta obra. *Cábula* significa *invención*, según *Juan de Arona* en su *Diccionario de Peruanismos*.

—No es desaire, caballero—balbuceó Remigio—; es que no estoy acostumbrado...

—¡Ah! ¿Me viene usted con hipocresías? ¡Sin duda será por llamarme borracho! ¡Más borracho será usted y la gran perra que lo *jaló* de las patas!

—Oiga usted, joven—dijo Remigio amostazado—, no tiene usted razón para insultarme.

—¿No tengo razón?... ¿No tengo razón?... ¿Y por qué no bebe usted?

—¡Hombre por... porque estoy enfermo!...

—El pisco lo cura todo. ¡Tome usted esta copa!

Y le metió el líquido casi á la fuerza en la boca. El soldado, ciego de ira, rechazó violentamente al mozo y levantó el palo. Pero aquél, ágil y fuerte, saltó por encima de la mesa, arrancó el bastón de manos del anciano y le dió con él tan tremendo garrotazo en la cabeza, que la sangre brotó como el agua de la roca herida por la vara de Moisés, y el pobre Remigio cayó al suelo como un buey herido.

Bartolo salió á la calle dando gritos. Angulo, al ver la sangre se asustó, y pasando por sobre Remigio, apretó á correr hacia la estación, y se metió en el tren que partía en aquel instante y que se hallaba ya en movimiento.

Diez minutos después llegó la policía al lugar de la reyerta, y sin andarse en muchas averiguaciones condujo á la comisaría al pulpero y al herido.



CAPÍTULO

El crimen.

Sofía Angulo había aceptado de mala gana su cambio de vida. No se pasan veinte años en una libertad salvaje por absoluta, para encerrarse al cabo de ellos en la honestidad y en la paz de un hogar noble y digno. Adda, con paciencia inmensa, con ternura infinita, trataba de rodearla de cuidados, de atenciones, de mimos; pero á lo mejor salía ella pidiendo un cigarro ó una copa de pisco, diciendo que la hacían carecer de todo y echándose á llorar ó encerrándose en la habitación que la joven le había hecho arreglar junto á la suya. Entonces la hija la llamaba dulcemente, prodigándole los nombres más santos y más tiernos, y concluía por comprarle el aguardiente y los cigarrillos que deseaba.

Entonces reaparecía risueña la vieja pecadora, y se mostraba amable y locuaz. Pero aseguraba que no podía con una existencia tan monótona y decía que le faltaba algo. Y al decirlo suspiraba. Adda le obsequiaba joyas, trajes, ropa en abundancia, dinero á

manos llenas. Todo lo recibía ella suspirando nuevamente. Todo le sobraba, y solía expresar que ella era gallina en corral ajeno. Si al menos, dijo un día, estuviera allí Luis ó pudiera visitarla. No, no tenía Adda por qué ruborizarse; no se trataba de un amante, sino de... no se atrevía á decirlo. Pero al fin se atrevió y confesó á la joven que tenía un hijo, á quien hacía pasar por su sobrino, diciendo que era hijo natural de su hermano, el hacendado de Huacho. ¡Pobre muchacho! ¡Ella era su sostén! ¿Qué culpa tenía él de haber nacido? Si Adda quisiera, todo podía arreglarse. El joven iría á verla, y ella lo protegería con el dinero que recibía de su hija. ¿Pues para qué quería ella ese dinero si tenía hasta lo superfluo en casa de su Adda? ¿Qué si lo había educado? Ella había pagado veinte soles mensuales donde Garnier, durante ocho años, y el chico había aprendido francés, piano, dibujo con Garay y florete con Courtheaux. Pero no aprovechó en los estudios porque se hacía *la vaca* con frecuencia (1). ¡Tenía tanta sangre! ¡Era tan vivo! En medias palabras, ocultando la verdad cuidadosamente, contó luego que cuando el muchacho fué hombre había preferido divertirse á seguir una carrera. Y como ella era una mujer débil, ¿qué quería Adda que hiciera? Dejarlo, que la juventud era para eso, para gozar. ¿Que quién era su padre?... ¡Ah, su padre! ¡Un señorón! Lo sabía únicamente la negra Gumersinda, que salió con ella de casa de su marido. Ella no tenía seguridad de que tal cosa fuera cierta, lo decía francamente; pero

(1) Hacerse la vaca es lo mismo que hacer novillos, que dicen en España.

Gumersinda lo juraba y le había dicho cien veces:
—¡Ay niña Sofía! ¡Si usted quisiera, su hijo tendría una brillante posición!

Adda no sacó en limpio de todo aquello, sino que su madre tenía un hijo, que no sabía con certeza quién era su padre, que el muchacho debía ser una bala perdida, y que, como su madre lo adoraba, se moría por verlo. Y facultó á Sofía para que dijera á ese hermano á quien no conocía que podía ir á visitarla. ¿Y Gumersinda? Pues bien, que fuera á servirla. Sofía aseguraba que no podía acostumbrarse con nadie sino con ella. ¡La acompañaba hacía tantos años!

La negra llegó y se instaló en la casa, algo cohibida al principio por los aires desdeñosos de Ernestina y de los demás sirvientes. Luis Angulo se presentó una tarde en el rancho. No había bebido, y la mujer con quien vivía, una pobre mártir de callejón, había hecho prodigios para que se pusiera camisa limpia y un saco y un pantalón comprados en una casa de préstamos. Adda lo recibió afablemente, y aún estuvo comunicativa con él. Como su madre no quería que supiera la verdad, lo llamó primo y lo despidió dándole un billete de á cien soles. Sofía estuvo aquél día radiante y abrazó y besó á su hija con efusión. Esta le ocultó que el mozo le había sido soberanamente antipático. A partir de ese día el sobrino supuesto de la cortesana se presentaba diariamente en la casa. Desde la segunda visita fué borracho. Adda le reconvino con alguna viveza, y él le contestó brutalmente que cada uno era dueño de sus acciones, y que él no iba allí sino á ver á su tía. Cuando se fué, la joven dijo á Sofía que era preciso buscar la manera de que ese muchacho se corri-

giera y pensara en trabajar. Ella le ayudaría. La vieja le replicó que estaba muy corregido, y que respecto á trabajar le parecía que el pobrecito no sabría entregarse á una faena de peón.

—Yo por eso no quería venir—agregó—, porque *con lo que yo ganaba* lo pasábamos muy bien, y hoy no tengo qué darle.

Mentía de un modo escandaloso, pues en las pocas veces que había ido el muchacho al rancho, había recibido más dinero que durante un año entero cuando Sofía *ganaba* la vida en su infame oficio.

Un día Luis pidió trescientos soles á su madre. Se acercaba San Juan y quería divertirse en Amancáes. La vieja no los tenía y se atrevió á hablar con Adda. Todos los jóvenes eran lo mismo; todos gastaban en un día como ese. Suponía que su hija no llevaría á mal que el muchacho quisiera echar una cana al aire. Adda le entregó en silencio tres billetes de á cien soles. Esto envalentonó al calavera, y otro día, precisamente el mismo en que el general había enviado á Remigio á espiarlo, pidió él mismo una cantidad igual *á su prima*. Pero ésta se la negó, diciéndole que si tenía necesidades podía contar con una mensualidad, mientras encontrara trabajo, y con su mesa en todo tiempo. Y si no le ofrezco á usted mi casa, agregó, es porque usted es un desconocido para mis parientes y no quiero dar motivo á la murmuración de quienes no sepan que es usted sobrino de mi madre. El miserable se exasperó con la negativa é injurió á la joven, llegando á amenazarla con decir que era hermano suyo. ¿Pues qué se habían figurado Sofía y ella? ¿Acaso él era un *candelejón* que se chupaba el dedo? Bien sabía que por

un sobrino y un primo no se hacían las cosas que las dos mujeres habían hecho por él.

Sofía lloró y tuvo palabras muy duras para la pobre niña. ¡Claro! ¡Como ella vivía allí de limosna, no podía disponer de nada! ¡Esa no era su casa! Adda se encerró en su cuarto sin contestar. Estaba exasperada. Entonces Sofía entregó tres billetes de á veinte soles á aquel perdido sin sentimientos, y le dijo:

—Esta noche á las doce te esperaré en la glorieta del jardín. Ven, que quizá me agradezcas el llamamiento.

—¿No puedes decirme ahora lo que quieres?

—Sería peligroso; hay muchos oídos abiertos.

Fuése Luis Angulo, y por su desgracia hirió á Remigio pocos momentos después, haciéndolo víctima de sus malos instintos y de su borrachera. Verdaderamente asustado huyó á Lima y se pasó el día derrochando el dinero y bebiendo en una casa de mala fama. A las once de la noche tomó el último tren y se dirigió al Barranco, recordando confusamente en su ebriedad su crimen y la cita que le había dado su madre. Tenía miedo de ser apresado, por lo cual no bajó en la estación principal, sino en el punto llamado el Paradero, lugar solitario, situado en medio del campo.

Sofía había estado muy amable con Adda, no sólo durante la comida, sino después en el salón. Tocó y cantó como en sus mejores tiempos y comentó el escándalo habido en la chingana del frente *entre dos borrachos*. Tal era la noticia que Ernestina les había dado, en el momento en que se llevaban preso á don Bartolo y conducían á Remigio en una camilla.

—Dios libre á Luis de una cosa semejante—dijo suspirando—. ¡Es tan violento!

Adda no le contestó, porque precisamente en aquel instante pensaba que su hermano iba por el mismo camino.

A las diez y media Sofía se levantó para preparar el te acostumbrado, y lo sirvió ella misma, como lo hacía cuando estaba de humor, á su hija y á los criados. Gumersinda había ido á Lima á ver á una hija que tenía enferma en el hospital. Ernestina, así que terminó de ayudar á acostarse á su señora, se retiró cayéndose de sueño.

La cortesana esperó aún media hora para bajar al jardín por una escalera interior.

La noche estaba obscura y lluviosa y reinaba un silencio absoluto en la pequeña ciudad. Llovía. A las doce en punto llegó Luis Angulo á la puerta del jardín, la empujó y aquélla giró sin ruido sobre sus goznes. Entró y volvió á cerrar, escudriñándolo todo en la obscuridad. Tan sólo se percibía el murmullo de las hojas y el cristalino gorgoriteo del agua, al caer en la taza de mármol de la fuente que adornaba aquel delicioso lugar.

Encaminóse á la glorieta haciendo zig-zags. Sofía, que le esperaba con ansiedad, le tomó de la mano y lo hizo entrar.

—¿No has sido tú? Fué lo primero que le preguntó al arrastrarlo al interior de la glorieta.

Comprendió él de lo que se trataba, y contestó con cinismo:

—¡Yo he sido! ¿Y qué hay con eso?

—¿Tú, has sido, tú? Pero desdichado, á estas horas te andarán buscando.

—Pero no me encontrarán, no tengas cuidado. Ese

viejo es un bruto. Quiso pegarme y me defendí; ¡eso es todo!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Si me has llamado para lamentarte, mejor no hubiera venido.

—Calla y escucha. Y en voz baja como un murmullo comenzó á hablar en aquel sitio solitario, con una locuacidad y una energía crecientes que admiraron á su hijo. Este al principio hizo un movimiento brusco y pareció negarse á lo que su madre le proponía; pero ella, sin hacer caso á sus débiles objeciones, continuó desarrollando el plan que había formado y que, según decía, había de tener completo éxito.

—¿Y las criadas?—preguntó Luis.

—¿Acaso soy yo tonta? Les he dado láudano en el te y dormirán diez horas seguidas sin que las despierte ni una descarga de artillería.

—¿Y el portero?

—¿El portero? Ese duerme en su cuarto en el patio de afuera. Los demás han tomado todos del mismo te.

—¿Y dices que tiene mucho dinero?

—Hoy le han traído veinte mil soles en billetes. Además tiene muchas alhajas.

—No pienses en eso. ¿Dónde las venderíamos? Una sortija ó un prendedor denuncian al que los ofrece en venta.

—Como quieras. Yo debo irme contigo.

—Tampoco...

—Pero...

—¡No seas animal! Tú te quedarás atada en tu cama por mí. Así nadie podrá creer que has tenido parte en el asalto. Además, como yo tengo que esconderme por

el asunto del viejo, le echarán la culpa á cualquiera menos á mí, lo que no sucedería si tú te fueras.

—¿Y en dónde vas á ocultarte?

—En casa de la Manuela. Esa zamba me adora: es capaz de dejarse matar por mí.

—¿Y Elvira, la madre de tu hijo, no vive en el mismo callejón?

—Bien sabrá Manuela hacerle perder la pista.

—Vamos, pues. Yo me adelanto, entro en mi cuarto y te dejo todas las puertas abiertas. El dinero está en el primer cajón de la cómoda del dormitorio de Adda.

Y ligera como una sombra desapareció en la obscuridad con dirección á la casa. Pocos segundos después Luis Angulo salió de la glorieta, atravesó rápidamente el espacio que lo apartaba del edificio y pareció hundirse en él como un fantasma. Seguía lloviendo, y las tinieblas eran más densas mientras más avanzaba la noche.

***

Adda leía á la luz de una lámpara con pantalla celeste, reclinada en los blandos almohadones de su elegante lecho de metal. Pero aunque quería concentrar toda su atención en el libro, su imaginación se rebelaba y la llevaba por otras regiones. Pensaba en Enrique, que tan mal la había comprendido; en Sofía, cuya salvación juzgaba á las veces imposible, y en aquel hermano, cuyas impertinencias hacía pocas horas se había visto obligada á soportar por amor á aquella mujer, que ni la comprendía ni apreciaba sus

sacrificios y su cariño. Poco á poco el libro se desprendió de sus manos, sus ojos se cerraron y comenzó á invadir su cerebro el adormecimiento producido por el narcótico.

Parecíale que las estatuas de bronce que adornaban los rincones de la estancia, Psiquis, y el Amor, Diógenes, Hebe y Orfeo, tomaban proporciones gigantescas; que los ángeles, los pájaros y las flores pintados en el techo bajaban á besar su seno desnudo de virgen, sus labios y sus ojos, y que las amplias cortinas de terciopelo granate se movían sacudidas por manos invisibles. Hubiera jurado que Enrique estaba allí, á su lado, que la miraba con sus grandes ojos apasionados, y extendía hacia ella los brazos. Detrás de la cabeza varonil y simpática del joven veía muchos rostros más; el de su madre, blanca como un cadáver bajo la capa de albayalde de la pintura; el de su padre, serio y pensativo; el de su hermano, colérico y arrugado; el de su suegra, acusador y ceñudo; el del general Miranda, asombrado y benévolo. Poco á poco todas esas cabezas de personas, pinturas y estatuas fueron confundiéndose en una sola, que tenía las facciones de Luis Angulo. Por un esfuerzo de la voluntad abrió los ojos y le pareció ver distintamente al lado de su lecho á su hermano mirándola con ojos extraviados. Quiso gritar y una mano ruda le tapó la boca; quiso levantarse y rechazar al agresor y vió con espanto que éste sacaba un afilado puñal del bolsillo del pecho y la amenazaba con él. A pesar de eso se incorporó en el lecho y trató de tirar del cordón de la campanilla; pero entonces aquel hombre ó fantasma levantó el brazo armado y lo dejó caer pesadamente

sobre su seno... Después no sintió más... Un gran frío se apoderó de ella y perdió por completo el conocimiento.

Luis, pues era él, consumado el horroroso crimen, permaneció un instante inmóvil viendo brotar la sangre de la herida como el agua de un caño. Las dos de la mañana que sonaron en el magnífico reloj de mármol y plata que estaba sobre la mesa, hicieron estremecer al asesino. Lanzó un gruñido ronco que nada tenía de humano, abrió con mano convulsa el cajón de la mesa de noche, se apoderó de las llaves y de un salto se precipitó sobre la cómoda. Registró el cajón, guardándose en todos los bolsillos fajos de billetes; y pálido, sudoroso, jadeante, buscó luego la salida y retrocedió espantado al ver su imagen retratada en uno de los espejos de Venecia del ropero. Rehízose al fin, dió con la puerta y escapó. Bajó de cuatro en cuatro las escaleras y se perdió en las sombras del jardín.

Seguía lloviendo y la noche se ponía cada vez más negra. El miserable salió á la calle y allí se detuvo para respirar con fuerza. Después desapareció corriendo como un loco en aquel inmenso campo lúgubre, sin que nadie notara su fuga, y perseguido como Caín únicamente por su conciencia.



CAPÍTULO IX

Al día siguiente.

Ernestina y Lucía, la otra criada, que dormían juntas en una habitación contigua á la alcoba de Adda, se levantaron cuando ya un sol amarillento de invierno atravesando por entre las cortinas, derramaba sus tristes rayos en la estancia. Ambas saltaron del lecho y se vistieron apresuradamente, oyendo la voz de Rafael, el cochero, que cantaba en el jardín, y el ir y venir de Pablo, el cocinero, que se extrañaba sin duda de no verlas ya entregadas á las faenas domésticas.

Salieron y quedaron confundidas al ver que el reloj del comedor marcaba las diez y media de la mañana y que Adda y Sofía permanecían aún en sus habitaciones. Nunca se levantaban después de las ocho. Respetaron, sin embargo, el silencio que reinaba en los dormitorios, durante media hora más; pero al fin se decidieron á entrar. La zambita Ernestina, que gozaba, como sabemos, de la confianza de Adda, llamó suavemente en la mampara, mientras que Lucía, la mestiza, un tanto pesada y regordeta, se dirigía al

cuarto de Sofía. Como Adda no contestara iba Ernestina á retirarse, cuando un grito penetrante de Lucía la hizo correr á la habitación de la vieja pecadora. Al entrar en ella, unió sus gritos á los de su compañera. Atada y enmordazada en su lecho yacía Sofía inmóvil y medio desnuda. Una silla estaba derribada en medio de la estancia y las frazadas caídas al pie de la cama.

A los gritos de las dos muchachas acudieron Fernández, el mayordomo, Rafael, el cochero, Pablo, el cocinero, y Antonio, el portero, quienes se apresuraron á desatar á Sofía. Esta parecía espantada y apenas podía dar cuenta de lo que había pasado. Decía que se había acostado á las once, y que á eso de la una se había despertado asustada, porque había creído sentir ruido en la habitación de su hija; que se preparaba á llamar cuando dos hombres enmascarados salieron del comedor y la ataron como la habían encontrado los sirvientes, amenazándola de muerte si gritaba... ¿Y Adda? ¿Habían entrado á su dormitorio? ¿No? Pues era preciso ir en el acto. Quizá se hallaba en el mismo estado que ella... ¡Pobre criatura! ¡Pronto! ¡Pronto!

Y uniendo la acción á la palabra se dirigió á la alcoba y abrió la mampara. Todo estaba obscuro en aquel cuarto elegante y ricamente alhajado, especie de santuario, al que nunca habían entrado ni Rafael ni Pablo.

Ernestina descorrió las cortinas de la ventana y la luz inundó la habitación. Sofía lanzó un grito de verdadero espanto, retrocedió como ante la vista de una fiera ó de un monstruo y fué á caer desmayada sobre un diván.

En la cama, nadando en un mar de sangre, el cuerpo blanco y escultural de la esposa de Peralta parecía una estatua yacente.

Todos la creyeron muerta.

Fernández, más dueño de sí que los demás, se lanzó fuera de la estancia, gritando que iba á buscar un médico, mientras Lucía socorría á Sofía; Rafael, abriendo el salón salía al patio, abría la reja y llamaba á gritos á la policía, y Ernestina lloraba desconsoladamente al pie del lecho.

Pablo y Antonio permanecían mudos y como atontados.

El médico y el comisario llegaron casi simultáneamente. El segundo ordenó que no se dejase salir á nadie de la casa. El primero examinó aquel cuerpo casi exangüe durante diez minutos, después de ordenar que la madre fuera sacada de allí y que se le diera un cordial que recetó y que un individuo de la policía fue á buscar á la botica.

No era el médico aquél uno de esos vulgares charlatanes que hacen de la ciencia una pantalla para ocultar su ignorancia. Joven, ambicioso, acababa de recibirse con magníficas notas y buscaba la ocasión de demostrar que había sabido aprovechar el tiempo.

Juan Torrente era huérfano de padre y madre. Su tutor y tío materno, D. Jorge Artidi, había subvenido á sus gastos y había logrado darle una carrera. Era D. Jorge un escribano muy conocido, que ganaba dinero á manos llenas, y que á pesar de que no podía dejar contentos á todos los litigantes del Palacio de Justicia, había logrado una gran reputación de probidad. Muerta su hermana Juana, recogió á su sobri-

no Juan, que tenía ya doce años, lo metió al seminario, pagando dos años adelantados de pensiones, y cuando pasado el tiempo el chico declaró que no quería ser clérigo sino médico, lo sacó de allí, lo encerró en el Colegio de Mayurí y no lo llevó á su casa sino cuando ya mozo dió los últimos exámenes previos á su ingreso á la Universidad. Tenía el escribano mujer é hija á quienes amaba sobre todas las cosas. La primera era una pobre enferma, condenada á morir de repente, víctima del corazón. La segunda, tres ó cuatro años menos que Juan, era una deliciosa muchacha, de carácter encantador y de nobilísimos sentimientos. Llamábase Angela y honraba su nombre.

El día en que el sobrino se recibió de médico, al cumplir los veintiséis años, el tío le llamó y le dijo:

—He conseguido para ti la plaza vacante de médico oficial del Barranco, con doscientos soles. Ejerce allí unos dos años tu profesión y según como te vaya veremos qué se puede hacer.

Y Juan obedeció como estaba acostumbrado á hacerlo, á aquel que le había servido de padre, á quien amaba y respetaba sinceramente.

Quince días hacía que se hallaba ejerciendo sus funciones en el balneario, cuando le llamaron para atender á Adda Hernández de Peralta, asesinada por una cuadrilla de ladrones, que la noche anterior había asaltado su rancho. Juan Torrente había oído como todo el mundo la historia de la hermosa dama, y no sabía de ella sino que era muy rica y que vivía sola con su madre en aquella casa, á pesar de ser invierno y de tener un palacio en Lima.

Examinó detenidamente á la joven, y después de

varias pruebas á que la sometió y de sondear la herida, en cuyos bordes se había coagulado la sangre, declaró que aún quedaba un resto de vida en aquel cuerpo del que parecía querer volar el alma que lo animaba todavía.

El comisario detuvo á todos los sirvientes y se encargó de avisar á Hernández y á doña Catalina lo sucedido. Interrogada por él Sofía, repitió lo que había dicho á los criados, sollozando amargamente y declarando que no se separaría de junto al lecho de su hija. Estaba verdaderamente anonadada, pues jamás creyó que Luis fuera capaz de cometer un crimen tan horrible. ¿Robar á Adda? Bueno; era riquísima y los veinte mil soles desaparecidos apenas representaban para ella la renta de un mes. ¡Pero matarla! Cierto que no quería á esa hija de aire señoril y de graves maneras, y que hubiera, en cambio, dado la vida por Luis; mas aquel asesinato venía á colocarla en una horrible situación. Una inquietud mortal la dominaba, á pesar de las seguridades que el criminal le diera de que no podría ser habido.

***

El crimen del Barranco tuvo inmensa resonancia en Lima. Dieron cuenta de él *El Comercio*, *El Nacional*, *La Sociedad*, cuantos eran los diarios que entonces se publicaban, pintando con vivos colores el asesinato de la joven dama, que tanto llamaba la atención por su belleza y que en los últimos meses había dado tanto que hablar por su resolución de recoger á su madre, separándose de su marido y de su padre y ce-

rrando su puerta á todas sus relaciones; pues la entrada y permanencia de Sofía en casa de Adda fué una revelación del drama íntimo que hicimos presenciar á nuestros lectores en los primeros capítulos de este libro.

El general Miranda no fué el menos asombrado de lo que pasaba, y su asombro se convirtió en inquietud y rabia cuando recibió una atenta esquela del intendente de policía, rogándole se dignara pasar á su oficina. Resolvió ir inmediatamente, para saber á qu atenerse, y mandó enganchar. Diez minutos más tar de entraba en el despacho de aquel funcionario.

A hombres como Miranda no se les condena á hacer antesala en ninguna parte. El intendente lo recibió en el acto. Era aquel magistrado uno de los muchos coroneles que han pasado por esa oficina durante la vida independiente del Perú. Ni inteligente, ni torpe, ni ilustrado, ni intonso, ni bien educado ni un cualquiera. Llamábase Pérez y desempeñaba el puesto á satisfacción del gobierno. Era terror de rateros, ladrones, rufianes, ebrios y mozas del partido, que entonces como hoy eran los únicos que caían en los calabozos de las comisarías. Cuando se encontraba ante un crimen como el del Barranco, raros, por dicha, en esa ciudad, no sabía que hacer.

Al anunciarle que Miranda estaba en la antesala, el portero agregó:

—El señor general pide á V. S. que lo reciba ahora mismo.

—Que pase, que pase á mi gabinete.

El general entró.

—¡Oh, mi general!—exclamó el intendente—. ¿Por

qué se ha apresurado usted tanto? Bien podía haber venido mañana. Pido á usted disculpas por haberle llamado. Yo no he ido á casa de usted porque se trata de un asunto del que las señoras no deben enterarse.

—Me tiene usted impaciente, coronel, por conocer ese asunto.

—Siéntese usted, siéntese usted—dijo el coronel ofreciéndole un sillón—, y escúcheme.

—Soy todo oídos.

—Usted tiene un criado llamado Remigio.

—Sí, señor; mi antiguo asistente.

—Eso es. ¿Y sabe usted dónde está en este momento?

—Debe estar en el Barranco, á donde lo mandé ayer á desempeñar una comisión.

—Pues no, señor. Está en el hospital militar.

El general pegó un salto y contestó:

—¿Qué demonios me cuenta usted?

—La verdad.

—¿Remigio en el hospital?

—Tiene una profunda herida en el parietal izquierdo, hecha con un instrumento contundente y de pronóstico reservado.

—¡Una herida!

—Tremenda, mi general. Parece que tuvo una riña con un individuo de pésimos antecedentes, á quien usted le había mandado vigilar. Al menos eso se desprende de las palabras incoherentes que pronuncia en su delirio y de la declaración de don Bartolo.

—¿Y quién es don Bartolo?

—El italiano en cuya pulpería ocurrió la riña...

—Pero si está delirando, ¿debe hallarse grave?

—Gravísimo, mi general. Y como pronuncia nombres que en estos momentos llaman la atención de todo el mundo, me ha parecido conveniente avisar á usted.

—Hombre, muchas gracias. ¿Y qué nombres son esos?

—Angulo... Sofía... Adda... Y usted no ignora que la madre de la esposa de Peralta se llama Sofía, Sofía Angulo, y que la hermosa Adda ha sido encontrada medio muerta, con una horrible herida de puñal en el pecho en su rancho del Barranco, que además ha sido robado. Lo que no me explico es la relación que puede haber entre el estado del asistente de usted y esos nombres.

—Pues es fácil que se lo explique usted. El hombre que me interesaba conocer era un individuo de mala facha, que entraba á ese rancho, con escándalo de cuantas personas se interesan por la esposa de Enrique Peralta.

—Pues bien, general, el individuo que tan mal parado dejó á su criado de usted se llama Luis Angulo, ¿comprende usted? ¿Quién es ese Luis Angulo que tiene el mismo apellido que la madre de la señora de Peralta?

—Me está usted hablando en griego. ¿No ha interrogado usted á la vieja Sofía?

—Sí, señor; y dice que ese individuo es un sobrino suyo á quien la joven Adda socorría.

—¿Y no ha buscado usted al dichoso sobrino?

—Por todas partes; pero se ha hecho humo. Mis agentes no le encuentran ni vivo ni muerto.

—Pues es necesario encontrarlo. Se me figura que él nos daría la clave de lo que ha pasado.

—Yo también lo creo, aunque doña Sofía asegura que ese es un joven desgraciado, que no puede tener conocimiento de lo ocurrido cuando se hallaba en Lima, oculto sin duda por el asunto del asistente de usted.

—¿Cuándo estará Remigio en estado de ser interrogado?

—Creo que mañana mismo. Usted sabe que las heridas en la cabeza ó matan ó se curan á las veinticuatro horas.

—¿Quiere usted que vayamos juntos al hospital?

—Le espero á usted mañana á las nueve.

—No faltaré. Iremos en un coche de plaza para no llamar la atención de nadie. Entre tanto, ruego á usted que nada falte á ese infeliz, á quien quiero como á un hermano. Hace cincuenta años no se separa de mi lado.

Cuando el general salió de la intendencia, el coronel Pérez hizo entrar en su gabinete al mayordomo de Adda de Peralta, que estaba preso junto con los otros criados.

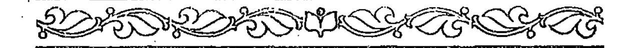
Las explicaciones del honrado viejo fueron tan francas y sencillas, que el jefe de policía se convenció de que nada sabía; pero el nombre de Luis Angulo y la relación de las escenas que por su cargo había tenido ocasión de presenciar el mayordomo, acabaron de convencer al intendente de que aquel individuo, como decía el general Miranda, debía tener la clave de lo ocurrido.

Sin embargo, no soltó á los sirvientes. Se propuso antes saber algo más por boca de Remigio, en su visita al hospital. Interrogó por fórmula á Ernestina y á

Lucía; amenazó á Rafael y á Pablo; se convenció de que Antonio era inocente como los demás, y accedió al deseo manifestado por la respetable matrona doña Catalina Páez de Peralta, de que las dos muchachas guardaran prisión en su casa, donde estarían á disposición de la autoridad en cualquier momento. Terminado el interrogatorio, Pérez se quedó tan á obscuras como antes. Los comisarios urbanos le manifestaron que Luis Angulo no parecía, y uno de ellos, en cuya comisaría había pasado muchas noches aquel perdido, le hizo completa pintura de la vida arrastrada de orgías, riñas, escándalos y ebriedad que llevaba aquel matón, sin Dios ni ley, á quien estaba cansado de amonestar, cuando sus guardias le sacaban de las casas de lenocinio, donde infundía miedo á las mujeres y era pesadilla de los hombres.

Pérez, como el ministro de Portugal de la zarzuela, ordenó que se le prendiera, y los demás hubieran podido responderle cantando el coro que dice:

«¡Correremos, probaremos,
para que esa inicua grey,
caiga hundida, destruída,
bajo el peso de la ley!»



CAPITULO X

Golpe de gracia.

Al día siguiente el subprefecto y el general se hicieron conducir al hospital. Remigio había sido llevado á un cuarto solo de los de paga, y cuando los dos personajes llegaron acababa de sufrir un síncope, del que no había vuelto todavía. La hermana enfermera aseguró al coronel Pérez que el herido no se encontraba en estado de contestar, y el interno afirmó que había entrado en la agonía. Al escuchar al último el general se sobresaltó y quiso ver inmediatamente al viejo soldado, á quien, según él mismo nos ha dicho, amaba como á un hermano. No podía olvidar que Remigio lo había soportado durante medio siglo, que le había salvado la vida en la batalla de la Palma, que había partido con él al Ecuador en 1859 y que le había servido con la misma abnegación y cariño, tanto en los malos tiempos del comienzo trabajoso de la carrera cuanto en la época del apogeo y la fortuna, que fueron llegando con los galones.

El anciano estaba efectivamente moribundo. Cuan-

do el coronel Pérez le habló no hizo ningún movimiento; pero cuando el general se acercó á la cama, le tomó la mano y se la apretó suavemente, hizo un esfuerzo y balbucó algunas palabras ininteligibles.

—Soy yo, Remigio—dijo Miranda—. ¿No me conoces?

—Sí, mi general—murmuró el anciano en voz tan baja que parecía un suspiro.

—Vamos, reacciona, viejo. Dime quién te ha puesto en ese estado, para ir á romperle la cabeza...

Algo como una sonrisa se dibujó en los labios del agonizante.

—¡El!...—dijo en voz apenas perceptible.

—¿El?... ¿Quién es él?...

—El... Angulo... Sofía... ¡Ah!

Un último estremecimiento, una bocanada de sangre y algo como un grito sobrehumano, advirtieron á los circunstantes que el desdichado había dejado de existir.

El general se levantó, pálido como el mismo muerto, y no trató de ocultar ni de detener las lágrimas que se deslizaron de sus pupilas y fueron á perderse en su blanca barba. Cerró con piadosa mano los ojos al amigo de su juventud, besó su frente, le cubrió el rostro con la sábana y extendiendo los brazos sobre el cadáver, exclamó:

—¡Yo te vengaré!...

En seguida advirtió á la hermana de caridad que quería que el funeral fuera de primera clase, y que el cuerpo de su fiel Remigio fuera sepultado en el panteón de su familia.

Cuando salieron del fúnebre recinto, dijo al coronel:

—Ya ha oído usted. Nuestras sospechas se confirman. El autor del atentado contra Remigio ha sido ese Luis Angulo. ¿Quién nos dice que no tenga que ver también con el robo y el crimen de la casa de Adda de Peralta?

Y contó al intendente toda su intervención en el asunto; le hizo leer la carta que doña Catalina le había escrito y terminó diciéndole:

—Para mí Sofía sabe más de lo que quiero decir. ¿Le parece á usted bien que vaya yo á interrogarla?

—¡Ojalá fuera hoy mismo!—contestó el intendente.

—Pues parto en el acto. Mañana daré á usted detallada cuenta de lo que haya logrado descubrir.

Y tomando el tren se fué nervioso, impaciente, profundamente triste al Barranco.

El rancho donde se habían efectuado los sucesos que dejamos narrados en los capítulos anteriores, parecía deshabitado. Un guardia de policía se hallaba estacionada en la puerta por orden de la autoridad, y hacían el servicio dos hermanas de la Caridad y la negra Gumersinda, llegada al día siguiente del atentado.

Ya sabemos que la negra había sido la obligada tercera de las primeras aventuras de Sofía, y que ésta tenía en ella absoluta confianza. Á su regreso de Lima, le avisó de parte de aquella Manuela, en cuyo cuarto había decidido ocultarse el criminal, que el canario que le había dado á cuidar se hallaba en la jaula. Tranquila en parte, respecto de la suerte de Luis, esperó el desarrollo de los sucesos, ayudando á cuidar á su hija, cuyo estado de gravedad la asustaba. Y más la asustaba aún la brusquedad con que Torrente la tra-

taba y la hacía salir sin consideración alguna de la alcoba, cuando la joven comenzaba á delirar.

Cuando el general se presentó en la casa, su primer impulso fué negarse á recibirle; pero era ya tarde. Miranda se había posesionado del salón y la esperaba paseándose en él con las manos detrás de la espalda.

—Ven, Sofía, ven—díjole al verla—. Tenemos que hablar muy seriamente de estos sucesos inesperados y terribles.

—No, aquí no—dijo ella con recelo mirando á todas partes—. Ven conmigo.

Y lo condujo al jardín, lo hizo entrar á la glorieta y cerró cuidadosamente la puerta vidriera. Como las hermanas y el médico se hallaban en la alcoba de Adda, Sofía creyó que nadie había advertido la llegada del anciano y respiró con cierto desahogo. Pero Gumersinda lo había visto, y al reconocerlo lanzó una exclamación de asombro y los siguió ocultándose detrás de la glorieta en un sitio donde faltaba un vidrio, cuya falta se hallaba disimulada por una planta trepadora que formaba en el hueco algo como una espesa cortina de hojas y ramas.

—Sofía—dijo el general sin muchos preámbulos—, tú sabes dónde se oculta el hombre que ha intentado asesinar á tu hija.

Ella le miró con aire estúpido y no contestó de pronto. Pero de repente, alzando la cabeza descompuesta por la cólera:

—¿Te has convertido en polizonte?—exclamó—. ¿Qué te importa á ti que yo lo sepa ó no?

—Me importa mucho—replicó el general—; y te advierto que bajes el tono, porque no estoy dispuesto

á soportar impertinencias. Vengo decidido á saber dónde he de encontrar al miserable, que no contento con robar y herir á una mujer de tan noble corazón como la esposa de Peralta, ha asesinado cobardemente á mi pobre Remigio; y juro á Dios que lo sabré...

—¡Asesinado!... ¡Remigio!

—¡Un hombre de setenta años!... ¡Infame! Vamos, Sofía, basta de charla inútil. ¿Dónde está ese hombre?

—¡No lo sé!...

—Mientes!

—Miento, bueno, miento; pero no te lo diré...

—¿Prefieres que te lo pregunte el intendente de policía?

Ella se echó á temblar y balbuceó:

—¿El intendente?...

—Él me envía, y te advierto que si no le llevo una respuesta categórica, esta noche dormirás en la cárcel por encubridora y cómplice quizá del criminal.

Sofía se estremeció y se echó á llorar...

—No, Luis...—dijo—¡Te lo juro! Yo no soy su cómplice en el asesinato... ¡Nunca creí que hiciera eso!... ¡Nunca!... ¿Pero cómo quieres que lo denuncie?... ¡Eso sería monstruoso!...

—¿Es, pues, tu amante?

Ella se irguió, y apretando el brazo del general le dijo con voz sorda:

—¡Es mi hijo, imbécil!... ¿Quieres que una madre denuncie á su hijo?

Miranda se quedó aplastado al oir estas palabras.

—¿Tu hijo?...—balbuceó—¿Tu hijo?... ¡Pues bien, que lo sea! No por eso deja de ser un ladrón y un asesino.

—¡Pero no es su madre la llamada á entregarlo á sus verdugos! Que me lleven á la cárcel, que me condenen, nada diré, y la deshonra en todo caso caerá sobre Hernández y sobre su hija... ¿Y eres tú quien me amenaza¡... Tú! ¿Sabes, acaso, que no eres tú el padre de ese desdichado?

—¡Calla, calla ó no respondo de mí! ¿Con qué disparate sales ahora? ¡Yo padre de ese infame!... ¡de ese asesino!...

—Pretendes que diga yo dónde está...—continuó ella—¡Ah! ¿Sabes tú los días de amargura y las noches sin sueño que ese muchacho me cuesta? ¡No ha tenido sino á mí en el mundo! No conoce á su padre... Yo tenía relaciones contigo en esa época... Pero te engañaba con Vega, con Vega que hoy es ministro de Hacienda... Hernández estaba ausente... Me sentí madre, me escondí, huí, me fuí á Huacho, y la verdad, no sé de quién puede ser hijo ese infeliz!...

Sintió el general que una llama abrasaba su corazón.

—¿Qué edad tiene?—dijo.

—Veinticuatro años. Nació en 1843.

El anciano inclinó la cabeza como abrumado por espantosos recuerdos y por pesares inmensos.

En aquel momento la negra Gumersinda, asomando su cabeza de ximio por entre las hojas, dijo:

—Ese niño es hijo de *su mercé*, mi amo.

Sofía lanzó un grito. Saltó Miranda como si le hubiera picado una víbora y rugió:

—¡Mi hijo! ¿Qué estás diciendo, negra infame¡ ¿Quieres que te arranque la lengua?

—Yo le crié, mi amo, yo le crié á mis pechos. El niño tiene la barba partida como *su mercé* y su mismo modo

de mirar, y el color de sus ojos, y un lunar de carne grande en el hombro izquierdo, igual al que *su mercé* le enseñaba siempre á la niña Sofía... Yo le hice poner Luis en la pila... porque *su mercé* se llama Luis...

El general no pudo contestar. Sintió que se ahogaba bajo el peso de su infortunio. Multitud de incidentes y de detalles en los que antes no había puesto atención vinieron á golpear en su cerebro y á despertar la duda en su corazón.

—Si es tu hijo, mejor—dijo Sofía—. Tú le defenderás y tendrás que defenderme á mí.

Lanzó una exclamación parecida á un rugido el viejo. Sin poderse contener abofeteó á Sofía, la escupió, le dió de puntapiés en el suelo; y viendo que ella ahogaba sus gritos y no se quejaba, se avergonzó de su arranque brutal, y con agilidad impropia de sus años y de su miopía se precipitó fuera de la glorieta, y en tanto que la negra acudía á levantar á la pecadora, atravesó él el jardín, subió de cuatro en cuatro los escalones que conducían al corredor, entró al salón, tomó su sombrero, su bastón y sus guantes y se lanzó á la calle con la desesperación en el alma y el semblante descompuesto. Miró á todas partes con extraviados ojos, arregló el desorden de su traje, é inclinando la cabeza se dirigió á la estación.

El tren iba á partir. Subió á un vagón de primera, contestando maquinalmente los saludos que le dirigían muchas personas conocidas, y se dejó caer en un asiento.

Al llegar á Lima tomó un coche de plaza y se hizo conducir á su casa. Una vez en su gabinete escribió la siguiente carta al intendente:

Querido coronel: Nada sabe Sofía del paradero del hombre á quien busca la autoridad. Está convencido de ello, su afectísimo

LUIS MIRANDA.

Envió esa carta á su destino y se encerró con doble llave; se dejó caer en una silla junto á su escritorio, hundió la cabeza coronada por blancos cabellos en las manos temblorosas, y permaneció así, solo y silencioso, hasta que sus hijas fueron á llamarle para ir al comedor. Pretextó una jaqueca, se hizo servir en su cuarto y ordenó que nadie entrara á molestarle.

Pepa, su hija mayor, que le amaba mucho, quiso insistir; pero él le dijo:

—Ve, hija, ve; esto no será nada; mañana amaneceré bien.

Y la joven se retiró diciendo á su padre:

—En todo caso, llámame si algo necesitas.



CAPITULO XI

Vieja amistad.

Doña Catalina, al tener noticia del horroroso crimen de que había sido víctima su nuera, sintió impulsos de ir á verla. Después de todo, su hijo no había reñido con ella y no podía acusarla sino de haber llevado á su casa á... *á esa mujer*, decía la honrada señora. Pero precisamente la presencia de *esa mujer* al lado del lecho del dolor de Adda, era una valla insalvable para la noble dama, que había conocido á Sofía soltera y recién casada. Ella, doña Francisca, la esposa de Miranda, y Sofía, habían sido educadas en el mismo colegio y se habían amado mucho, á pesar de que sus gustos y aficiones eran completamente encontrados. A doña Francisca le complacía pasar horas enteras al pie de los altares de la Virgen; adornarla con flores y bordar escapularios. Doña Catalina era la más estudiosa de las tres: la dominaba el afán de saber y leía sin cesar los libros que las monjas le permitían sacar de la biblioteca del colegio, previa consulta con el capellán. A Sofía nada le agradaba tanto como peinar sus her-

osos cabellos y colocar lazos de colores vivos en su ιello y en sus zapatos. Entre las colegialas se mur-_uraba respecto de las coqueterías de la voluntariosa niña, con el joven y elegante capellán italiano que dictaba la clase de religión. Como esas murmuraciones llegaran á oídos de los padres de las muchachas, la directora se vió obligada á reemplazar á dicho clérigo con un sacerdote anciano y de probada virtud. Desde aquel día Sofía se aburrió soberanamente en el colegio.

Doña Catalina se casó con Peralta un año después de dar su último examen. Peralta era un hombre activo, trabajador infatigable, que hizo una gran fortuna en las operaciones de la consolidación del guano y que murió dejando á su hijo Enrique en la cuna y á su joven viuda sin consuelo.

Doña Francisca dió su mano á Miranda, que era ya coronel en 1850, es decir, cuatro años después del ruidoso escándalo que separó á Hernández de Sofía, con la cual se había casado en 1841.

La esposa de Peralta había sido una mujer de su casa, que era citada como ejemplo de paz y gloria conyugal. En los primeros tiempos de su matrimonio cultivó íntimas relaciones con sus amigas de colegio, relaciones que conservaban su carácter de franqueza y mutuo afecto con doña Francisca, á pesar de los años transcurridos; y que excusamos decir que terminaron con Sofía desde el instante en que ésta abandonó su hogar.

Pero ahora se encontraba la buena señora con que Miranda, el marido de su mejor amiga, estaba enredado en los asuntos de su nuera, y no sabía si debía

ir ó no á ver á doña Francisca, porque ignoraba si tenía conocimiento de la ingerencia del general en esos asuntos. Envió, desde luego, un afectuoso y sentido recado á Hernández, quien se presentó abatido en su casa, á decirle que la presencia de Sofía en el Barranco le impedía ir á ver á su hija adorada. Perplejos estaban, sin saber qué partido tomar, cuando anunciaron á doña Catalina la visita de doña Francisca.

Las dos amigas se abrazaron efusivamente. Iba la esposa de Miranda sola y severamente vestida de negro, como convenía á persona que era llevada por un suceso tan doloroso como el que agitaba todos los espíritus y era tema obligado de conversación en la capital.

—Acabo de saber lo ocurrido con Adda—dijo doña Francisca—, y no he querido retardar la triste obligación de venir á verte.. Me satisface encontrar á usted, Hernández, prosiguió, porque aunque Miranda irá á ver á usted, soy bastante buena amiga suya para desear darle personalmente mi más sentido pésame por lo ocurrido.

El banquero contestó que agradecía vivamente esas palabras que caían como un bálsamo sobre su alma desgarrada.

—¿Y cómo ha sido?—preguntó doña Francisca—. ¿Qué hombre es ese tan bien informado de todo lo que pasaba en el rancho? ¿Cómo los sirvientes nada han sentido? En verdad, me pierdo en un mar de confusiones.

Doña Catalina explicó á su amiga lo acaecido; pero aunque trató de no nombrar á Sofía delante de Hernández, se vió obligada á hacer alusión á ella dos ó tres

voces. La altiva esposa del general, que en otros tiempos había sentido celos fundados de Sofía, no tuvo para ella ni un reproche.

—¿De manera que no irás á ver á tu nuera?—dijo.

—Ya ves que es imposible.

—¿Ni usted á su hija?

—¿Cómo quiere usted que entre en esa casa mientras que tal mujer permanezca allí?—exclamó Hernández.

—Pero no se puede abandonar á Adda en sus manos. Es preciso que alguien vaya á cuidarla. Hoy mismo hablaré con mi amigo el canónigo Rodríguez, á fin de que consiga que vayan allá dos hermanas de Caridad. Yo también iré apenas hable con Miranda.

—¡Tú!

—¡Usted!

Exclamaron al mismo tiempo doña Catalina y el banquero.

—¿Y por qué no? Yo no tengo los motivos que tienen ustedes...

—Pero... ¿Sofía?...—comenzó á decir la viuda.

—Sofía tendrá buen cuidado de no presentarse ante mí. Y si se presentara... ¿qué íbamos á hacer? Lo sufriría por amor de Dios y en recuerdo de ustedes.

—¡Eres una santa!—exclamó doña Catalina.

—¡No exageres! Soy tu amiga y nada más—contestó sencillamente la dama.

—Ya sabe usted—dijo Hernández—, que si algo hace falta puede usted gastar sin tasa. Adda tiene su fortuna propia, que administra ella misma, y los veinte mil soles que le han robado apenas harán mella momentáneamente en sus entradas. Pero es preciso ponerse en todos los casos.

Y dejó solas á las dos señoras, comprendiendo que tendrían mucho que decirse.

—Lo primero que debes hacer, Catalina—dijo doña Francisca—, es avisar á tu hijo todo lo ocurrido. Quizá se regrese, y su vuelta al hogar sirva, después de lo acaecido, para hacer entrar en razón á esa pobre niña, que no ha cometido para mí más pecado que el de amar á quien no lo merece.

—Lo he pensado, Francisca, lo he pensado—contestó doña Catalina—, pero temo la explosión de su dolor. Está solo, y Enrique es por desgracia uno de esos soñadores para quienes el mundo es distinto de la realidad. Prefiero retardarle la noticia el mayor tiempo que me sea posible.

—No pienso como tú en esta ocasión. Una carta tuya le serviría de consuelo y escudo; la de un extraño, si tú guardas silencio, le sumirá en la más profunda desesperación.

—Bueno, le escribiré. Quizá tengas razón.

—Yo, entre tanto, voy á hacer llamar al doctor Rodríguez; es un buen sacerdote, algo franco y libre en su manera de expresarse; pero, en el fondo, una excelente persona.

Doña Catalina se calló; no pensaba lo mismo que su amiga; hasta ella habían llegado rumores persistentes acerca de la vida relajada de aquel mal ministro del altar, rumores que no habían herido los oídos de la noble doña Francisca, incapaz de pensar mal de uno de esos hombres á quienes tanto respetaba.

—Haré que Miranda vaya á verle hoy mismo—dijo.

—No, no—contestó apresuradamente la de Peralta.

No mezcles á tu marido en nada de esto, te lo suplico.

—¿Por qué?

Esta pregunta tan natural y sencilla desconcertó á doña Catalina.

—El te estima mucho—contestó la otra dama—; y siempre le oí hacer los mayores elogios de tu hijo y de su esposa.

—Sí, es cierto; pero en los últimos tiempos hay algo qué no me explico en su conducta. Sin duda tú ignoras que fué él quien aproximo á Adda y á Sofía.

—¿El?... ¿Miranda?

—Miranda.

—¡Imposible!

—Francisca, tú sabes que yo jamás he mentido y que te quiero lo bastante para no engañarte ni engañarme á mí misma. Te digo lo que sé, lo que es evidente, lo que puedo probarte con las declaraciones de las mujeres que puse al servicio de mi nuera.

—No, no mezcles en estas cosas á los criados. Por adictos que nos sean, hay siempre en el fondo de sus corazones algo de envidia y algo de mala voluntad contra sus amos, á quienes no perdonan ni su superioridad ni sus mayores medios de fortuna. Me dices algo que yo ignoraba, en efecto; pero que no me sorprende porque lo sospechaba, aun cuando puedo asegurarte que si Miranda ha hecho lo que dices, ha procedido más por bondad que por deseo de mezclarse en estos asuntos. En los años que llevamos de matrimonio he llegado á conocerle perfectamente. No tengas cuidado, yo averiguaré con prudencia, sin que él lo sospeche siquiera, qué motivos ha tenido para proceder así.

En aquel momento la puerta del salón tembló como movida por una mano convulsa. Doña Catalina se apresuró á abrir y Juan Fernández se presentó en el umbral, pálido y descompuesto.

—Señora—dijo sin fijarse en doña Francisca — en este momento salgo de la intendencia, donde he permanecido desde ayer, y donde aún quedan Rafael, Pablo y Antonio.

—Sí, ya lo sabía, Juan—respondió la noble dama—; pero no tengas cuidado, hoy mismo saldrán libres.

—Quizá la señora tropiece con alguna dificultades, pues el general Miranda, que ha permanecido largo rato encerrado con el intendente, está empeñado en averiguar, según me ha dicho el alcaide, quién es el asesino de su asistente Remigio, que acaba de morir en el hospital.

—¡Remigio muerto!—exclamó doña Francisca levantándose bruscamente, con asombro de Fernández, que sólo entonces se fijó en que doña Catalina no estaba sola...

—Sí, señora, contestó;—según dicen ha sido asesinado por un tal Angulo...

—¡Oh! ¡Remigio muerto!... ¡Remigio asesinado! ¿Qué está usted diciendo?

—Lo que he oído al ser puesto en libertad.

—¡Ah! Es preciso que yo hable inmediatamente con Miranda. Pero ¿qué tienen que hacer los sirvientes de Adda con ese asesinato?

—Es que el pulpero de la tienda que queda situada frente al rancho, asegura que el asesino salió de allí, de casa.

—Pues entonces no hay duda—exclamó doña Ca-

talina;—el que ha cometido el doble crimen es el mismo... Debe ser el hombre de mala catadura que entraba á la casa y de quien me hablaste hace días.

—El sobrino de doña Sofía. Yo también lo creo, señora.

—Bueno, Juan, vete volando al rancho y vigila cuidadosamente á Sofía. En ti confío. Me han dicho que el médico que ve á Adda es muy joven. Pregúntale si no quiere que vayan á ayudarlo Grau, Almenavas, alguno de los médicos conocidos. Dentro de pocas horas irán á cuidar á Adda dos hermanas de Caridad y mañana volverán Ernestina y Eloísa. ¿Quién es esa negra que acompaña á Sofía?

—Una antigua esclava.

—Yo la conozco—dijo doña Francisca—. Y tú también debes conocerla. Iba siempre al colegio en los días de salida á acompañarla á su casa.

—Creo recordar en efecto...

—Vete, Juan, no pierdas tiempo.

El viejo mayordomo se inclinó y se fué, decidido á dar su sangre por tan buena señora.

Doña Catalina y doña Francisca permanecieron aún juntas media hora formando el plan que veremos desarrollarse más adelante. La segunda quedó convencida de la participación de Miranda en la reconciliación de Adda y Sofía, y decidió servirse del canónigo Rodríguez para saber cuanto había pasado entre la pecadora y su marido, pues doña Catalina le abrió los ojos respecto de la vida relajada del sacerdote.

Se abrazaron y se separaron muy conmovidas, y apenas salió doña Francisca, la viuda se sentó á escribir á su hijo.

Su carta fué un largo poema de amor maternal, de consejos, de noticias y de amargas reflexiones. Le contaba lo ocurrido y le daba esperanzas de que Adda salvaría. La disculpaba, adivinando que su hijo se lo agradecería, con la santa perspicacia propia de las madres, y terminaba diciéndole que á él le tocaba decidir si creía prudente regresar en tales circunstancias.

Ella así se lo aconsejaba, porque no quería que ni remotamente se creyera que su partida de Lima y el abandono de Adda, habían sido parte para que la joven pasara por la espantosa situación á que se encontraba reducida.



CAPITULO XII

Juan Torrente.

El joven médico estaba desesperado. Durante dos días Adda no había vuelto en sí y una espuma sanguinolenta que asomaba de cuando en cuando á sus labios era un síntoma fatal para aquel sabio muchacho, que hubo un instante en que llegó á aborrecer su profesión.

En el primer momento había creído fácil triunfar. Contó con sus conocimientos y con la juventud de la hermosa mujer, á quien miraba casi desnuda entre las sábanas empapadas en sangre. Hizo con segura mano la primera operación, cortó, vendó, limpió y esperó el resultado durante dos mortales días, en los cuales le salieron las primeras canas. Cuando llegaron las hermanas de la Caridad se animó un tanto. Eran antiguas conocidas suyas de su vida de hospital: la hermana María y la hermana Eufrasia. Se ha hecho moda entre muchísima gente, decir pestes de esas mujeres que pasan su existencia entre los enfermos, entre los ancianos valetudinarios y entre

los huérfanos. No caeremos nosotros en igual falta, por mucho que nuestras ideas sean liberales; es más, no caeremos en ella, por lo mismo que lo son. Puede el instituto obedecer á un plan ó á un partido militante; ni lo negamos, ni lo discutimos; pero sí diremos que individualmente cada una de esas mujeres nos produce profunda admiración y nos inspira inmenso respeto. Las hay bellísimas, jóvenes, perfectamente educadas, salidas quizá del seno de una familia aristocrática y llena de comodidades, y que, sin embargo, aceptan con sublime resignación su papel de enfermeras y desempeñan los más bajos oficios con manos blancas y diáfanas que están reclamando el guante y el beso de amor.

Se les acusa de tratar mal á los enfermos y de tiranizar á los niños; pero nadie se presta á reemplazarlas, y sus casas y sus hospitales y hospicios son modelos de limpieza y prestan servicios innegables. Juan Torrente las apreciaba porque las conocía, y precisamente sor Eufrasia había sido compañera del joven en más de una fúnebre velada y en más de una arriesgada operación. Era una francesa de veintidós años, alta, esbelta, de ojos azules de melancólico mirar, cejas perfectas y mentón ovalado y blanco como la toca y el sombrero de anchas alas que cubría su cabeza. Sor María, de más edad, aunque no pasaba de cuarenta, era la actividad en persona. Había nacido en España, y sus superiores la enviaron muy joven á China primero y á América después.

Las dos se instalaron á la cabecera de la cama, después de arreglar vendas, frascos é instrumentos sobre la cómoda. Sor María echó como al descuido, arran-

cando una sonrisa á Torrente, una sábana sobre el grupo de Psiquis y el Amor. Cuanto á Hebe, Orfeo y Diógenes, fueron respetados en su semidesnudez por la escrupulosa hermana.

El médico habló en voz baja á sus compañeras, manifestándoles sus temores. Sor Eufrasia le animó con palabras de esperanza, diciéndole que otras enfermas más graves había él arrancado del borde de la tumba. Torrente adquirió cierta confianza oyéndola, y al efectuar la siguiente operación tuvo el pulso más seguro y la mano ejecutó el laborioso trabajo con más valor. Aquella noche Adda suspiró y murmuró algunas palabras tan leves como sus suspiros. Torrente, que no había dormido hacía setenta horas, consintió en reclinarse en un diván del dormitorio, rogando á la hermana María, que estaba de guardia, que lo despertara al menor asomo de peligro. Pero por más vueltas que dió en el ancho mueble parecido á una cama, no pudo dormir. Algo desconocido le atormentaba y producía un profundo malestar. No sabía definir lo que experimentaba; pero el hecho era que el rostro pálido de Adda y su cuerpo de Venus no se apartaban de su mente. El no había amado nunca. Su tío le había dicho que quería casarlo con su hija, y él había aceptado con indiferencia un matrimonio que reuniría á sus ganancias como médico los cien mil soles que según pública voz y fama poseía el escribano. Su prima, ya lo hemos dicho, era una muchacha encantadora y de muy buen carácter; pero él no sentía por ella sino un afecto fraternal, que era pagado en la misma moneda. Cuando vió á Adda medio muerta, tendida en su lecho, sintió como si el puñal que había

atravesado á la joven y que él sacó de la terrible he rida, se clavara en su corazón. Admiróse de una emoción á la que no era propenso, y la atribuyó á lo espantoso del crimen y á la juventud de la víctima. Pero el miedo de no salvar á aquella mujer hermosa que luego se apoderó de su ánimo, su temblor nervioso cuando introducía las hilas fenicadas por los labios rojos de la herida, le revelaron al fin la verdad. ¡Amaba! Amaba por la primera vez á una mujer moribunda, que tenía un dueño y una posición social distinta de la suya. Pensó pedir que otro médico se hiciera cargo de la curación; pero algo de orgullo profesional y mucho de otro sentimiento indefinible del que no sabía darse cuenta, le detuvieron y se quedó.

A las doce de aquella noche sor Eufrasia, al relevar á su compañera, le llamó. La enferma había hecho un brusco movimiento que descompuso la venda, sobre la cual se iba extendiendo una mancha color de escarlata. Torrente acudió al punto; quitó la venda, cambió hilas y arregló el algodón sobre ellas, puso un nuevo apósito y usó otro lienzo. Ya entonces comenzaban á ser reemplazadas las hilas por el algodón ó á usarse simultáneamente. La joven volvió á caer en un sopor del que parecía que no iba á volver jamás. Torrente se sentó á su lado en una silla y le tomó el pulso; pero sin darse cuenta de lo que hacía su otra mano, acariciaba entretanto los afilados dedos de Adda. Le pareció sentir que esos dedos contestaban con una débil presión á la suya y toda su sangre se agolpó á su corazón.

—Hermana—dijo poniéndose de pie—, prepare usted el cordial de la enferma, trate de hacérsel to-

mar en dos partes y avíseme usted cuando sean las seis de la mañana.

Y sin volver la cabeza se entró á la habitación que le habían destinado y que no era otra que la que antes ocupaban las camareras de Adda. Se desnudó, se metió en la cama y mató la luz. Allí le persiguió nuevamente su pensamiento en un tenaz insomnio. Se acusó de falta de energía, se dijo á sí mismo que era un necio ó un loco, trató de recordar á su prima, y sobre los hombros de ésta veía, por su mal, rodeada por una aureola celeste, la cabeza perfecta de su enferma, no ya con los ojos cerrados, sino mirándole dulcemente.

A las seis de la mañana le llamó sor Eufrasia. La lámpara de la alcoba agonizaba y una dudosa y rosada claridad comenzaba á teñir los objetos con tintes raros, como si salieran de una paleta policroma.

—Ha dormido muy bien—le dijo la enfermera—, y no sé por qué se me figura que hoy tendremos novedades.

Y se retiró á su vez á descansar.

Torrente volvió á sentarse en la misma silla de la que había huído algunas horas antes y tomó otra vez el pulso de la enferma, que encontró menos agitado. Ella pareció sentir el contacto de los dedos del médico. Entreabrió los ojos y murmuró:

—Tengo sed.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde la noche en que fué herida. Se estremeció de gozo el joven, preparó un cordial y levantándole con gran cuidado la cabeza se lo hizo apurar, con la tierna solicitud con que una madre da de beber á su hijo enfermo.

Adda abrió los ojos y los fijó con asombro en aquella cara varonil, seria, simpática, que tenía delante. Sus ideas se confundieron y creyó que seguía soñando. La mirada de sus ojos, agrandados por la fiebre, fué un rayo para el médico. Se tambaleó y estuvo á punto de soltar el vaso.

Pero en aquel momento entraron sor María y Sofía. Volvióse bruscamente y dijo á la segunda:

—Señora, es preciso que no entre usted en esta habitación hasta que yo le avise. La vista de personas conocidas puede ser funesta para la señora hija de usted que comienza á volver á la vida.

—Ya me voy, ya me voy—contestó la pecadora con apresuramiento.

Y salió de la estancia, temiendo que la mirada de Adda pudiera leer en su rostro su pecado.

Efectivamente, aquél fué el día de la crisis. Adda reaccionó y pudo balbucir algunas palabras. Sor María, sor Eufrasia y Torrente multiplicaron sus cuidados, y á eso del medio día la joven estaba, si no fuera de peligro, en estado satisfactorio al menos.

A esa hora llegaron Ernestina, Eloísa y los hombres del servicio. El médico declaró que le bastaba con las hermanas de Caridad y que no quería sentir ruido en la casa. Era que temía las miradas indiscretas de quienes pudieran leer en su frente su secreto.

Al día siguiente se presentó en el rancho la noble esposa de Miranda, que fué recibida con grandes muestras de respeto por las hermanas, y á quien Torrente permitió que se aproximara al lecho de Adda. Esta pareció reconocer á la dama, que le acarició la frente

y las mejillas y salió convencida de que se hallaba perfectamente cuidada. Torrente la acompañó hasta la reja y en el camino le dijo:

—Desearía, señora, pedir á usted que rogara al señor Hernández que viniera.

—Eso es imposible—contestó doña Francisca.

—No es imposible, señora; puede venir con entera confianza, poque la persona á quien no debe ver, no estará aquí mañana.

—Si es así—contestó doña Francisca sin detenerse á averiguar cómo sabía el joven las causas que impedían al banquero ir á ver á su hija—, si es así, creo que vendrá en el acto. ¿Cómo sabré yo que esa persona no estará en esta casa?

—Enviaré á usted un aviso con uno de los criados.

—Está bien.

Cuando la esposa de Miranda se fué, Torrente hizo avisar á Sofía que deseaba hablarle. Esta se apresuró á presentarse.

—¿Cómo sigue mi hija?—preguntó afectando un gran interés.

—Bastante mejor; mas para que su curación sea más rápida, necesito que usted me ayude.

—¡Oh, yo estoy dispuesta! Bien decía yo que esas coletudas no sirven para nada. Yo velaré junto con usted.

—No, señora, no me ha comprendido usted. Esas coletudas, como usted las llama, me sirven de tal manera, que nadie podría reemplazarlas. Pero necesito que vengan á esta casa personas que no pueden hacerlo mientras usted permanezca aquí.

—Hombre, pues me gusta la frescura. Yo estoy en

mi casa, porque es la casa de mi hija. ¿Qué personas son esas?

—Primero don Marcial Hernández, padre de la señora de Peralta.

—¿Y para qué quiere usted que venga?

—Porque su presencia hará un gran bien á la enferma.

—Con no salir yo, como lo he hecho hoy, cuando vino esa vieja hipocritonaza...

—No es bastante, señora. El señor Hernández no vendrá sabiendo que usted está aquí.

—Pues que no venga.

—Es que yo necesito de su presencia, ¿entiende usted? Va en ello la vida de su hija de usted.

—¿Y adónde quiere usted que me vaya? Ya no tengo casa, ni muebles, ni nada.

—Puede usted irse durante algunos días á casa de alguna amiga.

—¿Y eso cuánto tiempo durará?...

—Ocho, quince días, un mes á lo sumo.

—*¡Cómonote...!* (1) Lo que usted quiere sin duda, comprado por ese canalla de mi marido, es alejarme de aquí. Pero no se verán en ese espejo.

—Ruego á usted que ni me insulte ni apure mi paciencia. Si no se va usted, tendré que hacerla salir yo mismo.

—¡Esto es el colmo! Conque de fuera vendrá...

—Señora, soy el médico y mando.

—Pues bien, no me voy; no me da la gana.

---

(1) Modismo limeño.

—Está bien—contestó el joven exasperado—, entonces espere usted.

Y tocó el timbre. Juan Fernández apareció en la puerta casi en seguida.

—Fernández—dijo Torrente—sírvase usted hacer llamar al comisario de policía; dígale usted que me precisa hablar con él.

—Espere usted—dijo Sofía temblando—. ¿Para qué llama usted al comisario?

—Para entregarle esto—contestó él.

Y mostró un papel á Sofía.

—¿Eso? ¿Y qué es eso?

—Una carta que ha escrito á usted un tal Luis Angulo. Esta mañana la trajo un muchacho y se la entregó á una de las camareras, la cual, cumpliendo mis instrucciones, me la dió á mí.

Sofía quedó aterrada.

—No llame usted á nadie... á nadie—balbuceó—. Me iré, ahora mismo si usted quiere.

—Por fin entra usted en razón. Fernández, vaya usted á Lima, vea á la señora esposa del general Miranda y dígale de mi parte que esta señora ha salido de esta casa.

—¿Nada más?

—Nada más.

El mayordomo se retiró, y Sofía, confusa y espantada, fué á arreglar sus baúles. Una hora después salía del rancho con Gumersinda y sin atreverse á pedir al terrible médico que le entregara la carta del imprudente de su hijo.



JAPITULO XII

Manuela y Elvira.

La tarde es nublada y fría; una tarde de Julio cuando está para despedirse. Hay escasez de luz en el taller de la fábrica de tejidos, donde unas veinte obreras cosen en máquinas las camisetas que les ha distribuído el encargado del trabajo á las siete de la mañana y deben entregar terminadas á las seis de la tarde. Casi todas esas mujeres son jóvenes. La mayor no pasará de treinta años. Pálidas, anémicas, sudorosas, á pesar de lo crudo de la temperatura, mueven incesantemente los pedales, para que el monstruo de vapor no arrolle la costura y les haga perder en un segundo la labor de largas horas.

Dos de ellas trabajan frente á frente. La una es una mulata de ojos negros soñolientos, adornados de crespas pestañas y de cejas espesas, pero perfectamente delineadas. Su nariz es abierta, como la de las yeguas en celo, y sus labios carnosos, frescos, encarnados, que cuando se abren muestran dos hileras de cuentas de marfil brillante, respiran voluptuosidad. Es muy

morena, y el trabajo excesivo la ha enflaquecido algo, pero su cuerpo es airoso, sus pechos elevados y sus caderas amplias y duras.

La otra obrera es blanca como el mármol y rubia como el trigo. Sus ojos pardos con reflejos verde-mar, están rodeados por dos grandes pinceladas de color de violeta; sus largas manos diáfanas dejan ver una red de venas azules á través de la fina epidermis. La boca es de labios delgados y la nariz aguileña demasiado pronunciada, afea algo el conjunto. Sin embargo, la mujer es simpática.

Ambas trabajan con febril empeño y de cuando en cuando se miran con rencorosa insistencia. En esos momentos tienen que suspender la tarea por temor de dañarla; pero vuelven á ella en seguida, ganando el minuto perdido con rabiosa agilidad.

La mujer que vigila el taller es una alemana gruesa, casi rechoncha, que usa papalina y anteojos, como las viejas grabadas en las marcas modernas de las cajas de te. Su talle sin forma, cubierto por el blanco delantal, se destaca entre las correas en movimiento y las ruedas que giran con vertiginosa rapidez, como impulsadas, recibidas y rechazadas por los émbolos de reluciente acero.

Un polvillo impalpable y sutil se desprende de las grandes piezas de género de lana y algodón, al desenvolverse para que cuatro extranjeros de curiosas cataduras, vayan cortando las camisetas, que arrojan en inmensos canastos, que va doblando y apilando en cerros, media docena de muchachos de trajes arrancados y sucios.

Las dos mujeres á quienes nos referimos al comen-

zar, son Manuela y Elvira; ésta, la madre del hijo de Luis Angulo; aquélla, su querida, su esclava, su perra. Vivían en el mismo *callejón*, en un callejón de Malambo, habitado por gente maleante ó por familias miserables, que apenas si podían hacer una comida al día.

Elvira había ido á refugiarse allí con su hijo cuando Angulo la abandonó. Era seria y triste, y los zambos que abundaban en el callejón la llamaban *la señorita*, por su color y sus modales. Hija de un francés que poseía una buena panadería en el Prado, Elvira había recibido regular educación en el colegio de las Madres de la misma nacionalidad. Mas por desgracia suya, Luis Angulo la vió seis años atrás, cuando acababa ella de cumplir diez y seis, y el mocito, que ya tenía diez y ocho, vivía con su madre en una ventana de reja de la calle del Carmen Alto. Todavía Luis no era un perdido en la absoluta acepción de la palabra y vestía bastante bien, gracias á Gumersinda que lavaba y cosía, y á Sofía que daba dinero para los zapatos charolados y las corbatas de fantasía. Elvira se volvió loca por el muchacho y se entregó á él como muchas otras, por vanidad, por curiosidad en parte, y en parte por cariño. Cuando vió que era tarde para ocultar su falta huyó un día del hogar paterno con el calavera. Su padre, que era un marsellés verboso y fanfarrón, juró que iba á hacer picadillo al seductor; pero no dió paso alguno para encontrar á su hija. Angulo se vió en grandes apuros, mas logró arreglar un cuartito con una cama, dos sillas, una mesa y los utensilios necesarios de cocina. En ese cuarto parió Elvira, asistida por Gumersinda, la cual enteró á Sofía de lo que

pasaba. A la cortesana le pareció lo más natural del mundo que su hijo tuviera un chico á los diez y nueve años, y llevó su abnegación y su amor á Luis al extremo de visitar á la querida de éste, de regalar con esplendidez al chiquillo y de correr con la compra de los trapos de cristianar para el bautismo. Ella fué la madrina, y el regalo que hizo á la madre, que no tenía en qué sentarse, puede dar una idea completa de su carácter; pues le llevó una caja de guantes y un sombrero de última moda, que Angulo vendió en seguida, porque dijo que Elvira, que estaba en cama todavía, no tenía necesidad de esos objetos. En cambio Gumersinda despobló el corral de Sofía, para que no faltara el caldo de gallina á la parida, y cuando la estación de la dieta pasó, la emprendió con los huevos frescos y los buenos churrascos y patatas fritas, de los que generalmente se comía Angulo las dos terceras partes.

Durante dos años las cosas pasaron así.

Elvira conoció muy pronto el carácter de su amante, que poco á poco iba encenagándose en los vicios y que con frecuencia la maltrataba de palabra y la amenazaba con romperle un hueso. Un día llegó borracho y como fuera á caer sobre la cama donde á la sazón dormía Federico, su hijo, la madre lo contuvo con fuerza del brazo. Entonces él cumplió su promesa y dió lo que esos mozos llaman en su especial lenguaje *una pateadura* á su querida. Esta cuando lo vió dormido fué con su hijo á buscar á su padre. Entró, se arrodilló, como en el tercer acto de un drama y le presentó al niño sollozando y pidiendo perdón. Pero el marsellés estuvo digno de un padre del teatro romántico y re-

chazó y maldijo á la pobre criatura, ordenando á sus criados que la pusieran en la calle. Después cargó su pipa, la encendió y no volvió á acordarse de su hija.

Cuatro años más de martirio tuvo que soportar la infeliz, hasta que un día su amante le declaró que no tenía dinero para mantenerla, le aconsejó una infamia y se fué para no volver. Federico tenía entonces seis años. La madre tomó un cuarto en el callejón de Malambo, de que hemos hablado, y buscó y encontró trabajo en la fábrica de camisetas de Enrique Peralta, que funcionaba cerca de Guía. En el taller conoció á Manuela, con la cual simpatizó; pero la maldita casualidad, que en todo se mete, hizo que en una de las raras ocasiones en que Angulo iba á ver á su hijo y á pedir dos ó tres pesetas á Elvira, se encontrara en el cuarto de su antigua querida con la mulata. Le gustó, la siguió, se insinuó con ella, que le rechazó enfadada, y volvió con más frecuencia al cuarto de Elvira. Esta creyó al principio en un cambio favorable del carácter de aquel hombre á quien con tanta candorosidad se había entregado; pero pronto se convenció de que era Manuela la causa que atraía á Luis. Nada observó que pudiera darle razón para reconvenir á la que había llegado á ser su única amiga y calló. Pero el diablo, que no duerme, según dicen beatas y predicadores adocenados, tiró un día de la manta y determinó la catátrofe. Era una tarde. Salía Luis Angulo del cuarto de Elvira, disgustado por no haber visto á Manuela, cuando al llegar frente á la puerta de la habitación de la mulata, oyó ruido de voces y se detuvo.

—O se larga usted, ño Melchor—decía Manuela—ó grito.

—Si gritas, te mato—contestaba un hombre con voz ruda.

Luis empujó la puerta y entró, encontrándose frente á frente de un negrazo que tenía cogida de un brazo á la mulata. El lector sabe que Angulo era valiente y decidido. Al comprender lo que pasaba arremetió contra el negro, y antes de que éste se diera cuenta de quién era y qué quería el importuno, había recibido una tanda de puñetazos y puntapiés que lo aturdieron y le obligaron á buscar una arma en el bolsillo del pantalón. Pero Luis, que no había perdido su sangre fría, se apoderó prestamente de una silla, que rompió en el brazo del negro, el cual soltó la chabeta de que se hallaba provisto y huyó lanzando amenazas é interjecciones, á encerrarse en el cuarto de la mujer con quien vivía, que nada había sentido, por la rapidez con que los sucesos se habían desarrollado. Luis Angulo entretanto cerró la puerta del cuarto y se dirigió á la cama donde Manuela había caído desvanecida.

Cuando la mulata volvió en sí era ya la querida del joven. Lloró algo, pero se consoló pronto viéndolo buen mozo y blanco y acabando de convencerse, como se había convencido, de que era bravo.

Todo hubiera ido á pedir de boca y Elvirana da habría sabido, si Melchor, el negro aporreado, no hubiera estado allí con sus cien ojos de Argos celoso, para vigilar á los amantes. Observó las entradas sigilosas de Angulo al cuarto de Manuela, y sin detenerse á pensarlo fué á contárselo á Elvira. Esta nada dijo, pero desde entonces cerró sus puertas á la que consideraba amiga desleal, y declaró terminantemente á Luis Angulo que no volvería á recibirle.

En tal estado se hallaban las cosas cuando el hijo de Sofía tuvo que ocultarse después del doble atentado del Barranco. La mulata, que era ardiente y apasionada y que había llegado á adorar al matón, le encerró en su cuarto y siguió yendo al taller como de costumbre, sin que nadie en el callejón sospechara que el hombre á quien buscaba la policía se encontraba en ese cuarto. Cuanto á Elvira, supo como todo el mundo lo que había sucedido; abrazó á su hijo, lloró en silencio y no dijo ni una palabra á nadie. En el fondo de su corazón rogaba á Dios por la salvación del criminal, y se estremecía de pena al considerar que podían prenderlo, juzgarlo y fusilarlo.

Ella y Manuela no se hablaban. Como antes habían sido tan amigas, la alemana encargada del taller las había colocado en la misma máquina. Desde que sobrevino el rompimiento siguieron trabajando juntas, sin atreverse á solicitar que las separaran, pero las demás obreras pudieron observar que se miraban de reojo, que no se hablaban nunca y que á las veces se lanzaban pullas sangrientas.

Aquella tarde Elvira estaba más nerviosa que de costumbre oyendo tararear una zamacueca á Manuela que parecía muy contenta. Sofía se había presentado impensadamente el día anterior en el cuarto de la primera, con Gumersinda, y se había instalado en él sin etiquetas. Fueron motivo de asombro los dos grandes mundos y las numerosas cajas que entraron en el cuarto, para todos los vecinos del callejón. Nada preguntó la joven á la abuela de su hijo, pero ella, que era muy fuerte en expedientes y que podía disponer de más de quinientos soles que debía á la generosidad de su hija,

amén de algunas joyas, contó una historia inverosímil, pero que admiró á todos los habitantes de la casa. Dijo que había salido del rancho de Adda porque no quería encontrarse en él con su marido ni perdonarlo, á pesar de que él le había rogado que olvidaran el pasado y vivieran juntos. Preguntó á Elvira por qué estaba reñida con Manuela, fingiendo ignorar la infidelidad de su hijo—ya lo llamaba así sin ocultarse de nadie—, y cuando ella le contó lo sucedido, la llamó tonta, celosa, y le dijo que iba á encargarse de arreglar las cosas con su rival. La pobre muchacha no replicó: estaba acostumbrada á obedecer á Luis y su madre le infundía un miedo cerval. Mientras las dos mujeres permanecían en el taller, Gumersinda entró al cuarto de Manuela, provista de la llave que aquélla le entregara y abrazó y besó á *su niño*, como ella llamaba al asesino de Adda. Este le pidió pisco y la negra no tuvo inconveniente en llevarle una botella, á la cual aplicó el otro sus labios sedientos, como el peregrino que halla en el desierto, cuando menos lo espera, cristalino manantial, después de largos días de fatiga y de sed.

A quienes ignoren lo que es un callejón en Lima, ó más bien lo que era en el año de 1867, y sigue siendo aún, por variar, les diremos que era simple y llanamente una sucursal del infierno. En el de Manuela y Elvira vivían además de ellas, el zapatero Melchor, su mujer y sus seis hijos, seis negritos de la piel del diablo, de doce años la mayor y de cinco meses el último; Juana, una chola lavandera, que tenía un disgusto diario con *su marido*, así lo nombraba ella; la moza del mayor de guardias de la Comisaría próxima que en aquel tiempo no tenía tal título, una zamba

gorda, fumadora, sucia, pestilente, madre de dos hijas, una de las cuales era llamada *la Animita* y andaba por su cuenta, acompañada por *Melcocha* y el *Floriano*, dos seres indecentes y degradados, antecesores de un tal Pedrito, que en días más próximos sentó sus reales en la calle del Chivato. La otra era preceptora de una escuela municipal y no vivía tampoco con su madre, sino en la casa en que funcionaba la escuela. Que en aquella época el alcalde del concejo D. Manuel Pardo, comenzó á pagar regulares sueldos y á dar techo y luz á los maestros y maestras, que hasta entonces habían sido muy mal tratados por sus antecesores.

Venía después el portero, cholo gordo y feo, que vivía solo con una hija de treinta años, la cual *cosía para la calle* y se proclamaba muy honrada; un ciego que tocaba el acordeón y su sobrino que lo sacaba á la calle, granuja de diez años; un viejo talabartero que tenía dos hijas, una tísica y otra que brindaba salud; las dos eran muy bonitas y traían revueltos á los mozos del barrio. La última vecina era una mulata borracha que había sido querida de un italiano, del cual tuvo dos hijas. Aquella mujer tenía una bomba agresiva; cuando el aguardiente la enloquecía, era capaz de cometer una muerte, é insultaba á todos los vecinos, yendo á parar invariablemente, un día sí y otro también, á la Comisaría.

Tres de los hijos del zapatero Melchor, Federico y el sobrino del ciego, eran terror del callejón; se pasaban el día jugando al toro, á los soldados, al salto, á las bolas, volando cometas, haciendo bailar trompos y riñendo á gritos por lo menor.

La policía vigilaba el callejón por la mulata ebria,

que se llamaba ña Marcela y por Melchor, que tenía fama de ratero, aun cuando nunca se le había podido coger con las manos en la masa. Además los celadores andaban todos hechos unos galgos, tras de Teresa, la zambita mayor de Marcela, que tenía ya catorce años y era muy coqueta

Sofía llevó á mal que Gumersinda le comprara pisco á Luis, y estaba diciéndolo y la otra disculpándose, cuando se oyó un ruido infernal en el techo de los cuartos de enfrente. Subieron á averiguar qué ocurría y vieron á Federico en mangas de camisa, con la cara tiznada y el pelo en desorden, que corría por ese techo gritando:

—¡Hay un hombre en el cuarto de la Manuela! ¡Hay un hombre; se parece á mi papá! ¡Hay un hombre!...

—¡Cállate, canalla! ¡Cállate, mal nacido!—le dijo Sofía.

Pero él, sin hacerle caso, continuó gritando. Luis Angulo, que le oyó también, se encaramó sobre el fogón del corralito que completaba la habitación de su querida, y asomando la cabeza gritó al muchacho:

—¡Cállate, Federico! ¡Soy yo!

—¡Mi papá! ¡Mi papá!—vociferó el chico dando palmadas.

—Pero cállate, sinvergüenza—repitió él acabando de subir al techo y avanzando colérico, con un ladrillo en la mano.

—No quiero, ¡guá! Mamá Sofía, Gumersinda, aquí está mi papá.

Melchor salió corriendo de su cuarto y alcanzó á ver á Luis Angulo en el techo y en el momento en que arrojaba el ladrillo contra su hijo y en que el mucha-

cho caía al recibir el golpe; y se puso á llamar á la policía con toda la fuerza de sus pulmones. Todos los vecinos salieron de sus casas formando una algarabía estrepitosa.

—¡Ladrones! ¡Ladrones!—gritaban unos.

—¡El asesino del Barranco!—exclamaba Melchor—. ¡Celador! ¡Celador!

—¡Abajo pronto!

—¡Socorro! ¡Incendio! ¡Temblor!

—Por favor—suplicaba Sofía—, no griten ustedes. Es mi hijo...

Pero tres celadores llegaron en aquel instante y enterados de lo que pasaba, se decidieron á subir al techo, para lo cual pidieron prestada una escalera al pulpero.

Entre tanto uno de los hijos del negro Melchor tocaba con un palo en una lata vacía de kerossenne, el sobrino del ciego golpeaba contra las puertas con un fierro y la chica menor de Marcela lloraba desconsoladamente.

Por fin los hombres de la ley y del orden lograron subir al techo; pero por más que registraron no hallaron sino á Federico con la cabeza rota dando berridos y pateando de ira y de miedo, y recogieron una botella vacía con el pico roto, al lado de un ladrillo. Luis Angulo había desaparecido, arrojándose al patio interior de la casa vecina y saliendo tranquilamente á la calle sin que lo persiguiera nadie.

¿Dónde estaba? Ya lo sabrá el lector cuando volvamos á encontrarle.



CAPITULO XIV

Paloma y leona.

Al tener conocimiento de estos hechos el comisario mandó conducir á su presencia al portero del callejón y al negro Melchor. Nada pudo sacar en limpio del primero. Todo lo ignoraba; no sabía cómo había podido aquel hombre á quien buscaba la policía hallarse en el cuarto de una de sus inquilinas. Su hija, que era una mujer muy honrada y que cosía para la calle, nada sabía tampoco. A su juicio aquel bandido se había metido allí por la noche y aprovechándose de la ausencia de la Manuela había intentado robar á la obrera, que no volvería de la fábrica antes de las seis de la tarde. Pero Melchor fue más explícito y aseguró que don Manuel, el portero, era un animal, que no había visto que ese hombre y la Manuela se entendían. Para él que vivían amancebados, no le cabía duda, y que la zambita lo había tenido escondido en su casa. ¿Que en qué se fundaba para creerlo? Pues se fundaba en que la Manuela había reñido con *la señorita* Elvira, que tenía un hijo de ese borracho inde-

cente. El comisario recapacitó breves momentos y sin andarse por las ramas puso en libertad á los dos hombres y mandó á sus agentes que se apoderaran de Manuela y de Elvira apenas llegaran del trabajo. Melchor oyó dar la orden y se lo contó todo á su mujer, la cual se lo dijo en secreto á la chola lavandera y á la planchadora, y éstas, con la mejor intención del mundo, transmitieron la noticia á Gumersinda. Sofía, que estaba temblando mientras la negra buscaba á Federico, se consoló algo al comprender que Angulo se había escapado una vez más, y sin pensarlo mucho declaró á su vieja criada que ella se iba á casa de María Rosa, su amiga; le encargó que cuidara sus cosas, le entregó un billete de veinte soles, recogió el resto del dinero y las alhajas, se vistió con un traje de gro negro bordado de oro viejo, y con sombrero, guantes y abrigo lujosísimos se largó sin acordarse siquiera de besar á su nieto. Gumersinda aprobó la resolución de su patrona, porque no era cosa de que la encontraran en ese cuarto cuando vinieran los de la policía, y después de acostar al chico se envolvió en su manta y como quien va á algún asunto importante se echó á andar en dirección á la fábrica. Pero un individuo de la policía secreta que acababa de estacionarse en la encomendería del chino Afó, que quedaba frente al callejón y que conocía á la negra, por haberla visto en el rancho donde se cometiera el crimen, la siguió recatándose, la vió entrar á la fábrica de camisetas y salir después de diez minutos; y comprendiendo que había ido á dar el soplo, ó sea á poner al tanto de los sucesos á las dos mujeres que había orden de prender, volvió á toda prisa á la comisaría, de donde se envió

un piquete de seis hombres al mando de un inspector, para que, previo el permiso del administrador, se aprehendiera en el acto á Elvira y á Manuela en la fábrica misma.

Eran ya las cuatro y media de la tarde cuando la alemana recibió orden del referido administrador para que hiciera bajar á su despacho á las dos obreras. Estas, que acababan de hablar con Gumersinda, bajaron asustadas y sin saber qué pensar. Sin embargo, de las dos la más abatida era Elvira, que derramaba gruesas lágrimas, tanto por el riesgo que corría el padre de su hijo, cuanto por la vergüenza que iba á pasar yendo á la cárcel. Porque al decirle Gumersinda que se escondiera contestó que no lo haría porque no había cometido ningún delito, y que si la apresaban así lo reconocería la justicia. Manuela, que creyó que aquella era una indirecta, replicó á la negra delante de su rival:

—¡Bueno! ¡Que me lleven! ¡Nada han de sacar de mí!

Con el administrador estaba el agente de policía y afuera esperaban los guardias.

—Las he llamado á ustedes para ajustarles su cuenta—dijo el primero—; han trabajado ustedes cuatro días de la semana, que á razón de doce reales diarios, hacen cuatro ochenta para cada una. Aquí está el dinero y quedan ustedes despedidas, porque no quiero en esta casa gente que tenga asuntos con la policía.

Elvira recogió en silencio la paga. Manuela se irguió y dijo:

—¡Como si no hubiera otro lugar donde buscar trabajo!

—Están ustedes presas—dijo el agente—. Salgan y marchen sin hacerme resistencia ni hablar mucho, si no quieren que las lleve amarradas.

Todavía fué la mulata la que contestó:

—Llevará usted amarrada á su madre. Llévenme usted, que no me resisto, ni creo que *la señora* tenga tales intenciones tampoco.

En la Comisaría al encontrarse ante el comisario, el secretario y dos ó tres inspectores, Elvira, sentada en la silla que le designaron, se había cubierto casi por completo el rostro con la manta y lloraba silenciosamente. Manuela, por el contrario, paseaba las miradas provocativas de sus ojos brillantes y negros sobre los rostros de todos aquellos hombres.

—¿Cuál de ustedes es la que tiene un hijo del llamado Luis Angulo?—preguntó el comisario.

—La señora—se apresuró á contestar Manuela.

—¿La señora? ¿Cómo se llama usted?—agregó dirigiéndose á Elvira.

—Elvira Mercy—contestó en voz baja la joven.

—¿Mercy? ¿Es usted extranjera?

—No, señor, nací en Lima; pero mi padre es francés.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintidós.

—¿Dónde y cómo conoció usted á Angulo?

La pobre mujer, con los ojos inclinados y entre suspiros contó su idilio callejero, parte de sus sufrimientos y su abandono.

—¡Ah! ¿No vive usted ya con él?

—No, señor; hace más de seis meses.

—Y entonces, ¿qué iba á hacer á su cuarto?

—Decía que iba á ver á su hijo.

—¿Cuándo estuvo allí por última vez?

—Hace dos meses.

—Está bien. Vamos á la otra.

Manuela, sin esperar el interrogatorio, se levantó y dijo:

—Yo me llamo Manuela Ruiz y no tengo padre, ni madre, ni perrito que me ladre. Hace tres años que los perdí á los dos y vivo de mi trabajo.

—¿Puede usted explicar qué hacía Luis Angulo en su cuarto de usted?

—¿Qué había de hacer? Es mi marido, vamos al decir; porque aun cuando no nos han echado las bendiciones, él me quiere y yo lo quiero y sanseacabó, que yo no creo que *naide* tenga derecho á meterse en la vida privada de otro.

—Muy bachillera es usted. ¿Ignoraba usted que ese hombre está acusado de haber cometido un horrendo asesinato, y que el mismo día ocasionó la muerte de un viejo soldado?

Manuela no contestó.

—Hable usted si no quiere ir á la cárcel.

—Por mí, mándeme usted donde quiera, pero yo no tengo nada que decir.

—Está bien. A ver, Ordóñez, lleve usted á esta muchacha á Guadalupe, con la nota que voy á firmar. Usted, señora—dijo volviéndose á Elvira—, váyase á su casa y cuide de su hijo, á quien el desalmado de su padre ha roto la cabeza.

—¡Cómo!—exclamó Manuela—. ¿La señora no va á la cárcel? ¿Acaso porque es blanca se le guardan consideraciones. ¡Pues no, y no! ¡Caray! Ella sabía

que su hombre estaba en mi cuarto, sólo que no se atrevía á ir á sacarlo.

—Eso no es cierto—contestó severamente el comisario—. Vamos, venga esa nota. Ordóñez, cumpla usted lo que le he mandado—dijo cerrando el pliego después de firmar y levantándose para marcharse.

Elvira dió tímidamente las gracias al funcionario, é iba á salir también, cuando la zamba, echándose atrás la manta y poniéndose en jarras, se precipitó sobre ella y antes de que nadie pudiera impedirlo le clavó las uñas en el rostro.

—¡Anda! ¡Vete á tu casa, tísica, hipocritonaza!—gritaba—¡vete á tu casa; pero sábete que Luis no volverá nunca donde ti! ¡Porque yo soy de color me mandan presa y á ti te ponen en la calle! ¡Pero de la cárcel se sale y me las has de pagar! ¡Toma! ¡Toma!

Y menudeó los golpes.

Los guardias tuvieron que arrancarle á su víctima y en la lucha le desgarraron la manta y le dieron algunos golpes; porque ella, hecha una verdadera furia, se defendía con los dientes, con los puños y con los pies. Al fin lograron sujetarla, y en tanto que Elvira se dirigía á su casa, se la llevaron á la cárcel atada y en un coche.

La madre de Federico salió como alelada y sin aliento, se bajó más aún la manta y recordando que llevaba el dinero de su jornal, se metió también en un carruaje y se hizo conducir á su casa, donde sólo encontró á su hijo y á Gumersinda, que le estaba poniendo compresas de agua salada en la herida. Todas las vecinas acudieron en tropel para saber lo que había pasado; pero ella se contentó con decirles que ha-

bía sido puesta en libertad porque el comisario no había encontrado motivo para detenerla. ¿Y la Manuela? Gumersinda fué la primera que quiso conocer la suerte de la mulata.

—Ha sido remitida á la cárcel—contestó Elvira—hasta que explique qué hacía ese hombre en su cuarto.

Comenzó entonces una animada discusión. Tan sólo Gumersinda y la hija del portero, *que era una mujer honrada*, tomaron la defensa de Manuela. ¿Qué querían, que la pobre muchacha delatara á un hombre que la había pedido asilo? ¿Y por qué no fué á casa de su mujer, de la madre de su hijo?—replicaban las comadres—. No, la Manuela se había portado muy mal.

La discusión terminó con la intervención del ciego, que era el oráculo de toda aquella gente. Este declaró que las *señoras mujeres* hacían muy mal en quitarles los hombres á otras personas de su sexo y que lo mejor era que cada oveja viviera con su pareja. El negro Melchor fué el primero en aprobar, y como la dueña del cuarto expresara que tenía dolor de cabeza, todos se retiraron comentando los sucesos del día.

Gumersinda pretextó tener que ir á ver á Sofía y apenas se echó afuera, abrió la puerta del cuarto de Manuela, sacó un colchón y frazadas y pidió permiso al portero para llevarle esas prendas á esa pobre muchacha. Negóse al principio el digno descendiente de Huaína Cápac porque la zambita debía dos soles, de alquileres; pero intervino la hija y después de ligera discusión se concedió el permiso, advirtiendo al celador que no era mudanza sino envío del utilísimo mueble á una pobre presa. Compró luego la negra con el dinero que le dejara Sofía un paquete de velas de

esperma de las de á cuatro en libra, fósforos, jamón, ron, azúcar, te, pan y un anafe y se dirigió valerosamente á Guadalupe, donde el alcaide la recibió con mal gesto, diciéndole que la mujer por quien preguntaba no era mujer sino un sargento de caballería con faldas, un energúmeno hembra, una leona, que estaba en aquel momento escandalizando á las demás detenidas con las cosas que decía. Mas previo un obsequio de dos soles que Gumersinda le deslizó en la mano, ofreció entregar todos los objetos llevados á Manuela, la cual, por otra parte, estaba incomunicada.

—Dígale usted que su mama Gumersinda le ha traído todo esto y que vendrá á verla todos los días, y que si necesita algo, lo pida.

—¡Ah! ¿Eres tú madre de esa muchacha?

—Como si lo fuera, porque yo he criado á mis pechos á *su marido*.

—Pues compadezco á ese marido—contestó el alcaide—, porque la hembra esa es capaz de domesticar, no digo á un hombre, hasta á una manada de rinocerontes.

Y satisfecho de su chiste, el alcaide recibió lo que le entregaron y despidió á la negra. Después vigiló personalmente la conducción del bulto y del lío al calabozo de la zamba, la cual pareció humanizarse algo cuando supo que Gumersinda había ido á la cárcel sólo por servirla. Y acordándose de Sofía, dijo al alcaide y á sus subordinados:

—Ya se convencerán ustedes de que no soy ninguna abandonada.



CAPITULO XV

El correo de América.

Tiempo es ya de que atravesemos el mar para ir en busca de uno de los principales personajes de esta historia, á quien hemos perdido de vista, obligados por las circunstancias y por el rápido desarrollo de los acontecimientos que dejamos narrados.

Nos referimos á Enrique Peralta, el cual llegó á París el 30 de Junio y fué á alojarse en el Gran Hotel, donde ya había vivido la primera vez que visitó la bulliciosa capital francesa.

El París de 1867 era ya la gran ciudad que Napoleón III, el duque de Morny y el judío Haussmann transformaron. Centro de la elegancia del buen gusto, de la moda y del lujo, los extranjeros iban allí á gastar dinero y á abreviar la existencia en las noches de *Maville*, del *Moulin Rouge* y del *Chat Noir*.

Luis Napoleón había llegado al apogeo de su grandeza, después de las campañas de Crimea y de Italia. La desgraciada expedición de México había abatido algo su poder, y precisamente al llegar Peralta á la

gran capital, se estaba en ella bajo la penosa impresión del fusilamiento de Maximiliano, efectuado en Querétaro el 19 de Junio de aquel año. Sin embargo, el emperador se proponía recuperar lo perdido en la Exposición Universal que se efectuaría dos meses después, y á la cual habían ofrecido asistir la reina de Inglaterra, el sha de Persia, el rey de Bélgica, el príncipe de Gales y otros grandes personajes. Estaban ya para terminarse los palacios y pabellones y comenzaban á llegar á París millares de extranjeros. Un tercer piso en el Gran Hotel, compuesto de antesala, sala, alcoba y baño, costaba muy caro; pero Peralta era bastante rico para pagarse el gusto de vivir en el hotel de los reyes. Invadido por profunda melancolía, no salió de sus habitaciones durante los primeros quince días. Pasábase las horas sentado junto á una mesa, con el retrato de Adda entre las manos, furioso contra sí mismo, por no poder arrancarla de su pensamiento y de su corazón. Ella había ofrecido escribirle y esperaba con ansiedad la llegada del correo. Ocho días después de su instalación en la gran ciudad recibió, en efecto, cartas de su mujer y de su madre. La de la primera era corta, pero respiraba lealtad y franqueza, pues en ella Adda contaba á su marido que había llevado á cabo su proyecto de recoger á su madre. De manera que cuando Enrique leyó las ocho carillas que le escribía su madre sobre el mismo asunto ya sabía él que su mujer había cumplido con lo que consideraba un deber.

A pesar de que aquel paso de Adda era el sello puesto sobre el rompimiento de dos seres nacidos quizá para comprenderse, Peralta sintió un gran consuelo al

leer la carta de la mujer que así había despedazado su existencia, porque vió en ella únicamente la confirmación de las palabras que la joven profirió en aquella noche inolvidable, que debió ser de ternuras y de amor y que fué de tristezas y de lágrimas.

Al décimoquinto día de su voluntario encierro tuvo que recibir al ministro plenipotenciario del Perú, que acudía á visitarle. El diplomático era antiguo amigo de su familia y no podía decorosamente buscar pretexto para cerrarle su puerta. Además era íntimo suyo y compañero de colegio el joven secretario, que llevaba uno de los más distinguidos apellidos de la sociedad peruana, pero á quien nosotros, para poder hablar de él con entera libertad, llamaremos Arturo Vidal.

Este joven, como tantos otros, debía su nombramiento al favor de que gozaba su padre. Todavía no se había organizado el servicio diplomático en la república, ni dictado las leyes que exigen títulos universitarios para ocupar ciertos puestos, como se ha hecho acertadamente más tarde. Elegante, gastador, engreído con las ejecutorias de sus abuelos y con su gran fortuna, Arturito Vidal era asiduo concurrente á los bailes del *demi-monde,* á los cafés conciertos y á los teatrillos de bulevar. Tres años hacía que estaba en París y no conocía ni la Comedia Francesa, ni el museo del Louvre, ni la Biblioteca. En cambio jamás faltaba á una *premier* en los Bufos, tiraba al florete como un maestro, y antes hubiera cambiado su ilustre apellido que dejar de asistir al Bosque y á Longchamp. Conocía á todas las mujeres galantes por sus sobrenombres, se vestía donde el sastre más caro y servía de obligado cicerone á todos los jóvenes ricos como él,

que llegaban de Sud-América. Había sido presentado en el faubourg Saint-Germain y en casa de la duquesa de la Motte-Villiers, representante de la fidelidad aristocrática á la casa de Borbón, le anunciaban con el título de *Monsieur le Comte*, porque había tenido buen cuidado de hablar de sus pergaminos. Había asistido á dos bailes de las Tullerías con billetes de la legación, y se decía que la emperatriz Eugenia le había llamado *paisano* con encantadora naturalidad, al saber que su abuelo fué uno de los últimos representantes de la nobleza castellana en el Perú.

Conocía á Peralta desde Lima; habían estado juntos en el colegio hasta cumplir los doce años, como hemos dicho. Después, el primero, había partido para educarse en Alemania, y Arturito, cuyos exámenes no satisficieron jamás á sus padres, había salido de las aulas para dedicarse á pasear por las calles principales de Lima, para bailar en los salones y entrar luego, con tiempo y paciencia y empeños en la diplomacia... Como que ese era su sueño dorado!

Notó la tristeza de su antiguo amigo y con la impertinencia propia de su carácter le hizo bromas acerca de ese estado de ánimo, diciéndole que lo comprendía, porque si él estuviera en su caso y hubiera dejado una mujer encantadora al otro lado de los mares, también suspiraría durante algún tiempo. Y declaró que se apoderaba de Enrique, y para comenzar lo llevó aquella noche á Montmartre y lo hizo asistir á dos ó tres de aquellos famosos bailes que eran gloria de los trasnochadores en los últimos años del segundo Imperio. Enrique se dejó conducir y trató de aturdirse. Por consejo de Vidal, que no encontraba *chic* vivir en el Gran

Hotel tomó y arregló un hotelito muy mono en la Avenida de los Campos Elíseos, donde recibió en comidas íntimas á los miembros de la colonia sudamericana de París. Se sentaron á su mesa dos ó tres bulliciosos peruanos, dos colombianos que hablaban siempre en tono de oradores, un ecuatoriano, que admiraba á París porque había observado que la luna era igual á la de Quito; dos bolivianos con caras de llamas cansadas y un chileno que encontraba siempre mejor á Santiago que á la hermosa capital de Francia. Peralta se aburría entre toda aquella gente; pero como se hubiera aburrido más estando solo, acogía á Arturito con cierta deferencia y soportaba á los demás.

El 15 de Agosto, fecha del natalicio del emperador, ó al menos fiesta creada para celebrar ese natalicio, abrió la Exposición Universal sus puertas. Fué aquél el acontecimiento más brillante del reinado de Luis Napoleón, quien se hallaba ya en decadencia como hombre y como gobernante. La emperatriz Eugenia lució en esos días como una de aquellas antiguas reinas, que arrastraban tras de su manto de armiño no sólo á los cortesanos, sino también al pueblo. Bella, rubia, blanca, arrogante, hermosísima la española advenediza, como la llamaban los partidarios de Enrique V, probó en aquellos días que todo se aprende, hasta el papel de emperatriz.

Arturito consiguió á Peralta un billete de entrada para la tribuna del cuerpo diplomático y los dos amigos vieron desfilar por delante de ellos todo ese mundo de magnificencias y esplendores no igualados: Reyes, príncipes reinantes y príncipes herederos, nobles descendientes de los condes y los duques inscritos

por Napoleón en la heráldica con la punta de su espada tinta en sangre; mariscales, generales, damas que eran un sueño, seguían en larga procesión á Napoleón III, á su mujer y á su hijo. Nadie hubiera predicho aquel día que tres años más tarde esa corte no existiría y los amos tan adulados y aclamados se encontrarían en el destierro. La reina de Inglaterra llamaba *hermano mío* al emperador; el rey de los belgas, el príncipe real de Prusia, que andando el tiempo había de ser Federico III, el príncipe de Gales, que hoy reina bajo el nombre de Eduardo VII, le llamaban *señor*. Había cometido el inmenso error de dejar humillar á la casa de Austria en Sadowa el año anterior apenas, y pesaba sobre su conciencia la muerte trágica de Maximiliano de Hapsburgo en el cerro de las Campanas y la locura de la emperatriz Carlota. Pero había conseguido que el padre de ésta formara parte de su séquito en aquella ceremonia, y creía un gran golpe de su diplomacia la presencia de Leopoldo en París. Además acababa de enviar su segunda expedición á Roma y las armas francesas, unidas al ejército pontificio, habían batido á Garibaldi en Mentana.

Terminada la solemne, maravillosa cerercmonia, Enrique y Arturo asistieron á la función de gala de la ópera. La Patti, recién divorciada del marqués de Caux, cantó el *Barbero* y las horas se deslizaron allí rápidamente. Después de la función vino la cena. Peralta había invitado á su casa á sus amigos los sud-americanos y ninguno de ellos faltó á la cita. La mesa se hallaba admirablemente servida, y los jóvenes la rodearon ganosos de restaurar sus fuerzas con los do-

rados pollos, el *paté de foie gras*, el chablis y el champagne.

Enrique, medio atontado con aquella vida vertiginosa, iba acostumbrándose á la frivolidad de sus compañeros, quienes no sabían hablar de otra cosa que de mujeres, teatros, modas, caballos y cigarros. Los lejanos países de América apenas si eran recordados por ellos como se recuerda el cuarto obscuro con que se amenaza á los niños.

Comían casi con voracidad, cuando uno de los colombianos volviéndose al chileno, le dijo:

—¿Y qué le ha parecido á usted la fiesta de hoy?

—¡Oh! Me ha llamado poco la atención. En Chile celebramos el *diez y ocho* con más pompa.

Se refería á la fiesta del 18 de Septiembre, aniversario de la independencia de esa república.

Arturito se sonrió socarronamente; destrozó un pollo como un experto cirujano pudiera destrozar un cadáver y dijo:

—Le falta á usted agregar, amigo, *salvo error ú omisión.*

Iba á replicar el chileno, cuando el ecuatoriano tomó la palabra y dijo gravemente:

—Esto no se puede comparar con la procesión de Viernes Santo de Quito. Eso sí que es grande. No han llegado aquí á la altura en que nosotros nos encontramos.

—Claro—dijo Vidal—, como que están ustedes á cerca de diez mil pies sobre el nivel del mar.

—Nosotros tenemos la procesión del Pelícano, en Quillota, que también es muy buena—dijo el chileno.

—No creo que haya nada comparable á las ferias de La Paz—exclamó gravemente uno de los bolivianos, cara de guanaco cansado, cogiendo la pierna de un pollo con la mano y despojándola de la carne con gran habilidad.

—¡Oh, las ferias!—murmuró uno de los colombianos.— Gutiérrez González, que es un poeta descriptivo muy superior á Delille, las ha pintado admirablemente en su poema de *El maíz*. Se ve en sus versos el paradisíaco valle del Cauca, con sus grandes bosques, sus magníficos valles, sus correntosos ríos, sus altísimas montañas...

—Sí—interrumpió Arturito,

«que parecen arrogantes
á las nubes desafiar...»

ya sabemos todo eso desde que lo dijo Camprodón.

Enrique estaba silencioso y como distraído. Aquella charla insubstancial y estúpida no tenía interés alguno para él. Vidal lo notó y le dijo:

—¿Has tenido malas noticias de Lima?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Como hoy ha llegado el correo!

—¡Oh!—exclamó Enrique levantándose—. ¡Lo había olvidado! Pido á ustedes permiso un instante—añadió—. Vuelvo en el acto.

—Es Romeo que va á leer una apasionada epístola de Julieta—dijo Arturito—. Dejémosle y respetemos ese amor que ya sentiremos todos algún día; señores, una copa de champagne por Romeo y Julieta!

Los tapones del hervoroso vino comenzaban á sal-

tar y el humo aromático de los cigarros á subir en espirales al techo. Uno de los colombianos declamaba:

«¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla,
la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra,
crece en la sombra,
más se marchita con la luz del sol!»

—Deje usted tranquilos á los poetas. Los poetas no sirven para nada—dijo el chileno.

—¿Usted dice eso porque en Chile no hay ninguno?

—¡Ninguno! ¿Y Guillermo Matta? ¿Y Eusebio Lille? ¿Y Guillermo Blest Gana? ¿Y Máximo Lira?

—¡Hombre! ¿Y va usted á comparar á esos versificadores plañideros con Gutiérrez González, con Rafael Pombo, con José Joaquín Ortiz, con José Eusebio Caro, con Rafael Núñez?

—A nosotros, los chilenos, nos tiene sin cuidado que nuestros poetas sean mediocres ó malos. En cambio, no tenemos revoluciones.

—Porque forman ustedes un pueblo en el que mandan cuatro ricos. En Colombia, conocemos los derechos del hombre y del ciudadano y ejercemos la soberanía popular en toda su amplitud.

—Buen provecho les haga, amigo.

La discusión habría tomado un giro agrio, quizá, que donde hay dos sudamericanos hay siempre tres que disputan, como decía con mucha gravedad el Dr. Miguel Ríofrío, diplomático, poeta y educacionista ecua-

toriano, cuando la puerta del comedor se abrió violentamente y Enrique Peralta pálido, trastornado, con la corbata desanudada, arrancado el cuello y el pelo en desorden apareció en el umbral con una carta en la mano. Dió dos ó tres pasos rápidos y haciendo un violento esfuerzo para serenarse:

—Señores—dijo—, permítanme ustedes que les ruegue que esta fiesta íntima termine. Acabo de recibir una espantosa noticia de Lima: mi esposa ha sido asesinada y robada en mi casa del Barranco y á estas horas se encuentra moribunda. Arturo, consígueme mañana un pasaporte, pues parto inmediatamente para el Perú.

Los comensales quedaron consternados y se despidieron del joven con toda la efusión de estómagos llenos y de cerebros más ó menos excitados por los vapores de excelentes vinos.

Cuando Peralta se quedó solo, volvió á leer la carta de su madre, é inclinando la cabeza, logró al fin desahogar el dolor que le mataba en sollozos y en lágrimas, que bañaron el papel fatal.



CAPITULO XVI

El amor que llega.

La convalecencia de Adda era rápida. Quince días habían transcurrido desde que recibiera la feroz herida que la puso entre la vida y la muerte. Asistida prolijamente por doña Francisca y doña Catalina, que se habían instalado en el rancho, era atendida con delicadeza y esmero especiales por Juan Torrente, quien, cuando las dos nobles damas le propusieron llamar en consulta á dos príncipes de la ciencia, contestó con firmeza que preferiría retirarse, porque él respondía de la salvación de la señora de Peralta. Hernández cortó el nudo gordiano abogando por el joven médico, que le inspiraba absoluta confianza. La joven, apenas pudo coordinar sus ideas, preguntó por su madre. Doña Catalina, que se hallaba en aquel instante á su lado, le contestó que el médico había ordenado que la alejaran, para evitarle ciertas impresiones. Calló Adda, pero se propuso interrogar á Torrente. Aprovechóse de un instante en que doña Francisca había ido á misa,

en que doña Catalina descansaba y en que su padre había tomado el tren, para decir al médico:

—¿Es cierto que usted ha alejado á mi madre de esta casa?

—Sí, señora—contestó él en voz baja.

—¿Y por qué?

—Porque era un obstáculo para que el padre de usted y la señora de Peralta vinieran á ella.

—¿Y dónde está?

—En Lima, en casa de una amiga suya.

Leve rubor coloreó la frente de Adda. ¡Una amiga! ¡Bien sabía ella quiénes eran las amigas de su madre! Ese médico era preciso en sus respuestas. Fijóse en él. Juan Torrente tenía facciones regulares, ojos muy negros y muy grandes, frente despejada y un sedoso bigote que le sentaba perfectamente.

—Yo me he dado cuenta ya de lo que ha pasado—dijo ella—, y no quiero que se me oculte la verdad. ¿El hombre que me hirió ha sido tomado preso?

—No, señora; pero se le sigue la pista.

—¡Ah! ¿Se sabe quién es?

—Se supone, al menos.

—¿Y á quién se acusa?

—Está usted demasiado débil para tratar de estas cosas.

—Hágame usted el favor de contestarme. ¿A quién se acusa?

—A un... sobrino de la madre de usted.

—Ya lo suponía yo. Pues bien, hacen mal. Diga usted á mi padre, á mi suegra, á todo el mundo, que eso no es cierto, que yo lo niego, ¿entiende usted?

—Es usted muy noble, señora.

—¿Qué tengo, señora?—dijo él—. Que me estoy muriendo. Que hoy mismo partiré para no ver á usted más. Ya está usted casi buena y mis cuidados no son indispensables aquí.

—¿Pero está usted loco? ¿Qué mosca le ha picado? ¿Acaso mi pregunta es para que se mortifique usted?

—¡Tiene usted razón, señora! ¡Soy un loco! Y es que yo no comprendo al personaje de Lamartine, porque si hubiera encontrado en mi vida una Graziela, le habría entregado la mía para que fuera reina de ella y de mi corazón.

—Vamos, es usted romántico á pesar de ser médico. ¿Cómo quería usted que un noble, un hombre ilustrado, se casara con una pobre pescadora sin cultura?

—Es que no la amaba, señora; si la hubiera amado, habría olvidado todas esas circunstancias.

—¡Exageraciones! Es usted demasiado vehemente. Estoy segura de que el día que usted ame, si encuentra algún tropiezo para unirse á la mujer querida, no tomará usted una resolución descabellada, porque el hombre se debe más que á sus pasiones, á su honor, á la sociedad, á su familia.

Torrente cayó anonadado en la silla y ocultó la frente en las manos. Adda le miró con infinita piedad, y sin saber por qué sintió que aquel hombre hacía palpitar su corazón de un modo muy grato y muy doloroso á la vez.

—Señora—dijo él al cabo de un instante—, soy un insensato. He nacido en una época que no comprendo y que jamás llegará á comprender á los hombres como yo.

Y al decirlo estaba hermoso y su mirada resplandecía.

—Yo creo—continuó—que el amor no es otra cosa que un inmenso sacrificio. ¿Me llama usted romántico? Pues si ser romántico consiste en comprender las grandes pasiones de la historia, pues bien, sí, lo soy. Romeo tomando el veneno al pie de la tumba de Julieta me entusiasma; Marsilla é Isabel muriendo juntos al perder su aspiración de unirse, me arrebatan; René enterrando á Atala y conservando su recuerdo perpetuamente en el alma, me llena de ternura; Werther matándose por el desamor de Carlota, me parece lógico. No es que defienda yo el suicidio; el suicidio en cualquiera otra circunstancia me parece una debilidad, no cobardía, compréndame usted; pero no creo que un hombre deba vivir cuando no vive ó cuando cae del pedestal de su adoración la mujer amada. Amada, ¿entiende usted, Adda?, amada. Dé usted á la palabra la extensión y la fuerza que debe tener. Yo no me refiero al capricho pasajero ó al deseo bestial; me refiero al amor que domina, que subyuga, que funde en su fuego dos corazones igualmente puros, dos cerebros igualmente pensadores. La señorita cursi que toma fósforos porque se aleja de ella el hombre que la engañó, dejándole un hijo en las entrañas, no me inspira compasión. A mí me hacen doblar las rodillas Otelo asesinando por amor, Ofelia muriendo por amor, Heloísa enterrándose en un claustro por amor, Francesca recibiendo en el beso de Paolo su sentencia de muerte. Por eso el héroe de Lamartine que más me entusiasma es Jocelyn.

Calló un momento, miró á Adda, la vió más pálida

que antes, mirándolo como con miedo, con asombro y con ternura, y continuó:

—Yo amo, Adda, yo amo; y amo con tal pasión, con tal fuerza, con vehemencia tal, que me he propuesto morir, porque sé que me será imposible arrastrar la voluntad de la mujer adorada en pos de la mía. Yo no le he dicho á esa mujer que es mi vida y que será mi muerte, porque si ella no lo adivina es que no me ama, y si no me ama es porque no he sabido ni sabré inspirarle una pasión igual á la mía.

Adda escuchaba con toda su alma. ¿Por qué Enrique no le había hablado nunca así? Estuvo tentada de decir á Juan: esa mujer á quien usted ama le comprende; pero se acordó de su madre; se dijo que la mísera cacría, quizá, porque encontró un seductor que le hablara en un lenguaje parecido al que Torrente empleaba en aquel momento; y reaccionando, preguntó con voz breve:

—¿Cuándo parte usted?

—En este instante, señora. Yo haré comprender á la mujer á quien he consagrado mi existencia, sin que ella lo sepa, que si no soy digno de su amor, tampoco lo soy de su desprecio.

Se inclinó dignamente y dió dos pasos para salir. Adda le llamó.

—Torrente...

—¿Qué me quiere usted, señora?

—Continúe usted leyendo.

Inclinó la frente, tomó el libro y obedeció. La lectura fué un cántico. La voz del hombre apasionado supo imprimir encantos nuevos á la harmoniosa prosa de aquel poético romance, en el que el cielo es azul,

azul el mar y azul como el mar y como el cielo el alma de la pescadorcita enamorada.

Hubo un instante en que sus miradas se encontraron. Soltó él el libro y cayó de rodillas inclinando la frente hasta el suelo.

—Levántese usted—dijo ella con dulzura—, pueden entrar.

Al incorporarse el joven completamente trastornado, sus labios tropezaron con una de las manos de ella. Se apoderó con rabia de esa mano y la devoró á besos.

—Las heridas que se hacen en el cuerpo—dijo ella lentamente y con los ojos arrasados de lágrimas—, se curan fácilmente. Las llagas del honor son incurables. Yo no sé si usted ve en mí á la hija de una cortesana y se atreve á tanto porque cree que la ley atávica debe cumplirse; pero sé que ha sabido usted despertar mi alma y que le amo. ¡Hablaba usted de sacrificios! ¿Sería mayor el de su vida que el de mi reputación? ¿Calla usted? Pues bien, yo creía poder amar á mi marido y estaba dispuesta á ser honrada. El me ha abandonado por mentidos respetos á un mundo corrompido; su abandono ha ocasionado mi herida, mi curación por usted y ocasionará mi caída dolorosa, terrible, inevitable...

—¡No!—dijo él—. Usted será honrada siempre, porque la honradez no consiste en ponerse una máscara para cumplir deberes impuestos, sino en confesar la verdad. Me ha dicho usted que me ama y eso me basta. ¿Qué me importa que pertenezca usted legalmente á otro, si su alma es mía?

—¿Por qué me ha salvado usted la vida, Torrente?—preguntó Adda con un sollozo desgarrador.

11

—Porque quiero ser el dueño de esa vida; porque yo no quería morir, y si usted hubiera sucumbido yo me habría atravesado el corazón al lado del féretro en que hubieran encerrado los despojos de usted.

Volvió á arrodillarse. Ella le rodeó el cuello con los brazos enflaquecidos, pero de líneas esculturales, y cuando él alzó la cabeza para mirarla, ella inclinó la suya y sus labios se encontraron.

—¡Ya soy digna hija de Sofía Angulo!—murmuró Adda suspirando. ¡La llaga chorrea pus y sangre!

—No, no—le contestó él besándola de nuevo—no, porque Sofía no se entregó por amor, sino por torpeza, y tú vas á pertenecerme, porque es la hora en que tu alma ha nacido y en que al llegar á ella el amor te ha dado derecho de disponer de tu vida.

La tarde caía; en la estancia inmediata rezaban las hermanas en voz alta; el jardín iba envolviéndose en sombras; la estancia se hallaba casi obscura y el ambiente que en ella se respiraba era tibio, perfumado, voluptuoso, propio para que el amor entonara su eterna trova de ternura y felicidad.



CAPITULO XVII

Doña Francisca.

Corrían rumores de revolución. El general Mariano Ignacio Prado había sido elegido presidente constitucional por el congreso constituyente, en Febrero de 1867, después de un año de dictadura, durante la cual organizó la defensa contra la escuadra de doña Isabel II y dictó leyes liberales que aún subsisten. Se decía públicamente que algunos militares descontentos se proponían derrocar al gobierno y se esperaban pronunciamientos en las provincias de un momento á otro.

Miranda, que era íntimo amigo del presidente, y que en el bombardeo del Callao se había batido como un joven de veinte años, había sido llamado á palacio para ofrecerle la prefectura de Arequepa. Dijo que aceptaría; pero quiso antes dejar casada á su hija Paula, cuya mano le había sido pedida por Gastón Gonzaga. Habló á doña Francisca, que iba todos los días del Barranco á Lima, y ésta, á su vez dijo á Gastón que era necesario adelantar la boda, que se había señalado

para Diciembre de aquel año, efectuándola en seguida. Convino en ello el joven, cuya familia deseaba ansiosamente que se realizara el matrimonio, á fin de arrancarle de la vida un tanto abandonada que hacía entre otros calaveras.

Doña Francisca, que no ignoraba esta última circunstancia, quiso, ante todo, defender á su hija de posteriores disgustos y desengaños, para lo cual se encerró un día con su futuro yerno, quien no las tenía todas consigo en vista de los preparativos solemnes que precedieron á la entrevista.

—He querido hablar con usted, Gastón—dijo ella—, porque deseo que formemos una alianza ofensiva y defensiva contra un enemigo de nuestra futura tranquilidad.

—¿Un enemigo? No comprendo...

—Me refiero al carácter de usted.

—¿Quisiera usted explicarme?...

—Á eso voy. Usted es sumamente débil con sus amigos. Le arrastran á usted con frecuencia á lugares donde gasta usted el dinero y la salud, y donde insensiblemente se adquieren vicios que más tarde se convierten en tiranos.

—Perdone usted, doña Francisca; pero yo no hago sino lo que hacen todos los jóvenes.

—Quiere decir que hace mal como todos ellos. Desgraciadamente yo no soy sino una pobre mujer; pero lo que veo en la sociedad me espanta. No tome usted mis palabras como sermones de vieja cansada de la vida, y créame usted cuando le digo que la juventud no tiene ideales y que el Perú camina á su perdición. ¡Oh! Bien sé que usted puede decirme que el mal viene de

atrás. Cierto, certísimo; pero el que los que vivieron antes hayan sido locos, no es razón para que quienes lo comprendan sigan cometiendo locuras. ¿En qué se ocupan ustedes? En frecuentar las cantinas y las casas de mujeres perdidas, en derrochar plata que no han ganado con el sudor de su frente y en aumentar el número de las desgraciadas, seduciendo á las hijas del pueblo ó á las muchachas tontas de la clase media, que por el inmoderado deseo de vestir de seda y gastar brillantes, aceptan sus mentidas protestas de un amor que no existe. Póngase usted la mano en el corazón y dígame si no es ésta la pura verdad.

Gastón se encontraba sobre espinas. No sabía adónde quería ir á parar la señora y no se atrevía á contestarle. Aparte de que amaba sinceramente á su prometida, esa alianza era ventajosísima para él por las relaciones y la fortuna de Miranda; pues aunque él pertenecía á una buena familia y á su padre no le faltaban cien mil soles y un sueldo de quinientos en la Beneficencia, esos pobres cien mil soles se quedaban pequeñitos al lado de los tres millones del general, de los cuales uno pertenecía á su hija Paula. No estaba profundamente corrompido, por otra parte, como Fernandini, que había hecho de la orgía un sistema de vida y que tiraba el dinero que su madre y su abuelo le daban á manos llenas con más generosidad y ternura que discernimiento. Había hecho buenos estudios en la Universidad y pasaba por un joven ilustrado y de porvenir.

—Para evitar que siga usted, una vez casado, en esta atmósfera, he conseguido para usted el nombramiento de secretario de la legación en Italia. Mucho

me costará separarme de mi hija; pero lo prefiero á tener luego que desempeñar el papel de suegra terrible ó á tener que andar en las lenguas de los desocupados.

—Señora—dijo Gastón con dignidad—, agradezco á usted sus consejos y acepto sus beneficios. He sido hasta ahora un hombre ligero, pero mi alma es sana, créame usted, y comprende todo el peso de los deberes que voy á contraer.

Después de esto se separaron.

El matrimonio fué suntuosísimo. Asistió á él el presidente de la república, acompañado de su esposa, que era una de las damas más inteligentes y hermosas de aquel Perú que estamos exhumando al cabo de cuarenta años y revistiéndole con la envoltura carnal que entonces tenía.

Doña Francisca fué inexorable cuando se le tocó el punto de las invitaciones á los amigos de su yerno, á quienes conoce el lector. Sólo Guerra halló piedad ante el lápiz rojo de la ilustre señora. Fernandidi y Rebolledo fueron tachados sin misericordia.

Cuando los invitados se retiraron y los salones se quedaron silenciosos, Miranda, después de acompañar á su hija y á Gastón al Callao y de embarcarlos en el vapor de la carrera, regresó con su hija Pepita á su casa.

Doña Francisca se entró tras de él á su despacho, y le dijo:

—Tenemos que hablar, Luis.

—¿Qué quiere la vieja?—preguntó afablemente el general.

—Quiero decirte, Luis, que he apresurado el casamiento de mi hija menor y apresuraré el ingreso de

Pepita al convento, porque he decidido que una vez solos nos vayamos á Europa. Allá, donde nadie nos conoce, me recogeré, para pasar mis últimos años en una casa de misericordia.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—Lo que pienso, lo que creo que debe hacerse. Hasta mí han llegado diariamente desde hace algunos meses rumores de escándalo de los que antes no he querido hablarte. Sería ridículo que atribuyeras á celos mi resolución. Ni tu edad ni la mía son á propósito para esas majaderías; pero quiero conservar la estimación de la sociedad en que vivo, quiero que mi marido sea respetado, no sólo por su posición social, sino también por su vida, y hoy se hacen comentarios sobre esa vida. Se dice que á tu edad has sido visto en una casa de mancebía; se asegura que has sido tú quien ha aproximado á Adda de Peralta y á tu antigua querida Sofía Angulo... ¡Oh, no protestes! Remigio ha muerto y quedamos pocos ya del tiempo en que esa mujer faltó á sus deberes por ti; pero los que quedamos lo sabemos; y como yo creo que la herida que se hace en la honra es incurable, y la tuya, que es la mía, ha sido herida por todas estas miserias en una sociedad tan reducida como la nuestra, creo lo mejor para ti, para mí, para todos, desaparecer. Paula, que quedará en el mundo, llevará el apellido de su marido, y todas estas historias se habrán olvidado cuando ella vuelva y nosotros descansemos en la tumba.

—Mira, Pancha—dijo el general—, has venido á sermonearme en el momento más inoportuno de tu vida. Pero estás en un error si te figuras que yo voy á hacer caso de tus escrúpulos exagerados. Tu plan de

retiro absoluto no puede efectuarse. He aceptado el puesto de prefecto de Arequipa y allá nos iremos, á menos que prefieras quedarte en Lima. ¿Que la gente habla? Déjala que hable. A mí me tienen completamente sin cuidado todas esas lenguas de víboras que salen del confesonario á murmurar. Resucitan historias muertas por ocultar mejor sus porquerías vivas. ¿Quiénes hablan? Tu canónigo Rodríguez, un hombre que mantiene tres mujeres y dice misa después de una noche toledana. Tu senador Ortúzar, bestia como uno de los cañones de las esquinas de nuestras calles. Tu amiga Ursula Gómez Sierra, que anda de beata, después de haber sido la querida de Castilla, de Echenique, de San Román y de Pezet. Deja que toda esa gente hable, mujer, y no me vengas con cuentos de la tía Catita. ¿Que Sofía Angulo?... Pero ¡demonios! si yo me metí en el ajo fué porque creí hacer un bien. Tú sabes perfectamente que desde hace veintitantos años yo no pienso en otra cosa que en mi familia. Déjate de tonterías, Pancha, y no vengas á amargarme más el día en que hemos visto salir á nuestra hija de esta casa. ¿Tú sabes si la volveremos á ver, vieja? Estamos más para acostarnos á dormir en el lecho de tierra, que para pensar en viajes. Yo voy á cumplir sesenta y nueve y tú sesenta y uno...

—Luis—dijo tristemente doña Francisca—, siempre tuviste el mismo carácter irreflexivo y la misma lengua maldiciente. Mordiste á los demás y por eso te muerden hoy. ¿A qué aceptar puesto de tanta responsabilidad como la prefectura de Arequipa en estos tiempos de revueltas? No quieres hacer lo que te propongo, bueno, no lo hagas; pero no impedirás que

cierre mi puerta á todas nuestras relaciones en tu ausencia. Nadie ha de extrañarlo, todo el mundo lo creerá natural, ausente Paula y Pepita en el convento.

—Anda, haz lo que te parezca, testaruda, y déjame tranquilo. Dile á Pepa que venga á escribirme algunas cartas. ¡Ah! ¿Sabes cómo sigue la mujer de Peralta? ¿Va mejor?

—Ya está buena, casi. Pero ahora hay algo más grave que todo lo anterior en aquella casa.

—Hombre... ¿más grave?

—No sé qué nombre dar á lo que pasa. Adda se viene á Lima todos los días, y con un pretexto ú otro rehusa la compañía de Catalina ó la de su padre y se hace acompañar por su médico.

—¡Ah! Es eso lo grave? Á mí me parece muy bien. Si le da un patatús es preferible que la vea inmediatamente el médico, y no que su suegra se desmaye, junto con ella ó que su padre empiece á dar vueltas como un palomino atontado.

—No, si no es eso. Es que se viene á Lima con el doctor Torrente, que es un muchacho de muy buena presencia, y ambos toman en la estación un coche y se van al Cercado, á la huerta que Hernández tiene cerca de las Cinco Esquinas.

—¿Lo ves? Ya estás murmurando tú también. Ya formas parte del *gran galeoto*. La religión manda no creer nada malo del prójimo.

—El hecho es que Catalina está muy alarmada y que piensa volverse á su casa, porque eso no le parece decente.

—En todo caso, Paca, á nosotros nada de eso nos

importa. ¿Creen que la pobre muchacha tiene por amante al médico? O es una calumnia ó es cierto. En el primer caso no nos hagamos eco de ella. En el segundo... En el segundo, acuérdate del refrán que dice: «hija de vaca, ternera es».

—Pero es terrible—profirió la severa señora—que por una ó dos familias en las cuales la neurosis toma formas histéricas tan pronunciadas, se hable mal en general de las mujeres y en particular de la mujer limeña. No, las limeñas no somos eso. Las limeñas somos honradas, abnegadas y amantes.

—Estoy de acuerdo en todo contigo, y te aconsejo que no tomes tan á pechos estas miserias. Bastante han revuelto nuestro hogar y nuestra pacífica existencia tales cosas, para que tengamos que rompernos la cabeza por lo que otros hacen... ó no hacen.

Doña Francisca mandó á Pepita al cuarto de su padre, el cual se pasó toda la tarde dictándole cartas políticas.

Respecto de la ilustre dama, se fué á la distribución de Santo Domingo y se estuvo largas horas arrodillada al pie de los altares. Era un alma sencilla, casta, buena, digna; era una limeña, como ella decía, de las que componen la mayoría de las mujeres de esa tierra admirable y querida. Todo su anhelo se cifraba en la felicidad de los suyos y en hacer el bien á los demás. Había amado apasionadamente á Miranda, había logrado hacer de él un excelente padre y un marido caballeresco y bueno; y no podía consentir en que al llegar al límite de la vida, cuando su familia había adquirido una reputación de grandeza sin tacha, las faltas de otros, las llagas incurables de la sociedad,

vinieran á salpicar lodo y sangre en las frentes de sus hijas, en la hoja de servicios del general y en sus manos que sólo se habían abierto para derramar los dones de la caridad.

Confortada con la oración volvió á su casa, donde se encontró á doña Catalina.

—Todo es cierto, Francisca—le dijo ésta llorando—. Esa mujer, digna hija de su madre, arrastra el nombre de mi hijo por el fango...

—¿Pero tienes certeza de lo que dices?...

—Les he seguido, ó más bien les precedí ayer; fuí á la huerta, ordené al negro Mateo, que la guarda, que no dijera que me hallaba allí, so pena de perder su empleo, y cuando llegaron escuché su conversación, sentí sus besos, oculta tras de una puerta como una miserable espía. ¡Qué me importa! Lo hacía por mi hijo á quien deshonran.

Doña Francisca abrazó á su antigua y noble amiga y lloró con ella.



CAPITULO XVII

El despertar.

Juan Torrente y Adda eran felices. Ella se había entregado sin reservas y él la adoraba con pasión. Sus idas á la huerta del Cercado habían sido ideadas por ella. No quiso vivir con su amante en la casa de su marido. El rancho del Barranco pertenecía á Peralta, pero la huerta del Cercado era de su padre, y por consiguiente de ella. Y allá se fueron, y en la paz y el silencio de esos lugares se entregaron á todos los transportes de una pasión mutua, febril, insensata. Ella sólo pensaba en él y él sólo pensaba en ella.

Adda no había querido volver á ver á su madre. Un secreto instinto le decía que la cortesana no era ajena al crimen atroz de su hijo. Le hizo asignar una pensión de doscientos soles mensuales, y la dejó en casa de María Rosa, donde Sofía volvió á ser la vieja Lais de todos los Alcibiades de la ciudad de los Reyes. Ni escribió tampoco á Enrique. ¿Para qué? Lo acusaba de indiferencia por no haber recibido carta suya después de haber sido herida. Tampoco doña Catalina

había recibido carta de su hijo; pero con el tacto de todas las madres atribuía ese silencio á las dos causas que le parecían más lógicas: ó Enrique estaba enfermo ó se hallaba en viaje.

Al principio no notó las asiduidades de Torrente con su nuera. Pero como ya casi buena ésta, el médico no pensaba en retirarse, habló á Adda del asunto. Ella contestó que aún no se sentía bien y que había rogado á Torrente que permaneciera por lo menos un mes más en la quinta. Su padre creyó que debía apoyarla. Era indispensable que Adda se repusiera del todo, para que pudiera resistir un largo viaje. El banquero tenía el proyecto de llevarla á Europa, hacerle recorrer Suiza é Italia, y conducirla luego á París á dejarla con su marido. Pero Adda no quiso oir hablar de viaje. No, en Lima estaba bien; el doctor ordenaba que fuera todos los días á la capital, que diera largos paseos á pie y se prestaba á acompañarla. Ella no quería alejarse de los lugares donde había sido tan feliz en su infancia. Se aplazó la resolución del asunto y comenzaron los viajes de los dos jóvenes á Lima.

Llegaban invariablemente á las dos de la tarde á la huerta. El negro Mateo les abría todas las puertas, preparaba la mesa con los mejores vinos y los manjares más exquisitos y se iba, cerrando luego y dejándolos solos en su paraíso. Allí pasaban el día. Vueltos en sí de su abandono y de sus sueños de amor, sintiendo ya las sombras descender sobre los árboles, salían asidos de las manos y volvían á subir al coche que les esperaba en la ancha calle para conducirlos á la estación. Al llegar al Barranco comían preocupados, en compañía de Hernández y de doña Catalina, y luego

volvían á salir y daban vueltas por el campo hasta las diez de la noche, en tanto que la viuda de Peralta se encerraba en sus habitaciones y Hernández se iba á Lima. Al regresar al rancho, Torrente se despedía ceremoniosamente y se metía á su cuarto. Ernestina ó Lucía desnudaban á su ama y se iban al suyo. Pero como sólo una mampara separaba el dormitorio de Adda de la habitación del médico, á las doce de la noche se abría silenciosamente esa mampara y el amor penetraba en la alcoba, para no huir sino cuando la aurora teñía de oro con sus primeras pinceladas el lienzo azul celeste del firmamento.

A mediados de Septiembre doña Catalina sorprendió las citas de los jóvenes, y sin despedirse ni de Adda ni de Hernández, salió un día del rancho para no volver. Y precisamente algunas horas más tarde recibió carta de su hijo, fechada en París el 16 de Agosto, advirtiéndole que al comenzar Octubre estaría en el Perú. Enrique hablaba con gran ternura de Adda; recomendaba á su madre que la cuidara con esmero y se acusaba de ser causa de la catástrofe por haberla abandonado el día mismo de sus bodas. Doña Catalina mostró esa carta á doña Francisca, la cual fué de opinión que se le enviara á Adda sin más explicación. Hízose así. La joven estaba sola cuando recibió el papel. Torrente había salido á visitar un enfermo que solicitaba sus servicios; Hernández estaba en Lima desde hacía dos días, preocupado con las noticias políticas que habían hecho bajar los fondos. Adda rasgó el sobre al conocer la letra de su suegra, creyendo que le escribiría para explicarle su intempestiva partida; pero al desdoblar la carta y encontrarse con que era

de su marido, se puso pálida. Leyó y el pliego cayó de sus manos. Volvió á leer y no quería dar crédito á sus ojos. ¡Qué horrible despertar! El amo volvía, y volvía enamorado y arrepentido de haber partido. No podía dudarlo. Allí estaba la terrible noticia escrita por la mano fina y aristocrática del noble caballero. Muda y temblando, sin saber qué hacer ni qué decir esperó á Torrente con ansiedad. Pero éste no pareció en toda la tarde. A eso de las ocho de la noche un mensajero le llevó una carta del joven. Su tío estaba gravísimo en Lima y había sido llamado á toda prisa por la esposa del escribano. No sabía cuántos días duraría su ausencia, pero juraba á la muy amada que se aprovecharía de la primera oportunidad para volar á su lado.

Ella leyó atontada aquella carta, la quemó y entró en su alcoba solitaria con la muerte en el alma. Ernestina la notó nerviosa y agitadísima; preparó la poción que para tales casos tenía prescrita el médico y se retiró discretamente.

Adda, reconcentrándose en sí misma, con la luz encendida, como en aquella noche en que la mano de Caín rasgó su seno con el puñal del asesino, apoyada en la mano la mejilla, pasó gran parte de la noche meditabunda y triste como no lo había estado nunca.

Según las líneas que acababa de leer, su marido debía estar en Lima del 4 al 6 de Octubre. Era ya el 20 de Septiembre; de manera, pensaba la joven, que sólo le quedaban catorce días de vida. Porque estaba decidida á morir antes que á perder al hombre á quien amaba, y que atarse al cuello la cadena del deber conyugal, por más que esa cadena fuera de oro y estuviera adornada de brillantes. Así pasó gran parte de la no-

che viendo fantasmas. Ernestina contó á Fernández y éste lo transmitió á doña Catalina, que la había oído sollozar. Los criados no ignoraban nada de lo que sucedía. La camarera había encontrado un día un pañuelo de Torrente en la cama de Adda; otro día recogió de delante de esa cama las zapatillas del doctor y las llevó á la habitación de éste. Las dos veces la vió Adda y no intentó disculparse siquiera. No, ella no descendería al lupanar como su madre; pero amaba á Juan Torrente y le importaba poco que el mundo entero lo supiera. Decidió no esperar en esa casa á su marido, emanciparse, irse á vivir á una de las suyas en Lima, deshacerse de todos aquellos criados en quienes adivinaba á espías de su suegra. Pero ¿qué iba á decir á su padre? ¿A su padre que la amaba tanto, que la hábía criado inculcándole los más santos preceptos del honor? Había caído de repente, sin pensarlo, sin creerlo, hipnotizada, en un instante de debilidad, y después de caer se sentía fuerte para defender su falta contra todo el mundo menos contra su padre, que tan desgraciado había sido.

Al levantarse se miró en uno de los grandes espejos de su alcoba y le pareció haber envejecido veinte años.

A las doce llegó Torrente. Venía abatido y como queriendo ocultar algún sufrimiento á su vez. Tal era su preocupación, que no se fijó en los azules círculos de los ojos de Adda ni en su palidez de mármol. Su tío seguía mal, se moría, la ciencia era impotente para salvarlo; pero no era eso lo peor; había algo que lo tenía deseperado. Se decía que corrían rumores de una sublevación en Arequipa y acababa de recibir el nombramiento de cirujano mayor de la división que debía

partir al mando de Miranda. El no había solicitado ese nombramiento; no tenía protectores en el podér. ¿Quién podía haberlo hecho nombrar? Hubiera renunciado; pero su tío moribundo, que era amigo íntimo del presidente, le había rogado que aceptara y luchaba entre su obediencia al hombre á quien todo lo debía y su amor á Adda. Esta le escuchó hasta el fin sin interrumpirle. Después le dijo:

—Debes partir. Acepta ese nombramiento.

Y no le habló de la carta de doña Catalina. ¿Para qué? El alejamiento de Torrente era la mejor solución. Así, la cólera de Enrique cuando todo lo supiera, caería sobre ella sola. Y así podría morir sin que nadie se lo impidiera.

En efecto, al día siguiente 22, se supo sin explicar cómo, por eso que el vulgo llama correo de las brujas, que había estallado una revolución en Arequipa, proclamando la Constitución de 1860. Aun cuando nunca ha habido lucha de principios en el Perú, puede decirse que el gobierno de Prado representaba al partido liberal y la revolución al partido conservador. El presidente, que ya había tomado Arequipa como oficial subalterno con Castilla, creyó que yendo á la cabeza del ejército le sería fácil volverla á tomar; hizo todos los preparativos para salir á campaña, encargando del mando supremo al vicepresidente general Díez Canseco. Torrente recibió orden de incorporarse á su división y de partir para el Sur. Adda adivinó que el nombramiento había sido solicitado por doña Catalina, y que doña Francisca no era ajena á él.

La despedida de los dos amantes fué tristísima. Cambiaron en silencio un beso en el que confundieron

sus delirios y sus sueños desvanecidos, y se separaron sin poder hablar.

*
* *

El 6 de Octubre llegó Enrique Peralta al Callao. Su madre había ido á esperarle al muelle. Doña Catalina era una mujer valiente; pero tembló cuando su hijo después de abrazarla efusivamente y de besar sus canas, le preguntó por Adda, con visible ansiedad.

—Es necesario, Enrique mío—le contestó la anciana—, que antes de contestarte me prometas tener valor.

—¿Qué?... ¿Hay alguna desgracia?—exclamó él poniéndose densamente pálido.

—Inmensa, irreparable, hijo mío...

—¿Ha muerto, pues?—gritó él deteniéndose en plena calle y haciendo volver el rostro á dos ó tres personas...

—Pluguiera á Dios que hubiera muerto... Pero cálmate, te lo pido, y espera que lleguemos á casa para saberlo todo.

Obedeció él; más apenas se instaló en el saloncito donde su madre pasaba el día cosiendo ó leyendo, no pudo contenerse y exclamó:

—¿Por qué has dicho que era preferible que Adda hubiera muerto?

—Porque no es digna de ti, porque te engaña, porque la llaga que abrió su madre en la honra de su casa, después de producir sangre, la sangre de su raptor derramada por Hernández, vierte pus al cabo de veinticuatro años.

—¡Madre!... ¡Me estás engañando!... ¡Madre!... ¡No te creo!... ¡Cállate!...

—¡Esas llagas son incurables, pobre hijo de mi alma! ¡Oh, castígame con tu desamor, porque yo fuí la culpable, yo que hice ese matrimonio insensato, en el que nunca debí pensar.

—Dime qué ha pasado. Ya lo ves, estoy tranquilo.

—¿No lo adivinas, pues? ¿Quieres que te arroje al rostro tu vergüenza? Esa mujer te engaña miserablemente con otro hombre.

—¿Con quién?...

Doña Catalina titubeó al oir esta pregunta.

—No lo conozco—dijo al cabo de un segundo de vacilación.

—¿Cómo lo sabes? Porque para acusarla es que debes estar segura de su delito.

—Lo sé porque la he visto en brazos de ese hombre.

—¿Dónde?

—En la huerta que Hernández posee en el Cercado.

—Está bien. Adda sigue viviendo en el Barranco, ¿verdad?

—¡No! Vive en su casa de San Marcelo.

—Madre mía, tú me conoces—dijo él con calma terrible—. Voy á salir. No me detengas, porque sería inútil.

—Eso era lo que yo temía: tu dolor y tu cólera.

—¡Sí, un gran dolor! ¡Me has desgarrado el corazón! Pero cólera no; no la merece. ¡Adiós!

—Adiós—contestó doña Catalina—. Ya ves que no te detengo; pero cualquiera que sea la resolución que tomes, recuerda siempre que yo vivo aún y que el mal que pueda sobrevenirte me matará. Vete, cumple con

sus delirios y sus sueños desvanecidos, y se separaron sin poder hablar.

*
* *

El 6 de Octubre llegó Enrique Peralta al Callao. Su madre había ido á esperarle al muelle. Doña Catalina era una mujer valiente; pero tembló cuando su hijo después de abrazarla efusivamente y de besar sus canas, le preguntó por Adda, con visible ansiedad.

—Es necesario, Enrique mío—le contestó la anciana—, que antes de contestarte me prometas tener valor.

—¿Qué?... ¿Hay alguna desgracia?—exclamó él poniéndose densamente pálido.

—Inmensa, irreparable, hijo mío...

—¿Ha muerto, pues?—gritó él deteniéndose en plena calle y haciendo volver el rostro á dos ó tres personas...

—Pluguiera á Dios que hubiera muerto... Pero cálmate, te lo pido, y espera que lleguemos á casa para saberlo todo.

Obedeció él; más apenas se instaló en el saloncito donde su madre pasaba el día cosiendo ó leyendo, no pudo contenerse y exclamó:

—¿Por qué has dicho que era preferible que Adda hubiera muerto?

—Porque no es digna de ti, porque te engaña, porque la llaga que abrió su madre en la honra de su casa, después de producir sangre, la sangre de su raptor derramada por Hernández, vierte pus al cabo de veinticuatro años.

—¡Madre!... ¡Me estás engañando!... ¡Madre!... ¡No te creo!... ¡Cállate!...

—¡Esas llagas son incurables, pobre hijo de mi alma! ¡Oh, castígame con tu desamor, porque yo fuí la culpable, yo que hice ese matrimonio insensato, en el que nunca debí pensar.

—Dime qué ha pasado. Ya lo ves, estoy tranquilo.

—¿No lo adivinas, pues? ¿Quieres que te arroje al rostro tu vergüenza? Esa mujer te engaña miserablemente con otro hombre.

—¿Con quién?...

Doña Catalina titubeó al oir esta pregunta.

—No lo conozco—dijo al cabo de un segundo de vacilación.

—¿Cómo lo sabes? Porque para acusarla es que debes estar segura de su delito.

—Lo sé porque la he visto en brazos de ese hombre.

—¿Dónde?

—En la huerta que Hernández posee en el Cercado.

—Está bien. Adda sigue viviendo en el Barranco, ¿verdad?

—¡No! Vive en su casa de San Marcelo.

—Madre mía, tú me conoces—dijo él con calma terrible—. Voy á salir. No me detengas, porque sería inútil.

—Eso era lo que yo temía: tu dolor y tu cólera.

—¡Sí, un gran dolor! ¡Me has desgarrado el corazón! Pero cólera no; no la merece. ¡Adiós!

—Adiós—contestó doña Catalina—. Ya ves que no te detengo; pero cualquiera que sea la resolución que tomes, recuerda siempre que yo vivo aún y que el mal que pueda sobrevenirte me matará. Vete, cumple con

tu deber de hombre honrado, sin olvidar que eres caballero.

***

Peralta salió y se dirigió rápidamente á casa de su mujer.

Adda, que había tomado la resolución de no esperarle viva, se dijo después:

—¡No! Es preferible que él me mate. Le debo esa reparación suprema.

Y lo esperaba.

Sabía que había llegado y que se había dirigido á casa de su madre. Contaba los minutos y se decía:

—Estará aquí antes de media hora.

Se vistió de blanco, soltó sus cabellos que le cubrían las corvas, y se sentó en un diván en su alcoba.

Cuando vió abrirse la puerta de la habitación y vió entrar á Enrique, no hizo ni un movimiento, no pronunció ni una palabra. Esperó el golpe mortal. El se detuvo al verla y sintió que todo su rencor se desvanecía. Iba con los labios llenos de reproches y ahora sentía palpitar en ellos los besos, todos los besos que no había dado á esa mujer que era su vida. Su honor le gritaba: ¡Mátala! Su amor le gritaba: ¡Perdónala! Pensó en su madre, pensó en el ridículo, pensó en la traición y llevó la mano al bolsillo en que tenía el revólver; pero no lo sacó. El brazo cayó inerme; se acercó aún más y murmuró:

—¡Adda!... y su voz era dulce como un arrullo.

Ella le miró atónita.

—Tome usted mi vida, Enrique—dijo—, le pertenece.

—Sí, me pertenece, es verdad... Venía á arrancártela... ¡pero te amo!

—Es usted un cobarde—contestó ella fríamente.

—No sólo tú lo dirás; lo dirá mi madre, lo dirá mi padre en su sepulcro, lo dirá el mundo, lo dirá tu amante; pero te amo, ¿entiendes? Soy tu marido y no sé nada, nada quiero saber. ¿Eres culpable? Bueno; pero yo lo ignoro, yo quiero ignorarlo; yo quiero que seas mía!

Y lanzándose sobre la hermosa mujer la estrechó en sus brazos con la fuerza con que un león derriba á su hembra en el momento del celo.

Ella luchó; pero al sentirse vencida, al recibir sus furiosas caricias, cerró los ojos y le arrojó al rostro este grito:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!



CAPÍTULO XIX

Buena presa.

Luis Angulo al huir fué á parar al cuarto de un antiguo compañero suyo de desórdenes, llamado Lorenzo Díaz, que vivía en la calle del Aromito. Era ese hombre un ratero y un ebrio, á quien la policía vigilaba constantemente. Había adulado extraordinariamente á Angulo en los días en que éste gastaba alegre y generosamente el dinero que debía á la largueza de Adda y á la ternura de Sofía, y el asesino lo creía su mejor amigo.

Lorenzo habitaba en un cuarto interior de una casa de vecindad, que fué más tarde Comisaría, para volver á ser nuevamente asilo de familias míseras. Aquel día no había salido porque la noche anterior había sido fecunda; tres relojes, un portamonedas y una pieza de casimir esperaban bajo el colchón del ratero el momento de ir á poder de un prestamista de los muchos que amparan esos robos y viven en connivencia con los ladrones.

Hasta él habían llegado los rumores que acusaban

á Luis del doble crimen del Barranco y se alegró de que aquel que humillaba á los demás con la insolencia propia del que nada necesita, cayera de lo alto de su orgullo y *de su posición*. Porque Lorenzo envidiaba profundamente á Luis. El era mucho más inteligente, mucho más activo, *trabajaba* como una mula de carga, exponiéndose á recibir un golpe ó un balazo sin ver el fruto de sus afanes y de su industria. ¡Eran tan egoístas, tan pícaros los encubridores! ¡Por un reloj de oro de valor de s/200, ofrecían s/20, y eso, después de regatear dos horas! ¡Por uno de plata, s/ 4,! ¡Era el colmo! Y ese tarambana de Angulo tenía siempre billetes hasta de cien soles y hablaba de millones! ¡Canalla! En cierta ocasión le pidió él ¡Lorenzo Díaz! un sol, y el muy necio, por humillarlo, sin duda, le regaló s/ 20. Eso no se lo perdonaría jamás. La policía buscaba á Luis como un perro cazador á la liebre que se mete en la espesura del monte. La última vez que Lorenzo estuvo detenido en la intendencia, acusado de haberse llevado un medidor de gas, cosa que no pudieron probarle, el intendente les había dicho á él y á otro *caballero* de su calaña llamado por mal nombre *el Ñato*, que si alguno lo ponía sobre la pista del asesino, contara con un puesto de policía secreta. ¡Policía secreta! Era la aspiración de Lorenzo. Si él lograba llegar á ocupar un destino semejante, se reiría de su suerte! Podían hacerse tan buenos negocios bajo el amparo de la placa de cobre y la tarjeta! Pero, nada... Parecía que la tierra se había tragado al hijo de Sofía.

A este punto llegaba el ratero en sus reflexiones, cuando oyó tocar á la puerta de un modo particular. Se estremeció y aplicó el oído: ese modo de llamar era

una contraseña convenida con dos ó tres íntimos. Echó una ojeada á su alrededor, para ver si habría algo que pudiera denunciar el *gato* que tenía oculto, y satisfecho de su examen, abrió la puerta. Pero retrocedió lanzando una exclamación de sorpresa. Ante él, pálido y agitado por la carrera, se hallaba el asesino del Barranco, el cual se entró en el cuarto y cerró inmediatamente.

—¡Me persiguen!—dijo respirando con fuerza.— ¡Ocúltame!

—Entra, hombre, entra; no tengas cuidado. ¿Alguien te ha visto llegar?

—¡Nadie!

—Mejor... ¿Y de dónde sales ahora? Hace un siglo que no se te ve...

—No te hagas el cangrejo. Bien sabes tú, como lo sabe todo Lima, que me acusan...

—¡Ah! ¡sí! ¡Ahora recuerdo! El asunto del Barranco!... ¿Pero es verdad que tú?...

—Es claro... El viejo se me insolentó y le pegué. ¿Qué culpa tengo yo de que no pudiera aguantar un garrotazo?

—¿Y aquella señorona?...

—Yo no quería hacerle daño. Iba tan sólo por unos cuantos billetes que tenía en su cómoda...

—¿Cuánto?—preguntó ansiosamente Lorenzo.

Angulo le miró socarronamente.

—¡Una miseria!—contestó—. Ciento veinte soles... Pero se despertó, me miró, iba á llamar, á armar un escándalo y yo... yo...

E hizo el ademán de un hombre que da una puñalada.

—Cualquiera en mi lugar habría hecho otro tanto. Conque... vamos á ver... ¿dónde me ocultas? Te daré cincuenta soles... Ya ves... de ciento veinte!... He dado cosa de sesenta á la Manuela... Pero tengo protectores poderosos... y la misma Adda... la herida, estoy seguro de que no me denunciará. He sabido que ha dicho que no había reconocido al que la hirió...

—Bueno, hombre, bueno... Quédate... No es por el dinero... No creas... Entre amigos...

—Cuando el juicio termine y yo pueda salir, ya verás cómo consigo plata, mucha plata... ¡y entonces!...

—Ojalá. Yo deseo el bien de mis amigos. ¿Quieres una copa? Tengo aquí un puro de Ica, legítimo... Son unas botellas que llevaban en una carreta no sé adónde. El carretero se detuvo en la calle de Melchomalo y entró á echar su corte... Yo me aproveché y pude sacarle seis... Mira! Todavía tengo cuatro.

—Sirve—contestó Luis, que como se recordará acababa de beberse una en el cuarto de su querida.

Lorenzo le llenó un vaso grande y luego otro y después un tercero. El borracho se los bebía febrilmente, sin notar que el ratero no tomaba.

Al acabar el tercer vaso Luis Angulo rodó de la silla al suelo, se agitó durante algunos segundos y luego se quedó inmóvil. Un ronquido probó á Díaz que su amigo estaba dormido. Entonces con mucha calma separó el catre en que descansaba de sus faenas, levantó una tabla del piso, sirviéndose como palanca del mango de un viejo cucharón, depositó allí los robos de la noche, volvió á dejar caer la tabla, arrimó el catre á la pared y calándose un viejo jipijapa de color indefinible, salió silbando una habanera de la *Pata de Cabra*,

entonces muy en moda. Aseguró la puerta con un fuerte candado y como un rentista del Estado que va á sus negocios, se dirigió aceleradamente á la intendencia de policía, donde con gran énfasis pidió que le introdujeran á presencia del coronel Pérez. Conocido como era por todos los empleados, éstos comenzaron burlándose de él, pero terminaron por oirle, cuando les dijo que venía á decir al intendente dónde podría aprehender á Luis Angulo.

—¡Pobre de ti si has mentido!—le dijo el ayudante del jefe, entrando á llevar á éste tan estupenda noticia.

—Pasa—exclamó á los pocos minutos abriendo la puerta.

Díaz entró con cierto desembarazo que le era peculiar y se quedó plantado ante el intendente, el cual le reconoció en el acto.

—Ah! Eres tú, tunante? ¿De dónde vienes? ¿Dices que me traes noticias de la pieza de casimir que desapareció anoche de la tienda de Larco Hermanos en el portal?

La cara de Lorenzo expresó tal asombro y tan inocente indiferencia, que el coronel Pérez murmuró:

—No ha sido éste...

Como si leyera en su pensamiento, Lorenzo se apresuró á decir:

—No, señor; no he sido yo... Es otro asunto...

—Sí, me han dicho que pretendes saber dónde se encuentra el asesino del Barranco...

—Lo sé, efectivamente.

—Bueno; dime el lugar...

—Primero recordaré á V. S. que V. S. ofreció una plaza de agente al que...

—Sí, lo recuerdo. ¡Pero, hombre, hacerte agente á ti! Si eres más conocido que la ruda. ¿Qué dirían los demás empleados?

—Dirían que V. S. tiene palabra y nada más.

—Bien, bien. Ya veremos. Habla...

—Perdone V. S., pero...

—¿Dudas de mi palabra?

—¡Dios me libre, señor! ¡Yo no dudo! Pero como quiero retirarme á la vida privada, desearía una promesa formal de V. S.

Lo de la vida privada hizo sonreir al intendente.

—Serás de la policía secreta—dijo—. Te lo prometo, si gracias á ti nos apoderamos de ese pícaro.

—Eso me basta. Puede V. S. enviar dos hombres y un coche conmigo.

—¿Dos hombres? Me parecen pocos.

—Bastará con uno que tenga pulso para cargar conmigo ciento vienticinco libras.

—No te comprendo.

—En este momento, señor, el llamado Angulo, ese asesino infame, duerme, borracho como una cuba.

—¿Parece que le quieres mal?

—Uno puede verse obligado á cometer errores, señor; pero... la verdad, mi conciencia no me acusa de ningún crimen.

—Lleva á los hombres que escojas. Toma el coche en la plaza y vuelve por tu nombramiento, trayéndome al pájaro.

Díaz, con aire importante, salió del despacho subprefectural, designó á dos guardias, como un general que va á un reconocimiento, y partió con ellos.

El cochero, creyéndolo de la secreta, al verlo acom-

pañado por dos policías armados, no opuso dificultad y arreó sus pencos, después de recibir las señas que le dió el ratero en voz alta.

—Aromito, número 1.

Los vecinos de la casa, al ver á los guardias, conociendo como conocían á Díaz, se figuraron que lo llevaban preso. Algunos se encerraron en sus cuartos, por prudencia, pues la vista de un guardián del orden los ponía nerviosos. Otros, y sobre todo las mujeres, salieron á husmear lo que pasaba. Los granujas estaban en mayoría.

Lorenzo abrió el candado y penetró á su cuarto, seguido de los celadores. Luis dormía como un justo, sin sospechar lo que sucedía.

Cargaron los guardias con él y lo llevaron hasta el coche, donde lo arrojaron como un fardo sobre el asiento de atrás, no sin atarle antes los brazos por precaución. Partió el carruaje y todas las comadres del barrio se quedaron haciendo los más diversos comentarios sobre lo ocurrido.



Al día siguiente podían leerse en los diarios sueltos como éste:

«Buena presa.—La policía ha logrado un triunfo, con el apresamiento de Luis Angulo, acusado de homicidio en la persona de Remigio Perales, asistente del señor general D. Luis Miranda. Se tienen vehementes sospechas de que el mismo individuo pueda ser el criminal que robó y atentó contra la vida de la interesante señora doña Adda Hernández de Peralta, sal-

vada de la muerte gracias á los conocimientos del joven facultativo D. Juan Torrente, nombrado hace poco cirujano mayor de la primera división que partió para el Sur.

«La captura de Angulo se debe á la sagacidad y valor del activo agente de la policía secreta, D. Lorenzo Díaz.»

Hay que advertir que apenas ocho días antes los mismos periódicos habían dicho:

«Ha ingresado á la intendencia por la quincuagésima vez, el conocido ratero Lorenzo Díaz.»

Cuando Adda supo la captura de su hermano, Peralta no había llegado todavía. Inmediatamente escribió al intendente una carta, diciéndole que ella no acusaba á nadie y que creía que Angulo era inocente al menos de uno de los delitos que se le atribuían.

Manuela, sacada de la cárcel para ser careada con Luis, afirmó, con gran desfachatez, que *su marido* había pasado la noche con ella el día en que se había cometido el crimen del Barranco. Y naturalmente, Angulo, que no era lerdo, declaró lo mismo. Pero el coronel Pérez contestó que ya el juez esclarecería el asunto, y que, entretanto, él enviaba á su preso á Guadalupe (1), por la muerte de Remigio Perales.

Luis no estaba abatido. Juró delante de todos los guardias y del alcaide que el día que saliera de la cárcel se comería crudo á Lorenzo y escribió á su madre esta carta, modelo de ternura filial y de cinismo:

«*Intendencia de policía, Lima, 28 de Septiembre de 1867.—Señora Sofía Angulo.—Mi querida tía: Ya*

(1) Ya sabe el lector que tal es el nombre de la cárcel de Lima.

sabrás que gracias á una traición de un canalla estoy preso. Espero que me saques de aquí. Para algo han de servirte las relaciones con los hombres con quienes has vivido. Si sabes hacer las cosas y no eres una bruta, no podrán negarte lo que les pidas. Mándame cigarros, cama y ropa. Dile á Gumersinda que me haga llevar almuerzo y comida del Hotel Morán. Cuando salga Manuela, haz que viva contigo.—LUIS.»

El *Hotel Morán* de que hablaba el criminal era el *Morin's Hotel*, situado en el local donde hoy existe el Jardín Estrasburgo. En aquella época era el mejor Hotel de Lima.

Sofía, al recibir esa carta lloró desconsoladamente; pero Gumersinda le habló al oído y la cortesana dió un salto de gozo y dijo:

—Tienes razón. Ella me ayudará por miedo al escándalo.

Y montando en un coche de plaza, se hizo conducir á casa de doña Francisca Portobello de Miranda.



CAPÍTULO XX

Sofía, madre.

Doña Francisca había decidido no recibir á nadie desde que Miranda partió al mando de la división de las tres armas que confió el Gobierno á su reconocida pericia militar. Pasábase el día leyendo libros piadosos con Pepita, que era una morena arrogante, bellísima, con más aspecto de *écuyère* de circo que de monja. Nadie se explicaba la determinación de la joven de meterse á un convento. Hasta hacía cuatro años Pepita era asidua concurrente á los bailes, al teatro, á los paseos. De repente se metió en su casa y nadie volvió á verla en ninguna parte. Pretextó que quería servir á su padre de secretario, y poco á poco fué inculcando en el ánimo del general y de doña Francisca la idea de que quería entrar en las Nazarenas ó á la Concepción. El general tuvo un día de mal humor, que hizo á Remigio jurar como un carretero. Doña Francisca creyó de buena fe en la vocación de su hija. Tan sólo Paula sabía á qué atenerse. No ignoraba que su hermana amaba al cojo Rebolledo, el cual, dicha sea la

verdad, aparte de su defecto físico que no le impedía bailar como un trompo, era un mozo muy inteligente, medio poeta, medio pintor, medio músico; valiente, decidor, gracioso, buen amigo. Desgraciadamentre los escándalos de su vida era públicos, y Pepita comprendió que sus padres jamás consentirían en casarla con él. En un baile del Club habló seriamente al joven. Le echó en cara sus calaveradas, sus prodigalidades, su olvido de todás las conveniencias. El ofreció la enmienda; pero aquella misma madrugada, al retirarse de la reunión, fué llevado á la Comisaría por haber maltratado á dos guardias y haber arrebatado las mantas á tres ó cuatro beatas, que acudían á la primera misa. Doña Francisca habló pestes de él en el almuerzo y dijo que la mujer que con semejante hombre se casara, sería muy desgraciada.

Pepita, que era una muchacha muy seria y muy digna, no volvió á pensar en quien hacía tan poco caso de sus promesas.

Desde entonces vino á ser la favorita de doña Francisca. Se vistió hábito del Carmen y asistió á todas las distribuciones y fiestas religiosas.

Cuando su hermana se casó y su padre partió á la campaña, la casa quedó más triste aún que antes. Doña Francisca, abrumada por los pesares que le ocasionaron los últimos acontecimientos, pareció experimentar mayor ternura por su hija mayor.

Hallábanse, el día de que hemos tratado en el capítulo anterior, leyendo el *Año Cristiano*, cuando les anunciaron que una señora muy elegante quería hablar á la dueña de la casa. ¿Quién era? No había dicho su nombre. Esperaba en el salón.

Doña Francisca se echó encima un abrigo y salió á recibir á quien así, á pesar de que se le había dicho que la señora no recibía, había insistido en verla, casi colérica, según decía el mayordomo.

El salón, con las cortinas de las grandes ventanas corridas, se hallaba casi en la penumbra. Ya lo conocemos, porque en él recibió el general Miranda á Adda de Peralta. En él, muy tiesa bajo su sombrero de plumas de faisán, muy ancha, con una crinolina exageradísima y muy hueca con quirotecas negras que dejaban descubiertos los dedos llenos de sortijas, estaba Sofía Angulo. Hacía veinte años lo menos que doña Francisca no la veía y sin embargo la reconoció en el acto. Hizo un movimiento casi de espanto, que terminó con un gesto de resignación y deteniéndose junto al piano, preguntó con voz severa y temblorosa:

—¿Qué quiere usted de mí, señora?

—¿No me conoces, Francisca?—preguntó la cortesana.

—No la conozco á usted.

—Soy Sofía Angulo, tu compañera de colegio.

—Esa de quien habla usted no existe hace mucho tiempo, ni para mí ni para ninguna persona que se estime.

—Tienes razón, Francisca—contestó Sofía—, tienes razón. Vengo dispuesta á sufrir todas las humillaciones, á oir todas las palabras duras que quieras dirigirme, porque vengo á pedirte la vida de mi hijo.

—¡De su hijo!... ¿Qué hijo es ese?... El que usted tuvo de su matrimonio con Hernández murió...

—Te hablo de mi hijo Luis... Pasaba por sobrino

mío; pero ya no oculto que es mi hijo... ¡Es tan desgraciado!...

—¡Cómo! Es hijo de usted el hombre que mató á Remigio é hirió... á... su otra hija?

—Fué en su defensa, Francisca... Fué en su defensa que alzó el palo contra el asistente de tu marido... Respecto del que hirió á Adda...

—¿Va usted á negar que fuera él? ¡El! ¡Su hermano! ¡Qué horror!

—Pues bien, no lo niego—dijo Sofía poniéndose en pie...— Pero, ¿por qué culparle á él solo de su crimen? ¿Por qué culpar al hijo del delito de haberse criado sin freno y sin dirección? ¿Por qué no culpar también al padre que lo engendró por placer y lo abandonó por miedo?

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? Bien debía usted comprender que á quien menos podía usted recurrir era á mí...

—Es que tú conoces á su padre; es que tú no querrás que se diga que un hijo del general don Luis Miranda, es un ladrón y un asesino.

Doña Francisca retrocedió dando un grito y fué á caer sobre un sofá, medio desvanecida y sollozando. Sofía se precipitó á sus pies y juntó las manos.

—Escarnéceme, insúltame, hazme arrojar con tus criados—dijo—, pero sálvale. No me queda nadie en el mundo sino él. No quiero disculparme; pero si he sido mala, ha sido porque él no careciera de nada.

—¡Hijo de Miranda!—murmuró la noble señora—¡Hijo de Miranda! ¡Ah!...

—Sí, su hijo, te lo juro... He sido tan infeliz que yo misma lo dudaba; pero he tenido que rendirme

á la evidencia, y tu marido se ha rendido también...

—¡Oh!—dijo doña Francisca—. Levántese usted, señora, levantese usted. ¿De qué sirve pasar una vida de honorabilidad, de virtud, de recogimiento, si al cabo de ella casi, ha de venir el lodo de la calle á salpicarnos la frente?

—Perdóname; tú eres buena; tú siempre fuiste la más buena de todas nosotras... Perdóname por Jesús Sacramentado y sálvale; sálvame á mi hijo y te bendeciré toda la vida.

—¿Y qué puedo hacer yo?—balbuceó la esposa de Miranda—. Si necesita usted dinero para que huya, se lo daré...

—¿Huir? ¿Se puede acaso huir de una cárcel de altas paredes, llena de rejas y cerrojos y donde hay cien guardianes?

—¡Cómo!... ¿Está preso?...

—Lo tomaron ayer; un miserable lo denunció. Tú puedes influir con los jueces para que no lo condenen.

—Señora—dijo doña Francisca—, el sacrificio que me pide usted es superior á mis fuerzas; pero lo haré por el buen nombre de mis hijas y de mi marido.

—¿Lo salvarás?

—Haré cuanto humanamente me sea posible.

—¡Oh!—gritó Sofía cayendo nuevamente de rodillas—, eres una santa... ¿Cómo te pagaré yo tanta bondad, tanta grandeza?

Doña Francisca hizo un esfuerzo supremo y contestó:

—Lo que voy á hacer no es ni por usted ni por él; pero si efectivamente siente usted lo que dice,

sólo quiero que á cambio de mi intervención me jure usted por la vida de ese hijo, que dejará usted de arrastrar por los lupanares el nombre de su marido, que se arrepentirá usted sinceramente de sus pecados y que pasará usted el resto de sus días en el recogimiento y la soledad...

—¿Y cómo quieres que viva? ¿Sé yo acaso trabajar?

—Sé que su hija le pasa una pensión suficiente para una persona sola...

—Pero él... cuando salga de la cárcel, ¿cómo vivirá?

—Ni Hernández ni Adda le reclamarán los veinte mil soles causa de su crimen abominable. Que se vaya con ellos al Ecuador, á Chile ó á Bolivia, que los emplee bien y que se regenere por medio del trabajo.

Sofía inclinó la cabeza.

—No te ocultaré—dijo gimiendo—que ese muchacho tiene malos instintos y ha adquirido el vicio de la bebida. Bueno y sano no habría hecho lo que hizo. Yo sí te prometo que haré lo que quieras... Pero de él no respondo...

—¿Es, pues, un monstruo sin entrañas?

—¡Ay!—dijo Sofía—¡es un hijo sin padre!....

Y con su verbosidad de cortesana contó en un instante la infancia indisciplinada y la juventud borrascosa de aquel hijo á quien adoraba... Nada ocultó, ni que Luis tenía un hijo, ni que la madre de ese niño era una buena criatura, ni que vivía, á su vez, en el abandono y en la miseria.

Doña Francisca nada concreto le prometió; pero le ofreció que haría cuanto fuera posible, por evitar que se condenara á la muerte afrentosa en un patíbulo ó á presidio al hijo de su marido.

—La religión me manda perdonar, y yo perdono—dijo noblemente—; pero ha de ser á cambio de la redención de los culpados. Yo hablaré con ese joven...

—¡Tú!

Ese *¡tú!* de Sofía valía por un discurso lleno de elocuencia. Ese *tú* quería decir: ¿Cómo, la noble, la respetada dama será capaz de ir á la cárcel á ver á un hombre acusado de robo y asesinato? ¿La mujer se humillará hasta el extremo de dirigir palabras misericordiosas al hijo de su marido y de la que había faltado á todos los deberes que imponen las leyes escritas y las leyes morales, para echarlo al mundo en el lecho del adulterio?

—Yo—contestó doña Francisca—. Nuestro Señor padeció mucho más por nosotros. Deme usted las señas de la muchacha que vive con el hijo de Miranda.

Sofía dió esas señas temblando.

—Ahora—dijo doña Francisca—váyase usted y hágame saber el lugar de su retiro, si es cierto que está usted dispuesta á arrepentirse y á cambiar de vida.

—Por mi hijo—contestó Sofía—estoy dispuesta á todo, y la prueba de que no he mentido, es que aquí mismo destrozo estas galas que denuncian á la mujer perdida.

Y se arrancó el sombrero y arrojó los guantes con furia pisoteándolos después.

—Hágame usted dar la manta de una de sus criadas, señora—dijo, dejando de tutear á su antigua amiga—y crea usted que lo que no hubiera alcanzado nadie de Sofía Angulo jamás, ni en veinte años de continuos reproches, lo ha alcanzado usted en un momento de dulzura y de grandeza.

No parecía la misma. La distinción de la dama de buena sociedad, perdida en las mancebías, resucitaba en ella.

La esposa de Miranda la miró con cierto asombro y sin decir ni una sola palabra entró á su dormitorio y volvió con una sencilla manta de cachemira de su uso.

—Tome usted—dijo—y que la guíe á usted Dios por el camino del bien.

—Señora—contestó Sofía—, déjeme usted besar su mano ó no creeré que me ha perdonado.

Entonces doña Francisca inclinó la cabeza, cerró los ojos y abrazó á Sofía, diciéndole:

—Jamás he olvidado que tú y Catalina Páez fueron las amigas á quienes más quise en el colegio.

Los sollozos ahogaron á Sofía Angulo.

—¡Sálvale!—gritó—, y yo iré á besar los pies de Hernández y aceptaré el castigo que quiera imponerme.

—Cúmpleme lo que me has ofrecido y fía en la misericordia divina.

La cortesana arrepentida se fué y doña Francisca volvió á sus habitaciones con el pecho henchido de suspiros y más abatida aún después de lo que acababa de saber.

—¿Quién te buscaba, mamá?—le preguntó Pepita.

—¡Una desgraciada!—contestó ella—. Ven, Pepa, vamos á rezar para que Dios dé fuerzas á dos madres, para cumplir inmensos sacrificios.



Sofía volvió á su casa y dijo á Gumersinda:

—Ve á la cárcel y di á mi hijo que está salvado.

Agrégale que irá á verle una señora, á la que debe tratar con el mayor respeto. Y cuidado con llevarle ocultamente de beber; si lo haces y yo lo sé, no volveré á verte en tu vida.

Esa misma tarde se despidió Sofía de María Rosa, á la que regaló todos su trajes; vendió sus alhajas y remitió el importe á doña Francisca, para que lo distribuyera entre los pobres; se vistió de negro, tomó una casita retirada en la Alameda de los Descalzos, la amuebló con lo indispensable y se fué á vivir á ella con Gumersinda.

Allí la encontraremos más tarde.

Gumersinda cumplió su comisión y llevó á Angulo á Guadalupe cigarros, fósforos y velas. Cuando él le pidió pisco, la negra, mostrando sus dientes blancos como el marfil, le contestó:

—Pronto podrás tomar todo el que quieras.



CAPÍTULO XXI

Guerra civil.

La república ardía como un volcán en erupción. En Arequipa, en Chiclayo, en Piura, se había dado el grito revolucionario, proclamando al coronel D. José Balta.

Prado salió de Lima sobre la primera de esas ciudades, dejando encargado de la presidencia, como ya dijimos, al general D. Pedro Díez Canseco.

En Arequipa se había formado un ejército y organizado una seria resistencia. Miranda fué de opinión que se levantaran trincheras y reductos y se pusiera sitio en regla á la ciudad, centro principal del movimiento; pero prevaleció la opinión de dar el asalto.

Este se dió en efecto, y fué de desastrosos resultados para el gobierno. Los batallones se estrellaron contra las fortificaciones de la ciudad y contra sus altas murallas, y tuvieron que retroceder en desorden. Miranda, que mandaba la división atacante y que había rejuvenecido veinte años, desde que se encontraba á caballo, reorganizó á la tropa y volvió con ella al combate. Pero su valor fué inútil, porque el triunfo se de-

claró por segunda vez en favor de los revolucionarios. Al ver el general huir á sus soldados, lanzó su caballo en medio de ellos, increpándolos, insultándolos, queriendo forzarlos á volver al sitio del peligro y del deber. Mas el pánico se había apoderado de la tropa y todos los esfuerzos del valiente jefe chocaron con el terror de aquellos hombres diezmados por la metralla. Negro de pólvora, con la espada desnuda, ronco á fuerza de gritar, Miranda comprendió que la jornada estaba perdida, y se retiraba ya, por consejo de sus ayudantes, cuando un casco de metralla que estalló á pocos pasos, le alcanzó en medio del pecho y le derribó del caballo. Juan Torrente, que acudía con la ambulancia á recoger los heridos, vió caer al viejo veterano y voló á su lado; y allí, en medio del estallido de las bombas, del humo, de los clamores y del estruendo espantoso, se inclinó sobre él y rasgó con experta mano el uniforme para examinar la herida. Pero no tuvo necesidad de hacerlo porque el general acababa de expirar. Levantábase pálido y conmovido el joven médico cuando una bala le alcanzó también en medio de la frente y cayó sobre Miranda abriendo los brazos y lanzando un juramento.

Recogieron los ayudantes los dos cuerpos y la espada de su general y llegaron al campamento del gobierno trastornados y llenos de desesperación. El general Prado se sintió traspasado de dolor cuando vió el cadáver de su amigo de todos los tiempos. Había sido subalterno de Miranda y al mismo tiempo que le quería le respetaba. Ordenó que se embalsamara tanto el cuerpo del general como el del cirujano mayor de la división, para que fueran trasladados á Lima, adonde partía él también, decidido á renunciar el poder y á deste-

rrarse, para evitar la prolongación de la guerra civil, como lo hizo efectivamente, con rara generosidad.

***

Las noticias del desastre de Arequipa llegaron á Lima en pocos días y cayeron como una bomba en un depósito de pólvora.

Peralta, que desde su regreso vivía en casa de su mujer, odiado por ésta, que se había visto forzada á obedecer; Peralta, que se despreciaba á sí mismo por no haber tenido energía suficiente para matar á la adúltera y que no había podido arrancar ni á ésta ni á su madre el nombre del autor de su deshonra; Peralta, que se levantaba todos los días con el propósito de huir ó de volarse los sesos, y que al ver á Adda fría como una estatua de mármol en el lecho testigo de sus desprecios y de su insensibilidad, sentía impulsos de ahogarla, como ahogó Otelo á Desdémona; Peralta, que sufría como un condenado y que necesitaba aturdirse, comenzó por tomar á pechos el castigo de Luis Angulo, y concluyó por comprometerse con los revolucionarios. Por ellos supo lo sucedido en Arequipa antes que nadie, pues como era natural, el gobierno ocultó en los primeros momentos la noticia de su desastre. Doña Catalina también supo lo acaecido por Hernández, pues su hijo parecía huir de ellay la veía rara vez. El banquero, que ignoraba por completo la falta de su hija, y que estaba contentísimo desde el regreso de Peralta, comía una tarde sí y otra no con Adda y Enrique. Este se esforzaba por parecer amable, y ella fingía delante de él estar contenta y tranquila.

La tarde del día en que se supo con certeza en la capital la derrota del presidente, llegó Hernández preocupadísimo á casa de su hija. Como era natural la conversación recayó en la mesa sobre los asuntos políticos, y el banquero, con la mayor sencillez, expresó su sentimiento por la muerte de Miranda y de Torrente.

Adda se llevaba á los labios una copa de jerez cuando su padre dijo:

—A todos nos alcanza esta desgracia, hija mía, porque entre los muertos hay personas á quienes debíamos afecto y gratitud.

—Miranda ha muerto como un valiente—dijo Enrique.

—¿Ha muerto el general?—exclamó Adda—. ¡Oh, pobre Pepita! ¡pobre Paula! ¡pobre doña Francisca!...

—También nosotros estamos de pésame—prosiguió Hernández.

—Desde luego—dijo Enrique—. El general era un buen amigo: yo lo estimaba. Siempre tan campechano, tan...

—No, no se trata de él, aunque á decir verdad lo he sentido mucho. Era viejo amigo mío.

—¿Pues de quién se trata, papá?

—De ese pobre muchacho de tanto porvenir, del hombre que te sacó de las garras de la muerte: del doctor Torrente.

—¡Ah! ¡sí! dijo Peralta—. Está en la lista de los muertos. Dicen que recibió un balazo en la cabeza.

Blanca como el mantel en que apoyaba la mano, Adda perdió la noción de las cosas. Le pareció que todo

giraba en torno suyo, que todo se obscurecía, que recibía un golpe de maza en el cerebro. Después no sintió más.

Cuando volvió en sí, se halló acostada en su lecho. Su padre se paseaba agitado en la habitación y Peralta estaba sentado en una silla al lado de la cama. Ella alcanzó á oir estas palabras dichas por Hernández:

—¡Oh! ¡Es natural su emoción! ¡Torrente la asistió con el cariño de un hermano!

¿Era, pues, cierto? ¿No había sido una pesadilla? ¿Juan había muerto y ella vivía? Lanzó un grito ronco, se incorporó y mesándose los cabellos como una loca, quiso arrojarse del lecho. Su marido la contuvo. Ella le miró con expresión terrible.

—Vamos, hija mía—dijo Hernández—, es preciso tomar las cosas con más filosofía. Es una gran desgracia y debemos sentirla; pero nuestro pesar no ha de resucitar al hombre á quien tanto debíamos.

Cayó ella sollozando sobre la cama. Enrique nada decía. Ese dolor le parecía una revelación. ¡Ah! ¡Una bala había vengado su honra, pero no había sido disparada por su mano!

Pasados algunos momentos su suegro se retiró ofreciendo volver á las diez de la anoche, antes de retirarse á su casa.

Apenas se extinguió el ruido de los pasos del anciano, Peralta se lanzó hacia la cama, sacudió por un brazo á su mujer y le dijo en voz baja, con los dientes apretados:

—¿Era él?

—¡Sí, era él!—contestó ella con las mejillas bañadas en llanto—. ¡Era él! Le amé vivo y le amaré muerto. Má-

tame, pues, miserable, mátame... ¡Soy la viuda de Juan Torrente y te odio!

Lanzó él un rugido capaz de espantar á un león. Agarró con sus crispadas manos sus hermosos cabellos y retrocedió hasta ir á caer sobre un sofá. Allí permaneció inmóvil, mientras ella se levantaba bella y trágica, y acercándose casi hasta tocarle, le decía:

—¡Ah! ¿Te figuras que he de seguir siendo algo así como tu esclava? ¡No! Yo quiero mi liberad para poder llorar desesperada y sola, ó quiero que cumplas con tu deber y me arranques esta vida que aborrezco. ¡Cómo! ¿Así se abandona á una mujer, así se le deja expuesta á todas las amarguras, á todos los peligros? Así se le dice: ó eres mala hija ó eres mala esposa; y luego, cuando por culpa ajena esa mujer abandonada ha caído, se le obliga á satisfacer los deseos del amo? ¡No, mil veces no! Ya lo sabes, te odio. Cuando me estrechas en tus brazos, cuando quemas mis labios con los tuyos, cierro los ojos y pienso en él. Hoy que no existe no volverás á gozarte en mi martirio. ¡Es tanta tu bajeza y tu cobardía, que te desprecio!

Peralta dió un salto, la tomó por el cuello, la arrojó sobre el sofá en que acababa de estar sentado y la abofeteó.

—No te mataré—dijo—. Te condeno á vivir. Hija de una mujer perdida, tenías que sacar los instintos de tu madre. ¡Quédate y adiós! Tu cómplice ha muerto y estoy vengado. ¡Bendita sea la mano que disparó la bala que hizo de él un cadáver!...

Y la escupió y huyó como un insensato. Al llegar á la puerta del salón oyó la voz de Adda que le gritaba:

—¡Canalla! ¡Rufián! ¡Indecente!...

Quiso volver; pero se encogió de hombros, bajó la escalera y se fué á casa de su madre.

—Es necesario que vendamos todas nuestras propiedades por lo que nos den, madre mía—dijo—, y que vayamos á morir lejos, muy lejos de aquí. Este suelo me quema los pies.

Doña Catalina nada quiso preguntarle.

—Haré lo que quieras—le contestó.



Adda se vistió de negro, mandó enganchar y salió casi acabando su marido de abandonar la casa. El cochero, que había recibido de antemano órdenes, dirigió el carruaje á casa de D. Jorge Artidi, tío de Torrente, que convalecía de un ataque terrible que como dijimos le había tenido con un pie en el sepulcro. Salvó gracias á los asiduos cuidados que se le prodigaron; pero quedó paralítico para el resto de sus días. Su esposa doña Carmen y su hija Angela, abatidas por el estado del anciano y la partida de Juan, hacían una vida sumamente retraída.

La llegada á las ocho de la noche de una dama que bajaba de un coche particular, las sorprendió en extremo. La recibieron en su salita, adornada con muebles antiguos, pero del mejor gusto.

—Señora—dijo Adda tendiendo la enguantada mano á doña Carmen—, yo soy Adda Hernández de Peralta, que debe la vida al doctor Juan Torrente.

Ellas habían oído hablar mucho á Juan de la joven dama. Angela, que era una muchacha bellísima, que había cumplido ya veintiún años, miró con cierta cu-

riosidad á la mujer de quien tanto se había hablado en todas partes en los últimos meses.

—Bien venida sea usted á esta casa, señora—contestó la esposa del escribano—. ¿A qué debo el honor de su visita?...

El color de los trajes de las dos mujeres y la falta de crespones en la sala, hicieron comprender á Adda que ignoraban aún la muerte de Torrente.

—Debe usted lo que llama un honor y es simplemente una obligación—dijo ella—á una gran desgracia.

Angela, aun cuando no amaba á su primo sino con el afecto tranquilo de una hermana, adivinó en el acto de lo que se trataba.

—¿Juan?...—dijo con ansiedad.

—¡Ha muerto en el asalto de Arequipa!—contestó Adda con sorda voz—, y yo vengo á pedir á ustedes un inmenso servicio.

—¡Muerto Juan! ¡Oh! ¡Qué desgracia! Dios de misericordia!...—exclamó doña Carmen—. Pero, por piedad, señora, baje usted la voz. Que no la oiga mi pobre Jorge.

Angela no habló porque estaba llorando. En aquel instante se agolpaban á su mente los recuerdos de la infancia pasada en compañía del único pariente á quien había tratado con intimidad, y le parecía ver á Juan cuando iba á visitarlas vestido con la sotana del seminarista. Después de algunos años, su primo, como hemos dicho, fué á vivir con ellos. El escribano dijo á su hija que estaba destinada á casarse con su sobrino, y ella le consideraba ya como su esposo. La noticia de su muerte, llevada así por una desconocida, había sido una puñalada para su corazón.

La mujer de Peralta esperó un instante que cesara la explosión de aquel dolor, no por mudo menos grande, y luego dijo:

—Yo... estimaba mucho á Torrente... Más que mi médico había llegado á ser mi amigo, y desearía que me permitieran ustedes pagarle mi deuda de gratitud y cariño consintiéndome correr con los gastos del entierro y erigirle un mausoleo.

Doña Carmen hizo un movimiento negativo. Angela intervino:

—Lo primero no creo que lo consentirá el gobierno,—dijo—. Cuanto á lo segundo, señora, lo aceptamos y agradecemos.

—Gracias, señorita. El cadáver llegará á lo sumo dentro de ocho días. ¿En qué iglesia piensan ustedes que se hará el funeral?

—¡Oh! En la Merced—contestó doña Carmen. Es la costumbre.

—Era cuanto deseaba saber. Cuenten ustedes con una amiga sincera y permítanme venir á verlas alguna vez. Mi casa—añadió—, que es también de ustedes, está situada en la calle de San Marcelo, número 350.

Se despidió y se fué.

La pobre doña Carmen opinó que se ocultara á don Jorge aquella muerte desastrosa. Angela aprobó la resolución de su madre y ambas convinieron en no vestir de negro en la casa, para que el escribano no lo notara.

Adda regresó á la suya menos afectada. La escena con su marido había calmado sus nervios en vez de irritarlos.

—¡Al menos no vendrá hoy ya!—se dijo.

Cuando su padre, antes de meterse en su casa, fué á verla á las diez de la noche, la encontró sola.

—¿Y Enrique?—preguntó el banquero.

—Salió...

—Pero volverá pronto sin duda. Es un buen marido el tuyo, Adda. Te ama con toda su alma. No sé cuál ha sufrido hoy más al verte enferma, si él ó yo.

La joven suspiró y no contestó.

Su padre la besó en la frente y se fué yá tranquilizado por completo.

Cuando ella se quedó sola se sentó en el mismo sofá donde había sido golpeada por Peralta, después de apagar todas las luces, y allí permaneció desesperada y doliente toda la noche, con el pensamiento lejos, muy lejos, al lado del ataúd que encerraba los restos del hombre amado con pasión. Durante esa noche terrible tomó una resolución.

Al día siguiente, muy temprano, escribió á Peralta un papel concebido en estos términos:

«*Si quiere usted evitar el escándalo, los comentarios de la gente y el dolor de su madre y de mi padre, vuelva usted.*—ADDA.»

El le contestó inmediatamente:

«*Mi madre lo sabe todo. A su padre explíquele usted, si puede, lo sucedido. El mundo me tiene sin cuidado. No la he matado á usted porque la amo.*»

Leyó ella el papel y murmuró:

—Si me ama debe estar sufriendo tanto como estoy sufriendo yo.

Pasó frente á un espejo y vió en su mejilla la amoratada huella que dejara la mano de Enrique.

—Hizo bien—dijo—. A las mujeres perdidas debe tratárseles así. ¡Ahora le creo más digno!

En seguida pensó en su madre. No había oído hablar de ella hacía muchos días. ¡Pobre mujer! Había sido muy culpable; ¡pero qué terrible castigo el suyo con la suerte que cabía á sus hijos!



Prado y los restos de su ejército llegaron á Lima en los últimos días de Octubre. El presidente renunció y partió para Chile.

Los funerales de Miranda fueron suntuosísimos.

Los de Torrente, más modestos, atrajeron, sin embargo, gran concurrencia. El joven había sido muy querido por todos sus condiscípulos y tenía numerosos amigos.

En la enlutada iglesia, tres mujeres vestidas de negro asistieron á la ceremonia con los corazones desgarrados por el dolor: doña Carmen, Angela y Adda. Se hicieron honores militares al cadáver, que fué acompañado hasta el cementerio por crecido número de personas.

Después que el cortejo salió de la mansión de los muertos, una mujer cubierta con un manto negro, se arrodilló junto á la tumba recién abierta y oró con fervor... A corta distancia, oculto tras el mausoleo del mariscal San Román, un hombre con los ojos hundidos,

el rostro lívido y vestido también de negro, contemplaba aquel cuadro mordiendo el pañuelo y lanzando rayos en vez de miradas sobre la solitaria plañidera, que permaneció en aquel sombrío lugar durante largas horas, como olvidada del tiempo y de la vida.

Cuando salió, ya el hombre había desaparecido. Ella gratificó espléndidamente al conserje y le ordenó que colocara todos los días sobre la sepultura de Torrente un ramo de violetas y pensamientos.

—Tome usted—le dijo—, entregándole una onza de oro. Cuando se le acabe á usted el dinero, pídame más, pues yo vendré todos los días á este sitio.



CAPITULO XXII

Día de difuntos.

Si el paseo á Amancáes, del cual procuramos dar una idea en uno de los primeros capítulos de este libro, era verdaderamente original, la peregrinación al cementerio general de Lima, que es uno de los más bellos del Continente, peregrinación que se efectuaba en el día en que la iglesia conmemora á los difuntos, era, hasta hace pocos años, algo que desdecía de la piedad de las almas y del recogimiento que debe reinar en el recinto de la muerte y del descanso eterno.

Desde la víspera se colocaban mesitas en todo el trayecto, casi desde Santa Clara; mesitas inmundas en su mayoría, que llegaban hasta una de las puertas posteriores del cementerio y que formaban semicírculo frente á la puerta principal, en las que se vendían, como en Amancáes ó como en la plaza de toros, butifarras, huevos duros, patatas con ají, camarones, anticuchos, choncholí, cau-cau, maní tostado, chicha de jora, de garbanzos, morada, etc., etc., y desde luego el pisco, que alegraba más de lo conveniente á los

fieles. Más parecía aquélla una fiesta profana que un día de duelo.

Fuentes, recordando á los clérigos animeros, que hacían su agosto en aquellos lugares, *echando* responsos desde las seis de la mañana, decía:

«Como no falta nunca algo de ridículo y de risible aun en los lugares más solemnes, lo que causa risa al mismo tiempo que cierto desagrado, por el abuso que se comete en los actos religiosos, es la multitud de clérigos y monigotes *canchadores*, que se encuentran en ese día (1.° de Noviembre) en el panteón, para decir responsos por el alma de los difuntos, haciéndose unos á otros la competencia que se pueden hacer dos vendedores de fósforos. Si el uno ofrece los responsos á real, otro los reza á medio ó á tres por un real. Los indios é indias, que creen sacar del purgatorio las almas de sus parientes á favor de muchos responsos, son los que tienen en activo movimiento las mandíbulas y lenguas de los *canchadores*. Cierto es que siguiendo el principio de *como va la paga va la obra*, reducen sus responsos á esta fórmula: *Ne recorderis peccata Mea... uhu... uhu... in pace. Amén.*»

Hoy no existen los clérigos animeros. La civilización los ha desterrado de aquellos sitios, donde comerciaban con el dolor, que es lo más santo, y con la fe, que es lo más respetable.

Una multitud abigarrada se desbordaba en las espaciosas y floridas calles, llenas de mausoleos, de aquel hermoso cementerio. En esa aglomeración inmensa de personas de todas las clases sociales, había quienes iban á cumplir el sagrado deber de visitar las tumbas y de adornarlas con flores y coronas; pero la mayor

parte de los concurrentes eran arrastrados por la curiosidad

Ni era extraño que se dieran allí citas amorosas, llevando la profanación al extremo de que los amantes se besaran al lado de las sepulturas.

El solemne *memento* de la iglesia era lo que menos recordaban aquellas gentes que buscan las ocasiones para divertirse hasta en los lugares donde la vida ha penetrado en la región de lo desconocido.

Enrique Peralta había ido el 2 de Noviembre á visitar la tumba de su padre. Estaba desconocido. Su andar era lento, su mirada extraviada. Llegó ante esa tumba querida y se arrimó al mármol, meditabundo y silencioso, y tan frío como la piedra en que apoyaba la frente.

La muchedumbre pasaba frente á él y á su alrededor, sin que él se fijara en nada ni en nadie. ¡Meditaba!

La grandeza de la muerte, la paz del sepulcro, lo ignorado de la eternidad llenaban su corazón y su mente de sombras sin forma ni color, de ensueños y de fantasmas.

¡Cuánto silencio, cuánta paz, cuánta tristeza había en las calles habitadas por los muertos, que nos han precedido en el viaje de esa sombría Eternidad!

Una madre sollozaba de hinojos frente al nicho en que dormía el sueño de la fosa el hijo á quien dió la vida, á quien alimentó con su sangre. Ella adivinó sus pensamientos; ella secó con sus besos purísimos sus primeras lágrimas. Ella, encarnación sublime de todos los amores y de todas las penas; ella, imagen de la divinidad sobre la tierra, allí estaba...

Un hijo adornaba más allá un nicho con una modesta corona de siemprevivas. Su madre, convertida en polvo, estaba detrás de esa lápida. Ya sus ojos no le miraban con la pasión y la ternura que para él tenían. Ya sus labios no le besaban ni le daban consejos sabios en las luchas de la existencia. ¡Ya no se encontraba á su lado, en el hogar, nido vacío, para cobijarle con las alas de su santo amor!...

¡Hijos sin madre, huérfanos infelices, arrodilláos ante esas sepulturas!... Y si sentís que el aura leda pasa como un soplo por vuestras frentes, murmurando algo como una plegaria, creed que son vuestras madres las que al oir vuestros sollozos ó al recibir las flores de vuestro filial recuerdo, descienden á pagaros con un beso ese recuerdo grato para el Hacedor Supremo y que os engrandece á los ojos de los hombres!...

¡Más allá descansa el padre... el padre!... Apoyo de nuestra infancia, guía de nuestra juventud, defensor de nuestra debilidad; el padre, que nos formó con su trabajo y que nos dió su nombre; el padre á quien causamos, ¡ingratos! pesares que la edad no nos permitió valorizar, y en cuya cabeza bendita hicimos brotar tal vez las primeras canas... Allí está... En ese nicho estrecho y obscuro... dormido en el seno de la madre tierra... Al sentirnos pasar—hijos amantes—su mano se levanta todavía para bendecirnos... Inclinémonos y lloremos...

«Porque las lágrimas son,
si el rostro de un hombre esmaltan,
gostas de sangre que saltan
del fondo del corazón»,

como dijo el poeta.

Y ahora, vosotros, padres desdichados, venid, venid á visitar la última cuna de vuestros hijos. No es vuestra esposa la que allí los arrulla... Es una pálida nodriza de ojos sin luz, de boca sin labios, de manos huesosas... Es la muerte... Nacieron... La nieve de las montañas, la rosa de los campos primaverales se unieron para formar ese conjunto de gracia delicada, de dulzura incomparable que se llama un niño... Le besásteis, le abrigásteis, le cuidásteis, velásteis su sueño, estuvísteis inquietos cuando le vísteis gemir, como pía un polluelo en el nido... ¡Y cuántos sueños y cuántas esperanzas y trabajos trajo ese niño al hogar, pobre, quizá, donde vosotros ¡oh padres desventurados! dejásteis de cubrir vuestra desnudez, para arropar al angelito de vuestro amor!... ¡Y de pronto, ó el crup traidor, serpiente que se enrosca en la garganta y ahoga á ese Laocoonte sin mancha; ó la fiebre que enloquece ese cerebro que aún no sabe pensar; ó el hielo que desgarra esos pequeños pulmones, llegan á vuestra casa, penetran misteriosamente hasta la cuna y os arrebatan al niño en largas horas de insomnio y desesperación ó en un violento minuto de inenarrable dolor!...

¡Cuánto frío se siente en el hogar de donde vuela uno de esos querubines, que convierten en cielo la más mísera vivienda y que hacen bueno al hombre de más duro corazón!...

¡Y allí está!... Os separa de él un muro de piedra. ¡Y no podéis cuidarle y mecerle en vuestros brazos y besar su boquita y peinar sus cabellos y cerrar sus ojos y extasiaros con sus gracias! ¡Allí está! ¡Perdido para siempre! ¡Ahogado entre las ondas del mar inmenso de la muerte!

¡Llorad, padres sin ventura, llorad por vuestros hijos!...

Y venid vosotros, amantes desolados, venid, si el olvido, gusano que se anticipa á los de la tumba, no ha roído el cadáver del recuerdo en el funerario nicho de vuestros corazones!

Enrique Gil, un dulce y melancólico poeta, dijo un día cantando á la muerte:

«Quizá al pasar la virgen de estos valles,
enamorada y rica en juventud,
por las sombrías y desiertas calles
do yacerá escondido mi atáud;
irá á arrancar la humilde violeta
y la pondré en mi tumba con dolor,
y llorando dirá:—Pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor!»

Entremos, lectores, entremos en el templo de la muerte en el triste día de los difuntos. Entremos y humillemos las frentes en la arena que pisemos; limpiemos esas lápidas empañadas por el rocío del cielo y por el rocío del alma; oremos arrodillados al pie de esas tumbas queridas...

Pero que nuestra oración sea algo así como un grito del alma; que no tenga palabras convencionales, para que se dirija alada como un genio mitológico y rauda como la chispa eléctrica, hasta lo más recóndito de lo desconocido, hasta lo infinito, donde se oculta Dios!

***

Enrique Peralta, filósofo escéptico, vencido por el

amor, había comenzado á creer en la inmortalidad el día en que empezó á ser desgraciado. Por eso estaba allí, por eso meditaba, interrogando á la muda escultura que representaba al padre, á quien no había conocido, y golpeando el suelo con el pie, como llamando al que dormía bajo la tierra. Una hora haría que se encontraba en ese sitio, sin oir el zumbido de colmena de la multitud, sin ver á nadie, aunque miraba pasar y repasar las olas humanas en torno suyo, cuando una mujer vestida severamente de negro y cubierta con un largo velo, que pasó á su lado sin alzar los ojos del suelo, atrajo su atención.

¡Era Adda! Sí, era Adda. No podía dudarlo, porque su alma entera había volado tras ella.

Era Adda, sí; Adda, que llevaba una artística corona de pensamientos y violetas para depositarla en la tumba de Juan Torrente. Peralta la siguió lentamente, pero sin perderla de vista. Llegó ella á esa sepultura abierta hacía tan corto tiempo; pero ya otra mujer la había precedido; ya había otra corona sobre la losa provisional, donde en grandes letras negras había el escultor grabado el nombre del valeroso é infortunado joven. ¿Quién era esa mujer? Adda sintió inmensa cólera y despecho cuando la vió. Ella, al oir los pasos, que se aproximaban primero y se detenían después, se volvió. Era Angela Artidi.

La mirada de Adda revelaba tan claramente su pensamiento, que la prima de Torrente comprendió lo que hasta entonces no había comprendido: que la elegante dama había amado al hombre que debió ser su marido y á quien ella pensaba guardar casta fidelidad

Adda fué cruel.

—¿Es usted?—dijo arrodillándose al lado de la joven.

—Mi madre no ha podido venir por no dejar solo á mi padre—contestó Angela;—pero yo no quise que pasara este día sin que Juan recibiera la corona de *nuestro* cariño.

Ese *nuestro* revelaba toda la fuerza de los castos sentimientos de aquella niña.

—Yo le he traído también la de mi amor—contestó Adda con audacia—, porque Torrente me amó con locura y yo me considero su viuda....

Quedósela mirando Angela un instante, y aunque muy buena, aunque no sentía celos de amante, su dignidad ofendida le dictó esta respuesta

—¡Cómo, señora! ¿No es usted casada?

—Escuche usted, niña—dijo Adda—y no olvide lo que voy á decirle: juro sobre esa tumba que el único hombre á quien amé y amaré hasta exhalar el último suspiro, es el que allí descansa eternamente.

Angela Artidi la creyó loca, se levantó, saludó á aquella mujer extraña y se alejó.

—¡Vete!—dijo Adda—. Juan no necesita más oraciones y más lágrimas que las mías.

Y como el día del entierro, se cubrió el rostro con las manos y permaneció inmóvil. De pronto sintió que alguien la tocaba ligeramente en el hombro. Volvió su cabeza adorable de Magdalena al pie de la cruz y se encontró con Peralta.

—Adda—dijo aquel hombre de noble corazón y de gran inteligencia—, la he visto á usted venir aquí, la he visto arrodillarse y la veo llorar, y vengo á decirle: la que ama como usted puede alcanzar el perdón

de todas sus faltas. Vea usted, ya yo no siento odio contra el hombre que yace allí sepultado. ¿Sabe usted á quién aborrezco? A mí, que no supe hacerme amar por escrúpulos ruines; á mí que cometí la cobardía de poner mi mano sobre usted.

—Enrique—respondió ella con tristeza;—usted hizo bien en maltratarme. Se mata á la mujer á quien se odia; se pega á la mujer á quien se desprecia. Yo le aborrecía á usted. Ahora ni le estimo ni le tengo mala voluntad. Es usted para mí el recuerdo del último día dichoso de mi juventud, y quisiera no haberlo conocido, para que las cosas no hubieran pasado como han pasado. Pero ya no tienen remedio, Enrique.

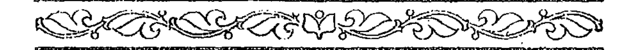
—Lo tienen—contestó él gravemente—. Todavía ni mi madre ni su padre de usted saben en realidad cuál es la causa de mi alejamiento. Creen, él al menos, que nos divide un disgusto pasajero. Nadie se ha enterado de lo ocurrido. Si usted quiere, todo puede arreglarse aún; vámonos á Europa. Yo le juro á usted, por la memoria de mi padre, por la memoria del hombre á quien usted ama aún después de muerto, que la respetaré como á una hermana, como á una virgen. Pero al menos prolongaré mi existencia mirándola, trabajando por hacer á usted menos cruel la vida, probándole que yo también la amo, puesto que me impongo el sacrificio de vivir á su lado como un extraño. Acepte usted, Adda. Vámonos de aquí. Usted llevará sus recuerdos, yo mis desengaños. Seremos dos muertos entre los vivos, hasta el día en que vaya usted á reunirse al hombre tan lealmente querido por su corazón, y en que yo vaya á morir sobre la sepultura de usted como el perro falto de la presencia del amo.

Adda escuchó las palabras de su marido con indiferencia al principio, con atención luego, conmovida al final.

—¡Acepto!—dijo—. Vámonos; pero solos, absolutamente solos. Usted me dejará llorar y yo á cambio de su silencio le prometo ser una buena y afectuosa hermana para usted. Acaba usted de jurar por la memoria del hombre que allí descansa; pues bien, agradezco á usted su juramento, y oiga usted á su vez el mío: —Juan—dijo volviéndose hacia la tumba—, si me oyes, sabrás que no miento. Juan, voy á dejarte; pero tú irás conmigo, como yo quedaré aquí contigo; y te juro morir antes que ser infiel á la memoria de nuestro amor. Después de esto puede usted llevarme si quiere

Peralta le ofreció el brazo, del cual se asió ella, y salieron de la mansión de los muertos. Cerca de la puerta esperaban los dos coches, el de él y el de ella.

—Subamos en el mío—dijo Adda—y ordene usted al cochero que vaya á recoger á mi padre al Banco; le invitaremos á comer hoy con nosotros.



CAPITULO XXIII

En el hospital.

—Aquí me tiene usted, madre—dijo Hernández, penetrando en la salita de recibo del hospital de Santa Ana—. He sido llamado por la superiora y no he querido retardar mi visita. ¿De qué se trata?

Sor Eufrasia, que era quien recibía al banquero, contestó:

—Una de nuestras enfermas ha solicitado con empeño que se le llame á usted.

Hizo el banquero un movimiento de extrañeza.

—Estaba en la sala común—prosiguió sor Eufrasia—, pero la señora viuda de Miranda, que vino ayer á verla, la hizo trasladar á un cuarto solo, donde puede usted verla.

—¿Y quién es? Usted debe saberlo, porque todas las enfermas dan su nombre al ingresar en el hospital.

—Esta nos ha suplicado que no lo digamos á nadie hasta después que usted viniera.

—Pues vamos allá, madre. ¿Y qué enfermedad padece esa mujer?

—Es una tisis galopante en el último extremo. En Noviembre del año pasado aún estaba sana la desgraciada; parece que se ha enfermado de pena.

Preocupado Hernández, siguió á la hermana.

En el cuarto que ésta le designó, retirándose discretamente, había una cama, una mesa de noche, un crucifijo sobre ella, una mesa con una botella de cristal llena de agua y un vaso, y frente á la cama un sofá forrado de hule negro. Reinaba allí una claridad dudosa, que penetraba por una ventana alta, en la cual se habían colocado cortinas verdes de un género transparente.

Acercóse el banquero al lecho, creyendo que la enferma dormía. Esta hizo un esfuerzo, se incorporó al sentirlo, y murmuró:

—¡Gracias por haber venido!

Retrocedió Hernández como si hubiera visto una serpiente.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó la mujer que ocupaba la cama—, no se vaya usted... Quiero pedir á usted perdón antes de morir...

Era Sofía; Sofía lívida, enflaquecida hasta lo inverosímil, con los ojos agrandados, la nariz afilada, las manos largas y delgadas y la voz enronquecida. Miróla con cólera sombría su marido y dijo:

—He aquí en lo que vienen á parar las locuras de estas infames mujeres...

—Sí, muy infame—dijo ella—, muy infame hasta ayer; ¡hoy muy desgraciada! ¡Voy á morir! No, no me niegue usted el consuelo de besar su mano. ¡Haga usted lo que le pido en recuerdo siquiera de aquellos días en que me amó usted tanto!

¿Qué había ocurrido?

Tres meses antes Sofía se había ido á vivir, como dijimos, á una casita de la Alameda de los Descalzos con la negra Gumersinda. Repartía su tiempo entre la cercana iglesia de los franciscanos y sus visitas á la cárcel á ver á su hijo, y trabajaba cosiendo ropa blanca, que hacía repartir á familias pobres de la vecindad. La negra estaba admirada y furiosa con semejante cambio.

Dos veces en quince días escribió á doña Francisca respecto de Luis, y las dos veces recibió esta sola respuesta en tarjetas de la noble dama: *¡Espera!* Pero ocurrió la muerte del general y la derrota del Gobierno, y Sofía comprendió que su sacrificio iba á ser inútil y que doña Francisca no tendría ya influencia para cumplirle su promesa.

En aquellos días de desórdenes continuos, una montonera llegó hasta las puertas de Lima por el lado de la Magdalena. La guardia de la cárcel tuvo que salir á reforzar á los celadores, que habían trabado tiroteo con aquélla, no quedando en aquel establecimiento penal sino los empleados y el alcaide. Algunos presos se aprovecharon de la ocasión, rompieron puertas, atravesaron patios, escalaron paredes y huyeron, después de herir á un valiente guardián que quiso detenerles. Entre esos presos se hallaba Luis Angulo, el cual, antes de salir, había sabido por Gumersinda el cambio de vida de la vieja y la desaparición de Elvira y de su hija. Los vecinos del callejón habían dicho á la negra que una señora muy altiva y muy elegante había ido por ellos en un carruaje. Pero la antigua esclava había olvidado decir á Luis dónde vivían, y

como Manuela se hallaba presa, el miserable, que había esperado en vano la visita que su madre le anunció, de una dama principal, se encontró al escaparse de la cárcel sin tener á dónde ir. Lo primero que pensó fué en vengarse de Lorenzo Díaz, su denunciante. Pero esto era difícil y peligroso. Entonces decidió salir de Lima, irse al Callao y engancharse como marinero. Y como lo pensó lo hizo. Recibiéronlo sin escrúpulo como camarero en uno de los vapores de la compañía inglesa, y cuarenta y ocho horas después de haber abandonado la prisión, navegaba con rumbo á Valparaíso, llevándose el dinero del robo en los forros de su americana. Cuando Sofía supo que había huído, tuvo un instante de loca alegría, y esperaba de día en día carta suya, carta que no llegó nunca.

El cojo Rebolledo la encontró una tarde en la calle, la detuvo y le preguntó chanceándose la causa de su retiro.

—¿Te han jubilado?—le dijo—. ¿Dónde te metes?

Ella le explicó que había decidido cambiar de vida,

—¡No pudiendo comer carne el diablo, se metió fraile!—dijo el cojo, dándole golpecitos en las mejillas—. ¿Y se puede saber dónde vives?

—¿Para qué?

—Hombre, para ir á saludarte alguna vez.

—Si sólo es para eso, no hay inconveniente en que lo sepas. Vivo en la Alameda de los Descalzos, número 2.

—Gracias, *Conejo*, pronto te iré á ver.

Se fue, y con la diabólica inventiva que le distinguía, decidió con Guerra y Fernandini, sus inseparables, y con Eloísa y María Rosa, sorprender una noche á la

jubilada, como la llamaba, y bautizarla de mujer honrada.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó Guerra.

—Ya lo verás. Mañana por la noche iremos.

Al día siguiente á las diez de la noche se hubiera podido ver bajar de un coche, frente al núm. 2 de la Alameda de los Descalzos, á dos caballeros, dos mujeres y un sacerdote. Este se adelantó y llamó ruidosamente á la puerta. Al cabo de mucho rato preguntó Gumersinda quién era.

—Abre, Gumersinda, soy yo que traigo una buena noticia á Sofía—contestó el cojo—, que era el falso clérigo.

La negra no se hizo de rogar y abrió. Sofía estaba ya en la cama y se incomodó mucho cuando supo quiénes eran sus visitantes nocturnos. Pero éstos hicieron irrupción en el dormitoio y le presentaron una copa de pisco. Como ella se resistiera á tomarla, Rebolledo se la echó por el pescuezo.

—¡Canalla, hijo de mala madre!—gritó la pecadora arrepentida—. ¡Gumersinda; llama al celador!

E intentó levantarse. Entonces Fernandini, Rebolledo y Guerra, mientras María Rosa y Eloísa se reían á carcajadas, cargaron con ella, á pesar de su resistencia y de sus gritos, y así, en camisa, la llevaron al baño, la metieron en la tina y abrieron las llaves. Gumersinda quiso defender á su señora y el cojo le dió una tanda de puntapiés que la dejaron como nueva. En seguida volvieron á salir todos, se metieron en el coche y partieron.

Sofía amaneció al día siguiente con fiebre muy alta. Cuando acudió el médico declaró que se trataba de una

pulmonía fulminante. Estuvo entre la vida y la muerte durante sesenta días, y al fin se levantó atacada de la espantosa enfermedad que había llegado ya á sus postrimerías.

Gumersinda quiso avisar á Adda y á doña Francisca lo que sucedía; pero como ambas, después de los acontecimientos que el lector conoce, habían dado órdenes severas para que no se recibiera á nadie, no pudo la negra cumplir su deseo.

En aquellos días partió Adda con su marido.

Su administrador tenía orden de continuar entregando á Sofía la pensión que su hija le había asignado; mas aquel individuo, furioso pradista, tuvo que ocultarse al llegar á la capital los revolucionarios, y Sofía se vió obligada á vender sus muebles y á irse al hospital, para no morir completamene abandonada y sin tener ni siquera cama en que acostarse.

Hernández, al verla en tal estado, no sentía piedad. Había amado con toda su alma á esa mujer, le había dado su nombre, había trabajado por ella y para ella, y sin motivo, sin pretexto, nada más que arrastrada por sus instintos, había ella abandonado el hogar dejando en la cuna á una niña encantadora en la edad en que más necesitaba de los cuidados maternales.

—¡Por el amor de Dios!—gimió de nuevo ella—. Tenga usted piedad de mí para que Dios me perdone.

Hernández, con las cejas fruncidas, olvidándose de que era un caballero y de que estaba en presencia de la muerte, le lanzó al rostro este insulto:

—¡Prostituta!

Y se volvió para salir. Pero se encontró frente á doña

Francisca de Portobello, viuda de Miranda y frente á doña Catalina Páez, viuda de Peralta.

Las dos señoras habían oído aquella canallesca expresión.

—¡Hernández! Eso no es digno de usted—dijo solemnemente doña Francisca—. Esa desdichada va á morir y un moribundo inspira respeto hasta á las fieras.

Doña Catalina nada dijo; pero su presencia en aquel sitio hablaba por ella.

El banquero inclinó la frente y fué á caer abrumado sobre el sofá.

Sofía agonizaba. Las dos señoras se aproximaron á la cama, y mientras la una descolgaba el crucifijo y se lo ponía entre las manos, cruzándoselas suavemente sobre el pecho, la otra fué á advertir á sor Eufrasia que era preciso llamar al capellán.

El banquero permaneció un instante como abrumado. De repente se levantó, dió dos pasos rápidos, y acercándose al lecho se inclinó sobre el rostro de Sofía y la besó en la frente, dejando caer sobre esa frente que el vicio más que los años había marchitado, una lágrima, una sola, que fué como el rocío del cielo para la flor próxima á caer deshojada. Aquel cadáver se incorporó con los ojos desmesuradamente abiertos. Los largos y flacos brazos se agitaron como queriendo abrazar la cabeza del hombre que perdonaba. Un grito ahogado, un vómito de sangre negra y espesa, un estremecimiento y un suspiro parecido á un sollozo, terminaron el drama. Sofía Angulo, la cortesana; Sofía Angulo, la *Conejo Blanco;* Sofía Angulo, la escandalosa, había muerto.

—¡Señor! recibe su alma—murmuró doña Francisca, en el instante en que entraban doña Catalina, el capellán y sor Eufrasia.

Hernández ordenó que el funeral fuera sencillo. Aquella noche quedáronse á velar á la pecadora muerta sus dos viejas amigas de colegio y la negra Gumersinda, que en vano había solicitado que se le dejara ver á su ama durante los días que permaneció en el hospital. Para conseguir que se le permitiera entrar á amortajarla, esperó la salida del banquero, y cuando éste atravesaba el patio se arrojó á sus pies.

—Perdón, mi amo, perdón—dijo en voz baja...

—Levántate, ¿qué quieres?—preguntó Hernández, que venía de ver morir á Sofía.

—Entrar, mi amo, entrar á ver á la niña.

Dió él las órdenes del caso y la negra fué admitida. Vió á Sofía muerta y no pronunció ni una sola palabra, no derramó ni una lágrima. Se acurrucó en el suelo al pie de la cama y allí permaneció contemplando á la mujer á quien había querido con la idolatría que tienen los fanáticos por sus ídolos.

Dos horas después se detuvo un carruaje en la puerta del hospital y una joven, sencillamente vestida de negro, solicitó hablar con la madre superiosa.Cuando ésta se presentó, aquélla dijo:

—Señora, soy Angela Artidi, hija de don Jorge Artidi, que es bastante conocido en esta casa, porque envía siempre limosnas para los enfermos.

—¿Y qué desea usted, hija mía?

—Acabo de saber que ha muerto aquí doña Sofía Angulo de Hernández y vengo á rogar á usted que me permita velar su cadáver.

—¿Era usted parienta suya?

—No, señora.

—¿Entonces?...

—Es una promesa que he hecho á la Virgen.

—Yo no puedo resolver por mí sola. Debo pedir permiso á dos señoras que están en el cuarto mortuorio. Espere usted.

Y entró en busca de doña Catalina y de doña Francisca. Salieron indignadas las dos damas, creyendo que se trataba de alguna de las viejas compañeras de Sofía; pero se quedaron sorprendidas al contemplar el aspecto digno de la joven.

Ella les hizo la misma demanda que acababa de hacer á la hermana.

—¿Por quién ha sabido usted tan pronto la muerte de esta desgraciada?—preguntó doña Catalina

—Por Elvira Mercy, que ha ido á vivir en la ventana de reja de mi casa.

—¿Quién es esa Elvira Mercy?

—Es una protegida mía—se apresutó á decir doña Francisca, no queriendo que se pronunciara el nombre del indigno hijo de Sofía en aquel momento.

—Bueno, señorita, si es una promesa lo que usted ha hecho, puede cumplirla. Nos acompañará usted á velar.

Y en un instante en que pudo hablar á solas con la joven le preguntó:

—¿Y esa joven Mercy, es amiga de usted?

—Fué mi compañera de colegio, señora. Ha tenido la desgracia de ser engañada por un hombre indigno y vive con su hijo, dedicada al trabajo. Me ha dicho que usted hizo vender las alhajas de la abuela de su

hijo y ha colocado los diez mil soles que produjeron en el Banco, para que tenga ella una entrada segura con que pagar casa y comer.

—Así es en efecto.

—Mi madre y yo la ayudamos en lo que podemos, porque parece muy desdichada. Llora incesantemente, y sólo seca sus lágrimas cuando va á sacar por las tardes á su hijo del colegio.

La noche se pasó con una lentitud desesperante. Gumersinda amortajó á Sofía, á la cual besaron piadosamente las dos nobles y castas señoras á quienes Sofía había hecho llamar cuando comprendió que se moría; y que habían acudido al llamamiento llenas de piedad y de esa grandeza innata en el corazón de la mujer limeña. A las seis de la mañana se clavó el ataúd y se esperó la llegada de la carroza y de Hernández. Este se presentó á las siete. Se conocía que había pasado también una noche de completo insomnio. Preguntó quién era Angela, y cuando le dijeron su nombre fué á estrecharle la mano.

—He sido muy amigo del padre de usted—dijo—, y jamás podré olvidar que debí al primo de usted, á quien estimé mucho, la vida de mi hija.

Detrás de la carroza sólo partió el coche particular del banquero conduciendo á éste.

Gumersinda, desde que se cerró el ataúd, desapareció.

La carroza, sin ser de última clase, no llamaba la atención. Atravesó rápidamente las calles y llegó al cementerio. La inhumación del cadáver se efectuó con el trabajo de costumbre. Dos hombres con largos ropones negros, manchados de cera, colocaron el fére-

tro en unas parihuelas y llevaron el cuerpo hasta el nicho que le había sido destinado en el cuartel de San José. Cuando el sepulturero acabó de cerrar la boca negra y estrecha de aquel nicho, Hernández, con seguro pulso, escribió en la húmeda arena estas tres letras, «S. A. H.», gratificó espléndidamente á los enterradores y salió sombrío y pensativo.

En su casa le esperaba doña Catalina.

—Acabo de recibir cablegrama de Enrique—le dijo —en contestación al que le hice anunciándole la muerte de Sofía. El y Adda han llegado á Nueva York y saldrán mañana para Europa. Me dice mi hijo que no ha querido aún dar la noticia á Adda.

—Gracias, Catalina—le contestó él—. Yo también pienso partir á Buenos Aires y permanecer allí siquiera durante un año, hasta que cesen los rumores de los escándalos que han hecho brotar sangre de mis viejas heridas. Hágame usted el favor de decir á la señora de Miranda que puede girar por cincuenta mil soles sobre mi caja, para aumentar la suscripción que ha de servir para establecer la casa de Recogidas que quiero fundar.

Doña Catalina salió suspirando. Sólo ella se quedaba abandonada, sin el hijo adorado, esperando que llegara la hora de terminar la jornada de la existencia. Al otro día se supo que junto á la sepultura de Sofía Angulo se había encontrado muerta á una negra que la había servido durante muchos años.

Gumersinda, como un perro fiel, había ido á caer sobre la tumba de aquella á quien tanto había amado y de la que había sido cómplice y confidente.



CAPITULO XXIV

Arturo Vidal.

El lector no habrá olvidado sin duda al joven secretario de la Legación del Perú en París. Con el cambio de Gobierno, uno de los muchos que aspiraban á reemplazarlo, consiguió que se le pusiera en disponibilidad, como se dice en lenguaje administrativo. Para dorarle la píldora, se le nombró secretario de la comisión encargada del estudio de las vías férreas, que inició en el país el general Canseco, y se le exigió que se viniera cuanto antes. No había más remedio que obedecer, so pena de perder la esperanza de conseguir otra secretaría de legación en el futuro.

Arturito dijo adiós á París, visitando todos los lugares que habían encantado su existencia de veinticinco años durante otros tantos meses de vida europea. Vendió su tílbury, remató sus muebles y se despidió muy conmovido de sus amigas del *Chat Noir* con una cena opípara, á la que invitó á sus habituales compañeros los *rastaquoucrs*, que habían saboreado con é los goces de París.

Durante las horas de aquella cena, famosa en los anales de su historia, la encantadora y elegantísima Julieta Mars, una *demimondaine* de treinta y cuatro años, que sólo confesaba veinticuatro, se colgó de su cuello y le propuso que la llevara á la salvaje América.

—¡Oh!—le dijo en el español que él le había enseñado—: *Emporte muá, mon cher*, yo me va *avec tuá!* Tú estás *riche*, tú puedes me llevar.

Arturito se conmovió y ofreció á Julieta todo cuanto ésta quiso, de manera que cuando ella se presentó en la gâre Saint-Lâzare, con un mundo de mundos y de cajas de sombreros, el día de la partida, no tuvo más remedio que tomar otro billete para el Havre. Metiéronse en un transatlántico, y, en verdad, hicieron un viaje delicioso, casi un viaje de novios. Se detuvieron en Tenerife, en Río Janeiro, en Montevideo, en Buenos Aires. Esta última ciudad, que no era entonces ni sombra de lo que ha llegado á ser hoy, gracias al buen sentido de sus gobernantes y á su situación geográfica, predecía ya, sin embargo, lo que llegaría á ser, bajo gobiernos estables é ilustrados como el de Sarmiento, el de Mitre y los de aquellos que les sucedieron. El transatlántico los dejó en Valparaíso, donde se transbordaron al vapor de la carrera entre ese puerto y el Callao. Julieta era una parisiana *pure sang*; alta, esbelta, rubia, de brazos muy blancos, pierna hecha á torno, seno pronunciado y caderas que hubiera envidiado Manuela, la zambita querida de Luis Angulo, que las tenía muy bien formadas. Había comenzado su carrera como camarera de café; ascendió á figuranta en el Gimnasio y fué después modelo de escultores. Muchacha econó-

mica, logró reunir un capitalito de 25.000 francos, y entonces abrió casa, se vistió con suma elegancia y sólo recibió diplomáticos y príncipes rusos más ó menos auténticos. Uno de estos últimos le dejó 200.000 rublos en su testamento, que se encargó de comerse alegremente con ella un *rastaquoeur* del Brasil, medio mulato que pasaba por novelista y poeta, y que no era sino un vividor, uno de esos caballeros de la estafa, que despluman lo mismo á los tontos que á las tontas. Arruinada ya, tropezó con Arturito, el cual se gastó con ella el sueldo de secretario de Legación más 2.000 francos mensuales que su madre le mandaba puntualmente.

Arturito ni la amaba ni no la amaba. Se divertía con ella como un niño con un juguete costoso y sentía orgullo de que se la envidiaran.

A bordo del *Paita*, que así se llamaba el vapor que los dos amantes tomaron en Valparaíso, navegaba hacía algunos meses Luis Angulo bajo un nombre supuesto. Después del primer viaje en otro vapor, se transbordó á éste, donde se contrató como mozo de máquina tomando el nombre inofensivo de Juan Gómez. Tiznado siempre, enmarañados é hirsutos los cabellos, era difícil que lo reconocieran. A favor de aquel disfraz saltó y fué á Lima, cuando leyó en un trozo de periódico la noticia de la muerte de su madre. Con gran paciencia averiguó dónde vivía Elvira y se propuso ir á sacarle algunos soles el mejor día, pues los 20.000 del robo habían volado en pocos meses. Era indudable que la mujer esa—eran sus palabras—debía vivir con algún rico, porque á través de los vidrios de la ventana que la madre de su hijo ocupaba en casa de

don Jorge Artidi, había visto muebles bastante decentes y hasta un gran espejo, que Elvira debía á la liberalidad de doña Francisca. La manera cómo supo el lugar donde aquélla había ido á vivir fué muy sencilla. Uno de los hijos de Melchor se encaramó en los resortes traseros del coche el día en que doña Francisca fué por ella al callejón, se enteró de todo y regresó triunfalmente á contárselo á los demás vecinos.

Angulo, que no era lerdo, como sabemos, se metió una tarde al cuarto del ciego que tocaba el acordeón, aprovechándose de que el sobrino había ido á la pulpería, y por él supo en un instante cuanto le interesaba saber, presentándose como hermano de Elvira. Regresó á bordo y se propuso en la próxima llegada al Callao dar el golpe que meditaba hacía tiempo. Venía, pues, en el vapor en que viajaban Arturito y Julieta.

Hacía cuatro ó seis meses que Angulo no se emborrachaba sino de noche. Así se evitaba cometer una tontería. Y desde que avistaba la isla de San Lorenzo, el pisco era algo vedado para él.

Cuarenta y ocho horas faltaban para que el *Paita* fondeara en el Callao, cuando ocurrieron sucesos extraordinarios á bordo del vapor, sucesos que el lector no debe ignorar.

Luis había visto á Julieta y había quedado deslumbrado. Jamás había soñado él una mujer tan maravillosa. Durante la travesía se escapaba á cada rato de las máquinas, con cualquier pretexto, para ir á ver á la linda francesa, que cambiaba de trajes cada hora y pasaba todo el día paseando en el puente, ora con Arturito, ora con el contador, ora con el capitán.

Y formó un plan digno de él. Había visto á Vidal

entrar al baño todos los días á las seis de la mañana; colocó armellas durante la noche, y cuando el elegante diplomático entró como de costumbre á refrescar su interesante humanidad, pasó un candado por ellas sin hacer ruido alguno, y lo encerró en aquel estrecho recinto. Después se dirigió á paso de lobo al camarote donde dormía la francesa, abrió, entró y volvió á cerrar. Ella, si lo hubiera sentido, se habría figurado que era Arturo; pero ni abrió los ojos ni hizo movimiento alguno que demostrara que se hubiera despertado. Angulo se dirigió á la cama, y sin andarse en muchos preámbulos besó en la boca á la muchacha. Ella estiró los brazos, bostezó y entreabrió los párpados creyendo que fuese Arturito el que de una manera tan dulce la despertaba. Pero en vez del alegre rostro de su amante, le pareció ver en medio de la dudosa claridad que penetraba al camarote por el vidrio empañado de la ventana, una cara casi negra y dos ojos centelleantes que la devoraban. Lanzó un grito terrible, y medio desnuda, envuelta apenas en un peinador de batista, se tiró de la cama. Comenzó entonces una lucha espantosa entre el bandido y aquella delicada muchacha. El trataba de sofocar sus gritos y ella le mordía, le arañaba, lo abofeteaba con fuerza increíble.

Había él ya logrado derribarla sobre el sofá, y jadeante y horroroso la sujetaba con un brazo, apretando aquel blanco cuello de cisne mientras trataba de rasgar con la otra el peinador que envolvía como una nube el cuerpo de la joven, cuando oyó pasos precipitados afuera, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que había pasado, vió saltar la puerta del camarote en

astillas y entrar á Arturito Vidal seguido de dos ó tres camareros y del contador.

El joven, cuando entró al baño, notó que no le habían llevado el balde de agua caliente con que templaba la de la tina, y tocó el timbre. Con una puntualidad rara se presentó en el acto un sirviente, que al ver echado el candado preguntó en voz alta de dónde se le llamaba.

—De aquí, hombre, del núm. 2—contestó Arturito, intentando abrir la puerta, pero sin lograrlo. El camarero le advirtió que estaba encerrado. ¿Era broma de algún otro pasajero? ¿Era que el mayordomo había ordenado colocar ese candado creyendo desocupado aquel baño?

—De una ú otra manera, abre, ¡voto al demonio!

Obedeció el sirviente, haciendo saltar el candado, y Arturito salió renegando. El cuarto de baño se hallaba á corta distancia, treinta pasos más ó menos de su camarote, y como oyera el grito de Julieta y los que le siguieron después, llegó precisamente en socorro de la francesa, en el instante en que ésta iba á sucumbir.

Angulo, que como sabemos era muy fuerte, lanzó un rugido y se precipitó sobre los que entraban. Los camareros retrocedieron en tropel; pero Vidal, que no en vano había practicado el pugilato con Grissier, logró enlazar de la cintura al asesino de Remigio, haciéndole perder el equilibrio y rodar junto á las maletas y al lavabo. Pero él cayó también. Luis, viéndose perdido, zafó con un violento movimiento uno de sus brazos, y metiéndolo en el bolsillo del pantalón, sacó la mano armada de una navaja de resortes, que

clavó en el costado del joven. Felizmente para éste, la abultada cartera que llevaba en la americana amortiguó el golpe, que sólo le ocasionó una pequeña herida. Los camareros no podían entrar á tomar parte en la lucha por lo pequeño del espacio en que ésta se efectuaba. Arturo al ver el arma y al sentir la puñalada, torció el brazo del bandido hasta dislocárselo y le arrebató la navaja. Armado con ella le fué fácil imponerse á Angulo y obligarlo á ponerse de pie y á salir. Hízolo así el miserable, agitado y rugiente aún, y ya los camareros y otros empleados y marineros que habían acudido se preparaban á apoderarse de él, cuando rápido como el rayo dió un tremendo empellón á los que tenía delante, y saltando sobre ellos puso el pie en una banca que quedaba frente al camarote, y se precipitó de cabeza al mar. El vapor navegaba á dos millas de la costa apenas, y sin duda el bandido creyó poder nadar hasta ella. A los gritos de los circunstantes se mandó arriar un bote para ir á cogerlo, aunque apenas se le veía ya como un punto entre la espuma de las olas. Arturito quiso ir en el bote, y el capitán, que sabía quién era, se lo consintió. Varias pasajeras habían entrado á socorrer á Julieta, que era presa de un violento ataque de nervios y que conservaba aún en el cuello las huellas de la mano brutal del autor de tantos atentados.

El vapor paró la máquina, y el bote, manejado por ocho remeros, se deslizó como una flecha sobre la superficie del mar, que el sol hería con sus flechas de oro y en el que se mecían innúmeras gaviotas.

Ya Angulo no distaría sino unas cuatro varas, cuando le oyeron exhalar un grito que terminó en un gemi-

do. Agitó los brazos y desapareció, y los tripulantes de la pequeña embarcación pudieron ver, horrorizados, el negro lomo y la cola de un enorme tiburón que se hundía con su presa en las profundidades de aquel tranquilo mar. Algunos golpes de los remos los llevaron al lugar de la catástrofe; sobre las olas había una mancha de sangre y nada más. Luis Angulo había desaparecido para siempre. La desastrada muerte de aquel hombre conmovió á todos los que la presenciaron. No era el menos conmovido Arturito Vidal, que llegó á bordo mortalmente triste.

Ya Julieta había vuelto en sí y le decía en francés al verle:

—*¡Oh, mon cher ami, quel sauvaje!*

Calmóla él como pudo, dió las gracias á las señoras que habían atendido á la pobre muchacha y al médico que aseguraba que la equimosis del cuello no tendría consecuencias, y una vez seguro de que todo peligro había desaparecido, fué á firmar la declaración que el capitán debía presentar á la autoridad marítima del Callao, suscrita por todos los pasajeros. En esa relación se hacía constar que el llamado Juan Gómez, peruano, fogonero, había intentado violentar á una pasajera y matar á un pasajero; se había arrojado al mar, cuando iba á ser asegurado convenientemente, y había perecido destrozado por un tiburón. Y se agregaba que había sospechas de que Juan Gómez no fuera su nombre verdadero, por haberse encontrado en su baúl numerosas cartas dirigidas á Luis Angulo, y ninguna con el nombre con que el hombre aquél era conocido, y estaba inscrito en el rol de la tripulación.

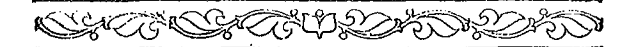
Arturito, que había dado tan claras muestras de no

ser un gallina, llegó á Lima con su querida, alojó á ésta en un hotel y fué á ver á sus padres, quienes le adoraban, y se estremecieron de espanto cuando supieron el riesgo que había corrido.

En la sociedad pasó por un héroe, una especie de Roldán ú Oliveros, defensor de la debilidad y la belleza, y más de una preciosa pollita de quince abriles soñó con él y le sonrió en Mercaderes y Espaderos.

Pero él no quería permanecer mucho tiempo en Lima. Puso en movimiento á todo el batallón femenino de sus tías y de sus primas, y logró, al cabo de algún tiempo, que se le nombrara secretario de la Legación en Bélgica. Y allá regresó con su Julieta, la cual le había sido fiel hasta donde ella sabía serlo, pues sólo tuvo en la capital peruana dos citas con un ministro, que le regaló un rico collar de perlas, y otras dos ó tres con un americano empresario de ferrocarriles, que sabía colocar á réditos crecidos su dinero en el mercado del amor.

Dejémosle en Bruselas, entregado á sus habituales ocupaciones, que no eran para matar de fatiga á nadie, y regresemos á la ciudad de los reyes, donde nos esperan algunos de nuestros personajes al día siguiente del Carnaval de 1868, que fué muy poco animado, porque ya la fiebre amarilla había comenzado á hacer algunas víctimas, antes de tomar el desarrollo que tomó, convirtiéndose en verdadera epidemia, en aquel año que debía comenzar con ella y terminar con el terremoto que arruinó á Arequipa, Arica é Iquique, y que en el Ecuador redujo á escombros varias provincias andinas.



CAPITULO XXI

La ceniza.

Dice el autor de *Lima Antigua*, en el segundo opúsculo de los tres que publicó en 1890, refiriéndose al Carnaval:

«Si intentáramos dar una idea de lo que esos juegos eran en Lima ahora treinta años, se nos tacharía de exagerados; pero es lo cierto que entonces los habitantes de esta capital se entregaban á ciertos excesos, que felizmente han desaparecido ya. Entre la reformas introducidas con mano de hierro ó á fuerza de multas, en las libertades del Carnaval, se encuentra la abolición de la costumbre que había de colocarse un grupo de negras y zambas rotosas al pie de las acequias, á inmediaciones de los brazos del río y en las puertas de los callejones, para salir al encuentro de los transeuntes, con mates y baldes de agua en las manos, diciendo al mismo tiempo:

—*¡Agua bendita!*—Si el atrapado al oir tales expresiones no daba inmediatamente una moneda, era tratado atrozmente por las tales ciudadanas. A todas sus

razones contestaban echándole agua sucia por mayor, y si la víctima no lograba tomar las de Villadiego, era bañada en la acequia ó sumergida en el río sin remisión de ninguna clase. Puñadas, pedradas y garrotazos resultaban de estos abusos, de estas tropelías, que al fin la policía en 1883 desterró con mano fuerte, sin dejar de influir en el cambio la canalización de las acequias.» (1).

Gentes de la hampa, mozas del partido y mozos *cundas* (calaveras) recorrían las calles con los rostros enharinados ó tiznados de mil colores, dando aullidos como las fieras ó como las bacantes y sus perseguidores en las saturnales del Bajo Imperio. Esas gentes pintaban también á todo el que encontraban á su paso

De todos los balcones se arrojaba agua con cuanta vasija había en las casas, hasta con aquella que la vieja ama del *Gran Tacaño* usaba para curar el romadizo y los cólicos de los muchachos que el dómine educaba.

Los cascarones de huevos, rellenos de agua ligeramente perfumada ó teñida de azul y de rojo, destrozaban los vidrios de balcones y ventanas, y más de un prójimo ó de una prójima quedaron tuertos en esos combates.

«Dentro de muchas casas el juego se convertía en desenfrenada orgía. La más casta doncella era manoseada, estrujada, besada, abrazada, cargada, arrojada á la tina por los visitantes, en medio de un ruido infernal, de una gritería atroz y del menudeo de copas de pisco y el rechinar de los dientes que devoraban los manjares nacionales.»

(1) *Lima Antigua*. Fiestas Religiosas y Profanas. Editor Carlos Prince·—Imprenta del Universo. 1890.

Aquel año, como dijimos al terminar el capítulo anterior, el Carnaval no fué muy animado, por haberse presentado varios casos de fiebre amarilla en Lima y el Callao. Sin embargo, las horizontales de la época, con sus acompañantes obligados, jugaron como salvajes. No cabe una expresión menos dura. Clara, Mercedes, María Rosa, Angélica, la *Animita*, Virginia, Rosaura, Pancha, Julia, que andaban como moro sin señor desde la muerte de Sofía, ó más bien desde que ésta abandonó la vida del escándalo, se reunieron en casa de la primera é invitaron á Rebolledo, á Fernandini, á Guerra, á Ortúzar, y á dos ó tres mozos más de los de pelo en pecho. El canónigo Rodríguez ofreció ir de *incógnito* y costear dos gruesas de chisguetes de á diez soles gruesa, á cada una del as alegres muchachas. Ortúzar corrió con los vinos y licores. Rebolledo buscó á los cantores y tocadores para el baile, y los demás hicieron acopio de polvos de todos colores, globos y cascarones.

Desde las once de la mañana del domingo, fueron reuniéndose en casa de Clara. A las dos de la tarde el juego era algo que no se puede narrar. Las mujeres y los hombres empapados como náufragos, con los pelos pegados á las sienes, los rostros embadurnados, inyectados los ojos, las cabezas llenas de polvos de todo matiz y de papeles picados, y los pies nadando en un torrente de agua sucia, semejaban una mascarada infernal. Las libaciones se sucedían á las libaciones, y de pronto desaparecían misteriosamente las parejas de la salita convertida en laguna, para reaparecer un cuarto de hora más tarde y volver á tomar parte en la juerga. Entre los concurrentes hallábase aquel personaje

de guantes amarillos á quien vimos en Amancáes, en los primeros capítulos de este libro.

Alguien habló de la epidemia reinante. El cojo Rebolledo se burló del aprensivo.

—Brindo por ella—gritó.

—Y yo por los boticarios—exclamó Ortúzar. ¡Son los hombres del día!

—¿Cuál de nosotras morirá?—preguntó Rosaura, que tenía la bomba melancólica.

—Confiésate conmigo, cholita—agregó el canónigo—y yo te prometo darte la absolución.

Así se pasaron los tres días. Al llegar las noches de cada uno de esos días, se barría el saloncito sacando el agua al patio con escobas, se secaba el suelo lo mejor que se podía con trapos, se tendían luego los colchones sobre la alfombra, para hacer cama común, en la que se revolcaban como bestias aquellos seres que sólo tenían la figura humana.

Y amaneció por fin el Miércoles de Ceniza.

Después de las locuras del Carnaval, comienzan las mortificaciones y meditaciones de la Cuaresma. Cierto que ya hoy ni hay tanta gente que se ocupe tan sólo en los asuntos del espíritu, ni la Cuaresma es tan rigurosa como en pasadas épocas.

Hubo un tiempo de predominio absoluto de la Iglesia, en el que no ayunar los viernes, no comprar *bula de carne* y de *la santa Cruzada*, no confesar cada semana, no renunciar á la carne y á los lacticinios durante cuarenta días, eran motivos más que suficientes para que la Santa Inquisición ofreciera alojamiento gratis á los prójimos despreocupados ú olvidadizos, ó siquier tibios en sus creencias, que daban mal ejemplo á los

demás. En los anales del Santo Oficio de la muy noble y muy leal ciudad de los virreyes, se leen casos de haber sido condenada á pública afrenta y á azotes *la morena* María Rodríguez, por haberse embriagado en martes santo; y á retractación pública también y á seis meses de cárcel Benito Antón, por haber jurado por la cola de Satanás en jueves de Pasión.

Figúrese el lector lo que en 1868 y ahora habría pasado y pasaría, si la Inquisición estuviera en auge. ¡Qué cárcel más amplia y más hermosa tendría que edificarse para encerrar á cuantos empinan el codo en los cuarenta días de Cuaresma, y cuántos verdugos se necesitarían para azotarlos, y cuántos borricos para pasearlos por las calles expuestos á vergüenza, porque esa era la moda de entonces; montar al *criminal* en la humilde caballería en que Jesús entró á Jerusalén; pero al revés, es decir con la cara para las ancas, y darle en las desnudas espaldas sendos golpes de vara, como para que se acordara durante toda su vida de lo expuesto que era remedar á Noé y á Loth, dos de los más ínclitos varones del Viejo Testamento, y de los más borrachos también.

Desde luego, en este sentido, cruel es decirlo, no ha progresado el mundo; las casas de temperancia, las ligas antialcohólicas, las inyecciones de estricnina, son mucho menos eficaces ahora que los argumentos contundentes del Santo Oficio. Esa sí que era una época gloriosa y de dulce recordación para las almas sensibles...

El Carnaval de 1868 pasó, como pasan todas las cosas del mundo. *¡Fugit velut umbra!*

Las calles amanecieron empapadas y regadas de

chisguetes destripados, tiras del pellejo de los globos atadas con hilos, cáscaras de huevos, granos de maíz, paquetes reventados de polvos de colores, cuyas huellas pintorescas se veían en las paredes y hasta en las piedras de las calles, trozos de máscaras, fragmentos de vidrios, huesos de frutas y papeles arrugados y sucios, que habían sido airosas serpentinas.

La multitud se levantó tarde y soñolienta. Las cocineras iban á la compra con las faldas desgarradas y algunas huellas en los rostros y en las mantas, del hermoso azul de Prusia ó del encendido bermellón con que durante tres días habían sido pintadas por mayordomos galantes, por sirvientes atrevidos y aun por celadores despreocupados.

Y en larga hilera desde las ocho de la mañana las iglesias veían llegar á bien vestidas muchachas de mantillas de seda, rosarios de nácar, libros de cuero de Rusia, que atravesaban las calles con paso de perdiz, con los ojos bajos y levantándose las largas colas de los vestidos que entonces se usaban, con la enguantada y diminuta mano.

Mucho habían jugado durante los tres días. No les había quedado más ropa que la encapillada, la de lujo; todavía les dolían los brazos de tirar cascarones de cera y baldes de agua desde balcones, ventanas y puertas; pero había que pensar en la salvación del alma, había que recibir la cruz de ceniza en las frentes, para recordar que no todo es placer en la vida, y que la muerte se encuentra oculta debajo del lecho, detrás del tocador, junto al piano, dentro de la fuente de *ranfañote*, en el fondo de la copita de pisco que vende Albericus, el joven pulpero de la esquina; en todas partes, en to-

das, riendo con su boca sin labios, mirando con sus cuencas vacías, llamando con los amarillentos dedos de sus largas manos de chimpancé antediluviano á la mísera humanidad, para cortar cuellos con su afilada guadaña, que ha venido á substituir en la nueva teogonía, á la rueca, el huso y las tijeras de las Parcas mitológicas.

Rebolledo había tenido una idea como suya. A las doce de la noche del martes se declaró católico ferviente y pronunció un discurso sobre el arrepentimiento, que hizo llorar á las mujeres, proponiendo en seguida que todas se confesaran con el canónigo. Los borrachos se entusiasman fácilmente y aceptan toda novedad. Rodríguez se lavó, se metió en su sotana y se sentó en un sillón y fué confesándolas á todas. ¡Dios que no matas con un rayo á los sacrílegos, porque sin duda en tu código penal es también la ebriedad circunstancia atenuante! ¡Dios justo y bueno! ¡Qué cosas dijeron ellas y qué monstruosidades absolvió el sacerdote indigno, oliendo de cuando en cuando un frasquito de amoníaco! A todas las dió como penitencia que debían comulgar al día siguiente á las once en el Sagrario. El les daría la Sagrada Forma, porque había ofrecido darla á un colegio de niñas que hacían su primera comunión. Pero era preciso para eso que todas se fueran solas á sus casas y los hombres á las suyas. El deber religioso antes que todo.

Así se hizo, y á las seis de la mañana cada mochuelo se fue á su olivo y á las once todas las pecadoras, menos Clara, porque Rebolledo no había querido dejarla sola, fueron al Sagrario y se arrodillaron muy compungidas detrás de las niñas vestidas de blanco

símbolo de la pureza de sus almas castas y benditas, que iban á conocer el sacramento de la Eucaristía.

Se cantaba el *Memento.*

Memento homo quia pulvis est et inpulverem reverteris... dice el salmista. Y aun cuando hay señora que afirma que sólo se trata allí del hombre y no de la mujer, porque ésta fué formada de un hueso y aquél del barro ó limo de la tierra; los argumentadores, tomistas, congruístas, molinistas, etc., han probado que como ese hueso fué hecho de polvo, también la amenaza ó advertencia comprende á la mujer, porque se trata siempre de una sola materia prima: la madre tierra.

Convencida la más bella mitad del género humano de que hay grandes é incontrovertibles razones en su contra, ha decidido con prudencia plausible rendirse á la evidencia y recibe todos los años la ceniza por ella y por el hombre, el cual, descreído é impío, se ocupa más el miércoles de ceniza en *quitarse la goma* del Carnaval, que en un asunto que tan de cerca se roza con su salud eterna y su vida perdurable.

¡Ah! Cuando llegue la hora del supremo juicio será el crujir de dientes y el erizarse de cabellos. Y no piensen los que usan peluca ó no tienen dinero para acomodarse huesos postizos en las desnudas encías, que tal sentencia no reza con ellos, porque el Apocalipsis dice (no el de San Juan, sino el de Swedenborg), que el sér humano va á presencia del juez implacable con todas las partes de su individuo completas. Así, el que se haya sacado á bordo una muela, en los mares de la China, por ejemplo, la verá volver á su mandíbula por permisión divina aun cuando se halle en Patagonia.

¡Cuánta filosofía encuentra el pensador en esta costumbre de la ceniza! Bien es cierto que la ciencia impía se empeña en probar que puede ser causa de transmisión de enfermedades contagiosas, como lo es también el agua bendita, pues el sacerdote toca cien frentes distintas y sumerge otras cien veces el algodón en el cenicero. ¿Pero qué importa ese mal problemático, ante la seguridad de ganar la bienaventuranza y la gloria?

La iglesia estaba llena; el altar resplandecía de luces. El canónigo Rodríguez salió por la sacristía, revestido con una casulla blanca bordada de oro, á grandes ramos, y llevando en las manos el cáliz y la patena cubiertos con el *amito*, albo como la espuma de los mares y con un lienzo igual al género de la casulla y como él resplandeciente. El acólito se arrodilló, agitó la campanilla y comenzó la misa. En el primer *dominus vobiscum*, al volverse de frente al público, echó Rodríguez una rápida ojeada sobre la concurrencia, y vió detrás de las castas niñas vestidas de blanco á las pecadoras, trajeadas de mil colores, todas muy serias y muy graves, bajo los rostros revestidos por la capa de pintura y los polvos.

Llegó la hora de la comunión, y hubo un movimiento de avance. Aquellas niñas, imagen del candor y de la inocencia, se arrodillaron codo con codo con Rosaura, Mercedes, Angélica, María Rosa y demás hijas de confesión y compañeras de orgías del canónigo. Este pasó rápidamente colocando las pequeñas hostias en las lenguas rojas y temblorosas de las primeras y en las pastosas lenguas de las otras.

Corpus Domini nostri Jesuchristi, custodiam animan tuam in vitan eternam. Amén.

A Angélica, que era su preferida, le acarició la barba al pasar á su lado, y en el momento en que le daba la comunión.

Terminó la misa y la gente se desparramó por las calles.

Las muchachas alegres que acababan de representar con la mejor buena fe del mundo tan indigna comedia, se fueron todas á casa de Clara, donde las esperaba un suculento almuerzo, al que estaba invitado también el canónigo.

Dejémoslas allí, en la seguridad de que la augusta ceremonia á que acaban de asistir no las hará ni mejores ni peores. Continuarán por el mismo camino que condujo á Mimí al hospital en el romance de Mürger, ó encontrarán, como encontró Rosaura, que, según creemos, vive todavía, algún hombre despreocupado con quien casarse.

Rodríguez fué el héroe de la fiesta. Ortúzar lo colmó de alabanzas. Dijo que así le gustaban á él los clérigos, francos, liberales, campechanos y no hipócritas.

Rebolledo, que en medio de todo no carecía de sentimientos elevados, contestó al senador que no era esa su opinión, que él creía que el sacerdote debía cumplir su misión comenzando por cumplir sus votos.

Rodríguez se hizo el resentido y quiso retirarse; pero se quedó porque todos acudieron á rodear á Angélica, que presa de ardiente fiebre, había caído medio privada sobre un sofá y en los brazos del hombre de los guantes amarillos, que era todo un abogado y escritor, cuyo nombre no revelaremos por un sentimiento de compasión, aun cuando ya ha muerto, si mal no recordamos.

Como no volviera en sí ni con la copa de cognac que lo obligaron á tragar abriéndole los dientes con un cuchillo, se llamó á un médico, el cual declaró que la muchacha estaba atacada de fiebre amarilla.

Al oirlo, todos se desbandaron como gorriones asustados por el ladrido de un perro de caza. Ortúzar y el canónigo fueron los primeros en salir á escape, con el pretexto de ir á buscar un coche para llevársela á su casa.

Sólo el cojo, valiente ycaballero, la acompañó hasta el lazareto, que acababa de establecerse en la isla de San Lorenzo.

No terminaremos sin decir que la muchacha se curó y que llegó á casarse con el tipo de los guantes amarillos á quien el autor de este libro conoció en 1888 en la redacción de un diario de Lima.

El tipo era nada menos que, como ya dijimos, un abogado... sin clientela y con muchísima vanidad y muy poca vergüenza.



CAPITULO XXVI

La Esfinge.

El magnífico trasatlántico *La Esfinge* salió de Nueva York con tiempo espléndido. Era uno de los primeros vapores de 8.000 toneladas, lanzado al agua apenas un año antes, en el cual comenzaba el arte decorativo á reemplazar la estrecha construcción, y la mecánica, la pesada y monótona igualdad de las naves que hasta diez años después de mediar el siglo XIX eran tenidas como la suprema expresión de la rapidez, la comodidad y la elegancia.

En ese buque tomaron pasaje para el Havre Enrique Peralta y su mujer. El primero había dicho á su madre que se llevaba á Adda para arrancarla de los pensamientos y lugares teatro de sus faltàs, de sus dolores y de sus recuerdos. La amaba, no podía vivir sin ella y quería redimirla para hacerla digna de él y para salvarla, para que no fuera lo que fué Sofía. Doña Catalina nada contestó, dispuesta á sacrificar su orgullo por lo que su hijo llamaba su dicha; pero dijo á Enrique, que quería llevársela también, que ella estaba

muy vieja ya para cruzar el mar, y que prefería quedarse en Lima con doña Francisca, á fin de ayudarla en el establecimiento del hospicio de mujeres arrepentidas, que iba á fundar la noble dama, apenas su hija tomara el velo de novicia en el convento de Mercedarias.

Partieron, pues, los dos jóvenes solos y entregados á sus pesares.

Adda, cuando fué á despedirse de su padre, le encontró atareadísimo, formulando el reglamento de aquel hospicio que, como el lector no ignora, contribuía á fundar con la regia limosna de 50.000 soles, que más tarde hizo inscribir á nombre de Sofía Angulo. El banquero dijo á su hija que esperaba volverla á ver pronto restablecida, y para distraerla le leyó parte de ese reglamento y los nombres de las personas que formaban el consejo directivo. Entre esos nombres sólo el de la secretaria arrancó una leve exclamación á Adda. Esa secretaria era Angela Artidi.

—¿La conoces?—preguntóle Hernández.

—Sí—dijo ella—; es prima hermana del doctor Torrente y la he visto dos ó tres veces. Me parece una buena muchacha.

—Su padre fué amigo mío. Ahora está inválido, pero ha querido ser uno de mis accionistas, suscribiéndose con 10.000 soles. La directora de la casa, bajo la inmediata inspección de doña Francisca, será esa Elvira Mercy, víctima del infame Luis Angulo.

La esposa de Peralta aprobó los planes de su padre; le besó afectuosamente y salió.

Partieron. Desde la escena del cementerio apenas hablaba ella con Peralta. Vivían en la misma casa,

pero ocupaban habitaciones distintas. Habían reducido su servidumbre á dos criados, con el pretexto del viaje, y cuando se embarcaron, doña Catalina quedó encargada de la venta de los muebles, casas y haciendas de su hijo, y el banquero del manejo de la cuantiosa fortuna de Adda.

La travesía hasta Nueva York se efectuó sin accidente de ninguna clase. Enrique recordó su viaje anterior, y con un tacto exquisito distrajo á su mujer haciéndole admirar los bellos panoramas del golfo del Guayas, la hermosa perspectiva de Panamá y su bahía y la grandeza del Caribe, que semeja un manto de plumas de pavo real bordado de perlas.

En la gran metrópoli americana recibió él el telegrama noticiándole que Sofía acababa de morir. Nada quiso decir á la joven, porque comprendió que el golpe podía serle funesto, en el estado de ánimo en que se encontraba.

Dos días después de la salida de Nueva York el tiempo cambió sensiblemente. Comenzó á soplar uno de esos vientos que llaman brisotes los marinos, el cielo se obscureció y el mar se hinchó como si algún monstruo oculto bajo sus olas las levantara en sus enormes espaldas. Esas olas se transformaron pronto en verdaderas montañas de agua. El vapor luchó valientemente durante todo el día, y al llegar la noche, una noche tempestuosa y lúgubre, acortó su andar á dos millas, para evitar cualquier peligro. A las once se retiraron los pasajeros á sus camarotes. Los de Adda y Peralta se hallaban contiguos y unidos por una puerta que él cerraba sin afectación al despedirse de ella todas las noches.

Las dos de la madrugada serían cuando la borrasca se hizo cada vez más recia. Oíase el viento huracanado saltar sobre aquella inmensa masa líquida, dando alaridos y se sentía el crujir de los hierros y maderas del barco, que resistía al viento y á las olas y continuaba avanzando lentamente. Peralta, que no dormía, sintió en aquel instante una sacudida más formidable que las otras, oyó el grito sordo de la sirena, que parecía el estertor de un moribundo y le pareció que el vapor quedaba inmóvil. Golpes rápidos dados á la puerta de su camarote hiciéronle saltar del lecho.

—Arriba todos—gritaba una voz—; nos vamos á pique.

El joven se vistió á medias, abrió la puerta de comunicación y llamó á Adda en voz baja. Esta al enterarse del peligro, quiso también vestirse; pero en aquella hora de suprema angustia todo parecía que huía de sus manos. El agua penetraba ya á los callejones donde se hallaban situados los camorates, saltando como una cascada por las escaleras. Peralta comprendió que no había tiempo que perder; ciñó al talle de su mujer medio desnuda el salvavidas, rodeó con otro su cintura, y con el revólver amartillado en la diestra y sosteniendo con el brazo que le quedaba libre á Adda, salió en busca de la salvación, si ésta era posible aún.

La confusión en cubierta era espantosa. Los marineros, desoyendo la voz del capitán y de los oficiales del buque, luchaban en la obscuridad por apoderarse de los botes. Todas las luces se habían apagado; el departamento de las máquinas estaba inundado y la desesperación se había apoderado de todos aquellos hombres, á quienes el amor á la vida convertía en fieras.

Logró por fin el capitán imponerse momentáneamente y ordenó que se embarcara á las mujeres y á los niños y que se encendieran hachas de viento. El primer bote arriado, en el que iban una joven americana con dos niños, cuatro monjas francesas y dos pasajeras de México, jóvenes y bellas, zozobró cogido de través por una ola gigantesca, que lo estrelló contra el vapor. Oyéronse gritos ahogados que el ruido de la tempestad apagó y nada más. El mar había devorado sus primeras presas, y con las fauces de dragón abiertas esperaba á las demás.

Entonces el desorden se hizo indescriptible.

Pero una voz lo dominó; era la de uno de los oficiales que gritaba:

—Una luz á estribor.

—¡Debe ser el faro de Cayo Hueso!—dijo el capitán—. Un poco de calma para que podamos organizar el salvamento.

Mas nadie le oía. Un caballero que quiso apoderarse de un salvavidas abandonado, fué muerto de una puñalada por un marinero; otro arrancó el suyo á una mujer y la arrojó al mar. Una madre, arrodillada, apretaba contra su corazón á sus dos hijos. Los oficiales del vapor hicieron algunos tiros; pero los tripulantes, enloquecidos, se lanzaron sobre ellos, los desarmaron y maltrataron. Ya las olas barrían la cubierta y se llevaban al retirarse cuanto encontraban á su paso.

Peralta, pálido, pero firme en su puesto, ató á su cuello con sus tirantes las manos de Adda, que estaba medio desmayada, y aprovechándose de un momento en que la popa casi se hundió en el mar, se dejó llevar con su preciosa carga por las olas. Después trató de

orientarse en dirección á aquella luz lejana, y comenzó á nadar. El agua estaba helada y mil veces las ondas pasaron por encima de su cabeza y le sofocaron; pero al recordar que iba á salvar á Adda sentía centuplicarse sus fuerzas. Entre un trueno y otro le pareció oir un inmenso clamor, dominando á la tempestad, y calculó que sería de *La Esfinge*, que desaparecía bajo las olas, de donde había partido aquel grito, lanzado al unísono por quinientos seres humanos al morir.

¿Cuánto tiempo nadó? No tenía la noción de ese tiempo, sus ideas se confundían, sus oídos zumbaban, sus brazos se negaban á moverse, sus piernas se paralizaban ya, cuando le pareció sentir tierra bajo sus pies. Luego sus rodillas chocaron en algo muy duro, y al alzar las manos se asió de una roca que volvió á soltar para asirla de nuevo.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos logró por fin trepar por esa áspera peña, destrozándose la ropa y desdesgarrándose la piel, y en el instante en que la luz rayaba en Oriente, caía extenuado y perdía el conocimiento. Cuando volvió en sí era ya de día. El sol brillaba en todo su esplendor y no quedaban ni huellas de la tempestad y del huracán. Al darse cuenta de su situación Peralta, acudió á socorrer á Adda, que yacía inmóvil á su lado. Púsole la mano en el pecho y no sintió latir el corazón de la mujer á quien tanto amaba; entreabrió sus párpados y sus ojos vidriosos se hallaban empañados. Todos sus miembros estaban rígidos y helados. Con gran paciencia comenzó á ejecutar en ese cuerpo inerte todas las operaciones que había leído, y recordaba que eran buenas para volver á la vida á los ahogados... Pero todo fué inútil.

Echó en torno suyo una mirada de desesperación, buscando algún sér humano ó rastro de alguna vivienda, pero la roca en que se hallaba era un árido y aislado fragmento de granito arrancado al continente por los siglos. Sintió entonces que su cerebro se obscurecía y comenzó á reirse, á reirse y á saltar como un poseído alrededor de aquel cuerpo querido. A veces se detenía, se inclinaba, besaba sus cabellos, adornados aún por las gotas brillantes que había dejado el mar en ellos, y cargando á Adda se ponía á arrullarla como las madres á sus hijos cuando duermen.

Así le encontraron los tripulantes de un bote salvavidas, que había salido de Cayo Hueso en busca de los náufragos de *La Esfinge*.

Cuando le preguntaron quién era, balbuceó su nombre y rodó á los pies de sus salvadores lanzando un grito de animal salvaje.

. . . .

FIN DE LA NOVELA